

ÍNDICE

ARTÍCULOS 06—Sin miedo a volar. Las primeras aeronautas mexicanas. **CRISTÓBAL SÁNCHEZ ULLOA** | **16**—Descubriendo Estados Unidos. **ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO** | **24**—El clarín tocó tres veces. *Llamada de honor...* **MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ** | **32**—La rebelión delahuertista en Chihuahua. **EDGAR SÁENZ LÓPEZ** | **40**—México recibe a los asilados políticos brasileños. **OLIVIA GÓMEZ LEZAMA** | **48**—San Lorenzo Tezonco. Del pueblo rodeado de agua a la urbanización total. **EDGAR ALLAN LARA PAREDES** ¶ **DESDE HOY 56**—Lotería campechana. Una bolada con historia. **JOSÉ MANUEL ALCOCER BERNÉS** ¶ **TESTIMONIO 66**—Ana Buriano Castro. El legado. **SILVIA DUTRÉ-NIT BIELOUS** ¶ **ARTE 72**—Gutierre Tibón. Doctor en Gaya Ciencia. **OTTO CÁZARES** ¶ **CUENTO 78**—¿En qué pensabas, Leandro? **IVÁN LÓPEZGALLO** ¶ **ENTREVISTA 86**—“Cuando la calle era nuestra”. **DANIELA LECHUGA HERRERO** ¶ **SEPIA 96**—Se la llevó “La Julia”. **GUADALUPE VILLA G.** ¶

Portada:
Marco Chab, *Cuadro de las 90 piezas de la lotería campechana*, óleo sobre tela. Secretaría de Cultura del estado de Campeche.

BiCENTENARIO. EL AYER Y HOY DE MÉXICO vol. 12, núm. 48, abril-junio de 2020, es una publicación trimestral editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C. P. 03730, Ciudad de México. Tels. 5598 3777/1152 y 1193

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México. Tels. 5598 3777/1152

CONSEJO EDITORIAL
Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Héctor Luis Zarauz López
Iconografía: **Ramón Aureliano Alarcón**
Asistente editorial: **Norberto Nava Bonilla**
Edición: **Darío Fritz**
Diseño editorial: **Héctor Gómez**

www.mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx

EDITORIAL

Mar, murallas y lotería, tres elementos que identifican a un campechano. Aunque no los únicos, por supuesto. ¿Pero la lotería? Sí. También. Un juego, un pasatiempo de larga data que aún se puede ver en las plazas públicas de los pueblos del estado y que tiene uno de sus antecedentes más reconocidos a fines del siglo XIX cuando una cigarrera aprovechó el interés de la gente en la lotería para alentar el consumo del tabaco. La empresa inventó las 90 figuras del juego, incluidas individualmente en las cajetillas, y los apostadores podían participar luego en premios que se combinaban con la Lotería de la Beneficencia de la ciudad de México. Pronto las imágenes fueron adquiriendo la calidad y variedad que hace de la lotería de Campeche de una originalidad poco vista en el país. Allí hay representaciones de personajes populares mexicanos y de la región, retratos de la naturaleza y de la vida cotidiana, o símbolos nacionales. También figuras tradiciones más lejanas como los libros de la *smorfia* italiana, la tómbola napolitana, el tarot y muchas otras usanzas europeas adaptadas. Una tradición ancestral entre las familias que se ha traslapado al arte. Sus figuras fueron tomadas más tarde como modelos por los artistas locales y reproducidas de varias maneras: bordadas en punto de cruz, dibujadas al óleo, pastel, lápiz; coloreadas en diferentes tonos sobre cartón, tela, madera, o cuerno de toro. Incluso impresas en cartillas para invidentes.

Con la historia de este juego muy popular en el estado del sureste mexicano abrimos la nueva edición de *BiCentenario*.

Otra historia singular en este número es la de dos señoritas audaces que se montaron a una canastilla y ascendieron varias decenas de metros de altura para inmortalizar los dos primeros ascensos en globo en México. Corrían los años 1835 y 1841, y aquello era una hazaña atribuible a unos pocos en el mundo, pero aquí fueron únicas, ni siquiera un hombre mexicano lo había logrado. ¿Por qué lo hicieron si implicaba tantos riesgos? ¿Alentadas quizá por las experiencias de la francesa Sophie Blanchard, una verdadera aeronauta profesional con más de medio centenar de ascensiones a principios de siglo, pero que murió por un accidente cuando descendía en París? ¿Fue diversión? Habían sido invitadas por un aeronauta francés y un empresario estadounidense. Hasta el día de hoy se desconocen las razones de esos riesgosos ascensos en globo. Ni siquiera

sus nombres han quedado registrados. Las crónicas de la prensa decimonónica respondían a los cánones de la época y no lo informó. Podían ser protagonistas por sus capacidades en la esfera privada, en casa y puertas adentro, pero nunca en el mundo público. Sólo contó su participación como una atracción publicitaria.

La participación de la mujer era también insignificante en la prensa de fines de ese siglo. Hacia 1885 el director de una revista de Chicago cumplió con su propósito de llevar a colegas mexicanos, cercanos al régimen porfirista, a un recorrido por Estados Unidos. Los fines obviamente no eran turísticos. Detrás de su proyecto estaba la idea de promocionar los negocios y las nuevas tecnologías —maquinaria agrícola y para minas, trenes elevados, vapores, imprentas, gas natural—. Así, un grupo abigarrado de hombres de la prensa nacional recorrieron durante dos meses ciudades del centro y este del país, y se llevaron más de una sorpresa. Conocieron trabajadores, empresarios, gobernantes, y también hallaron que las mujeres se empleaban en fábricas, almacenes e incluso en oficinas públicas del gobierno.

Como bien se anuncia desde la portada, abordamos, entre otros temas, la complejidad intelectual del exindustrial italiano Gutierre Tibón, un apasionado de la mitología, la filología y las antigüedades mexicanas que practicó las ciencias sociales como quien hablara de lenguas maternas.

Las líneas que discurren por esta nueva edición se asientan, de igual manera, en el México revolucionario, del Zapata traicionado hecho mito y leyenda, como en la posterior avaricia delahuertista por el poder, fracasada a su paso por Chihuahua cuando el general Manuel Chao finalizó frente a un pelotón de fusileros sus aspiraciones de sublevación. También se da cuenta aquí de Tezonco, un pueblo cazador de patos y privilegiado en constante conflicto por las aguas de Xochimilco, que terminó devorado por la urbanización en los traspatios de la Ciudad de México. Lo mismo que apuraría a Mixcoac hacia 1930, un lugar entre ladrilleras e inundaciones, y sin autos, donde los vecinos eran reales propietarios de sus calles, y que hoy se muestra como una de las zonas de la ciudad con mucha historia por contar por sus habitantes.

Este centenar de páginas tiene aún mucho más por descubrir. Usted no se detenga. Hasta la próxima.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
Directora General
Dra. Diana Guillén
Director de Investigación
Dr. Gerardo Gurza Lavalle
Director de Docencia
Dr. Héctor Luis Zarauz López
Director de Administración y Finanzas
Mtro. Roberto Escobar Caballero

Editora responsable: Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2013-061212050700-203, ISSN 2007-2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresión de tiraje en Impresora y Encuadernadora Progreso S. A. de C.V. (IEPSA) Calz. San Lorenzo 244, Col. Paraje de San Juan, Alcaldía Iztapalapa, C. P. 09830, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en marzo de 2020. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Cualquier reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y artísticos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley y su Reglamento por lo que deberán tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial de la revista.

Por amor a la historia



Mariana Hamman, presidenta de la Asociación de Guías y Servidores Turísticos de Baja California, está entregada a la promoción del patrimonio natural y cultural, tangible e intangible de su estado, persuadida de que, además de dar a los visitantes un experiencia memorable, sus paisanos ganarán identidad como bajacalifornianos al conocer y valorar su pasado.

¿Sabías que...?



Israel Antonio Briseño, ingeniero civil de la Universidad Autónoma de Coahuila, desarrolló un material que permitirá construir carreteras que se autorreparen al tener contacto con el agua. A partir de llantas de vehículos, creó una base de goma que servirá como suelo y cierra las grietas que van surgiendo en la superficie.

Correo del lector



Higinio Ledesma comenta que la Casa del Estudiante Indígena, de la cual habla el artículo del mismo nombre (*BiCentenario* núm. 12), fue parte de los “proyectos experimentales” de carácter psicosocial que el gobierno mexicano emprendió para entender a la mayoría indígena, vista como un problema que impedía la unificación y desarrollo del país.



Gabriela señala que le gustó el artículo “La ópera en México del siglo XIX al XXI” (*BiCentenario* núm. 12), pues ignoraba varios de los datos que menciona. Las ilustraciones están “padres”, dice.



Juan Carlos Garling pide que le indiquen quién es Elena Arizmendi en la fotografía que aparece en “Ciudad Juárez en 1911” (*BiCentenario* núm. 14), donde se la ve junto con Francisco I. Madero y otros frente a la casa del cónsul Weber. Lidia Carmona responde que es la persona con una banda en el brazo izquierdo de la Cruz Roja, de la que fue fundadora. Por su parte, Guadalupe Villa concluye que en México fue más bien fundadora de la Cruz Blanca Neutral.

Reloj de arena

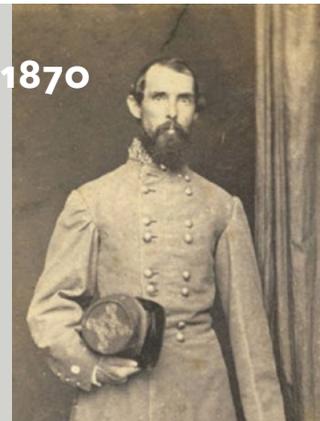
31 de mayo de 1820



El virrey Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, comunica a los habitantes de la Nueva España que el rey Fernando VII juró la Constitución promulgada en Cádiz en 1820 y que convoca a Cortes para 1820 y 1821.

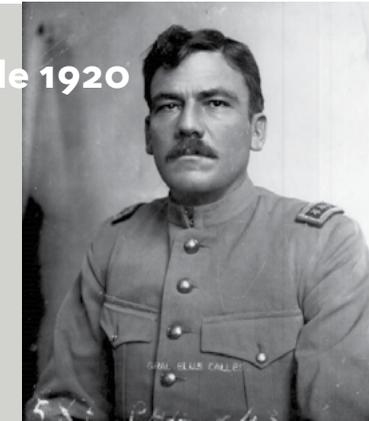
i Mariana Hamman, presidenta de la Asociación de Guías y Servidores Turísticos de Baja California. Fotografía de Ana Rosa Suárez, 2019. | **ii** Israel Antonio Briseño, estudiante de ingeniería civil, unidad Torreón, UAdeC. Fotografía de la Universidad Autónoma de Coahuila, Coordinación de Comunicación Institucional, oficina virtual de prensa, 2018. | **iii** José Guerrero, *Fernando VII*, acuarela sobre marfil, ca. 1800, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | **iv** Gral. James Edwin Slaughter, ca. 1865. Alabama Department of Archives, Wikimedia commons.

20 de junio de 1870



El general James E. Slaughter dirige una carta a los redactores del Siglo Diez y Nueve, en la que niega de forma rotunda que durante la guerra de secesión, el presidente Benito Juárez protegiera la exportación de algodón desde la Confederación y suministrara a esta armas y municiones. De ningún modo, dice, se hizo rico de esta manera.

23 de abril de 1920



Plutarco Elías Calles proclama en Agua Prieta, Sonora, un manifiesto donde desconoce al poder ejecutivo encabezado por Venustiano Carranza. Se inicia así la rebelión que culminará con el asesinato del mandatario, la celebración de elecciones y la instauración de un nuevo gobierno constitucional.

v *Alumnos huicholes al llegar a la casa del estudiante en La casa del estudiante indígena: 16 meses de labor en un experimento psicológico colectivo con indios, febrero de 1926-junio de 1927*, México, SEP, 1927, p. 38. | **vi** Franz Xaver Winterhalter, *Adelina Patti*, óleo sobre tela, 1863. Wikimedia commons. | **vii** Familia Madero, Elena Arizmendi y miembros de la Cruz Blanca en la casa del cónsul alemán Weber en Ciudad Juárez, mayo de 1911, inv. 880557, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | **viii** Plutarco Elías Calles, ca. 1914, inv. 640583, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | **ix** Javier Barros Sierra, ca. 1967, inv. 10383, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

20 de abril de 1970



Poco antes de concluir sus años de rector, el ingeniero Javier Barros Sierra concluye un discurso pronunciado en la escuela de Arquitectura con la exclamación “¡Viva la discrepancia!” Resume así su proceder en defensa de la UNAM.

CRISTÓBAL SÁNCHEZ ULLOA

UNAM. Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM,
Becario del Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales

06

Sin miedo a volar Las primeras aeronautas mexicanas

Antes de que un mexicano volara por primera vez en un globo aerostático, dos mujeres, cuya identidad se desconoce, ya habían hecho algo similar. Sin embargo, pasaron algo desapercibidas para sus compatriotas. En la concepción social decimonónica, el papel de la mujer tenía protagonismo en lo doméstico, pero no en la esfera pública.

Desde ahí podía abarcar toda la ciudad de México con una mirada. Hasta ese día, sólo las aves y su acompañante habían contado con esa perspectiva: se veían en todo su esplendor la redonda plaza de toros de San Pablo, desde donde partieron, las cúpulas y torres de las iglesias y las azoteas de los demás edificios, colmados de personas que los admiraban transitar. Reconoció fácilmente el Paseo de la Viga, la Plaza Mayor, la catedral y la alameda, sitios que frecuentaba y que había admirado. Desde las alturas se veían distintos, más serenos.

El viento los llevó hacia el suroeste cuando comenzaron el descenso. La ciudad quedó cada vez más lejos y la perspectiva se hizo familiar. Casas, árboles y personas volvieron a su tamaño habitual.

Es imposible saber lo que pasó por su cabeza durante el viaje –que duró sólo unos minutos–. Tampoco podemos saber las sensaciones que el acontecimiento le generó. Pero, seguramente, desde que se separó del suelo y hasta que sus pies volvieron a tocarlo, tuvo una mezcla de temor y asombro, por lo arriesgado y a la vez fascinante de su viaje. Y también de orgullo, por haber sido la primera mexicana que subió a un globo aerostático en México... antes que cualquiera de sus compatriotas varones.

En la historia de los viajes aéreos y la aviación en México es conocido el nombre de León Benito Acoŝta, el primer mexicano que protagonizó una ascensión aerostática, en 1842. Pero poco se conoce sobre las mexicanas que, antes que él, subieron en globo sobre la ciudad de México.

07



i Casimiro Castro, *La alameda de México, tomada en globo*, litografía a color en Casimiro Castro, *México y sus alrededores*, México, Imprenta de Debray, 1869. The New York Public Library.

PRIMERA ASCENSION EN MEXICO POR EUGENIO ROBERTSON.
Febrero 12 de 1835.



08 En 1835, los habitantes de la capital admiraron por primera vez el vuelo de un globo aerostático tripulado. El aeronauta francés Eugène Robertson se alzó por los aires la mañana del jueves 12 de febrero de 1835 y provocó un gran júbilo entre los mexicanos, quienes lo recibieron como un héroe cuando volvió de su travesía. Con la fama adquirida, protagonizó otros dos espectáculos aéreos ese mismo año, novedosos para todos los que lo presenciaron.

Los vuelos en globos inflados con aire caliente o con hidrógeno se desarrollaron como espectáculo desde finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX. Los aeronautas se presentaron en distintas ciudades de Europa y posteriormente en América, llamando la atención de poblaciones enteras. Para tener un público expectante, además de buscar nuevos escenarios, añadieron detalles pintorescos a su espectáculo, que iban desde lo ornamental hasta actos riesgosos, como pirotecnia o descensos en paracaídas.

En la ciudad de México, Eugène Robertson hizo sus funciones en la plaza de toros de San Pablo que se encontraba en el barrio del mismo nombre, al sureste de la ciudad. Ahí, organizó espectáculos previos a su despegue, que complementaron la hazaña de la ascensión y con los que procuró corresponder a quienes pagaron un boleto para presenciar el vuelo. En estos preámbulos, amenizados por una

orquestra, el aeronauta realizaba los preparativos para su viaje: inflaba su nave con hidrógeno y hacía observaciones meteorológicas con globos “correo” no tripulados, lo que otorgaba un carácter científico a la diversión. Finalmente, se elevaba en su aparato por sobre las gradas del coso. De ahí, pasaba al escenario etéreo, donde podía ser admirado por todos los que no podían o no deseaban pagar por el espectáculo y se situaban en las cúpulas de las iglesias, azoteas, plazas y calles de la ciudad.

Para hacerlas atractivas, Robertson incorporó detalles novedosos a sus funciones. En su segunda ascensión, por ejemplo, el domingo 13 de septiembre de 1835, apeló al patriotismo de los espectadores y aprovechó el ambiente político que predominaba en la ciudad, favorable al centralismo y a Antonio López de Santa Anna. Dedicó el espectáculo al general y anunció que en él recordaría el triunfo mexicano frente a la expedición de reconquista española, el 11 de septiembre de 1829. Así, engalanó su globo con pendenos tricolores. Y al elevarse, agitó una bandera mexicana y lanzó versos alusivos al caudillo y al suceso que se conmemoraba. Al descender en el potrero de Balbuena, siguió gritando “vivas” a la nación mexicana y al jefe militar.

ii Primera ascensión en México por Eugenio Robertson, febrero 12 de 1835, litografía en *La Lima de Vulcano*, 1835.

iii PÁGINAS 10 Y 11 Casimiro Castro, *La ciudad de México, tomada en globo por el noroeste*, litografía a color en Casimiro Castro, *México y sus alrededores*, México, Imprenta de Debray, 1869. The New York Public Library.



09

Los aeronautas iniciaron su travesía la mañana del 11 de octubre de 1835, acompañados de los vítores de los espectadores y de las notas de una banda marcial. En el ascenso, el francés Eugène Robertson ondeaba una bandera mexicana, mientras que su acompañante –se desconoce el nombre de la mujer– lanzaba poemas y flores.

PRIMERA AERONAUTA

Para su tercera ascensión, realizada la mañana del domingo 11 de octubre, Robertson llamó el interés del público con más gestos patrióticos y un factor adicional: la presencia de una “jovencita mexicana”, que volaría junto con él.

Antes de Robertson nadie había surcado el cielo del valle de México. Así, quien lo acompañara, sería la segunda persona en “volar” en México y la primera de nacionalidad mexicana. De esta forma, la mujer –cuyo nombre desafortunadamente desconocemos– fue la primera mexicana en volar en un globo en México, antes que cualquier mexicano.

La función fue memorable. “Creemos imposible que el público haya sido jamás llamado para ser testigo de un espectáculo más hermoso, más interesante y digno de una gran nación”, afirmó el diario capitalino *La Lima de Vulcano*, que reseñó el suceso.

Los habitantes de la ciudad se congregaron en la plaza y fuera de ella: en torres, cúpulas, azoteas, ventanas y hasta árboles. A la plaza de toros asistieron numerosas mujeres –más que en las funciones anteriores–, llamadas por el hecho de que una de sus compatriotas participaría en el espectáculo. Quienes concurren desde temprano, observaron el globo inflarse por medio del hidrógeno, proceso en el que se usó ácido sulfúrico y fue supervisado por profesores del Colegio de Minería. Después, Robertson en-

vió “globitos de prueba” para conocer la dirección del viento. Uno de ellos, adornado con el escudo mexicano, elevó la frase “A D. Miguel Barragán” –el presidente en turno–. Y otro subió al cielo el retrato de Santa Anna. Finalmente, se colgó del globo aerostático la góndola o canastilla en la que subirían los viajeros, adornada con seda y flores.

Una vez terminados los preparativos, Robertson se ausentó un momento, a fin de alistarse para la ascensión. Apareció de nuevo, pero lo hizo en solitario, lo que hizo estallar el murmullo de los asistentes, quienes pensaron que, quizá, la mujer se había retractado. Pero como buen hombre de espectáculo, fue solamente una forma de aumentar el interés y el suspenso. Volvió a esconderse para reaparecer, ahora sí, acompañado por la mexicana. Estallaron entonces aplausos y gritos de aprobación.

Él subió a la góndola primero y le siguió ella. Una vez en la canastilla, dejaron que el globo se elevara unos metros para que los concurrentes contemplaran el aparato “levitando” sobre el escenario taurino. Ambos sonreían. Robertson, de pie, agitaba su mano para despedirse del público y ella, sentada, lanzaba al aire flores y papeles con versos. Cortaron entonces las amarras y los aeronautas iniciaron su travesía, acompañados de los vítores de los espectadores y de las notas de una banda marcial. En el ascenso, el francés ondeaba una bandera mexicana, mientras que su acompañante seguía lanzando poemas y flores.



En la postal que plasmaron los viajeros al salir de la plaza se distinguían los roles que en la época se asignaba a cada género: el hombre, sostenedor del orgullo patriótico (aunque aquí fuera un extranjero), controlando el aerostato con sus conocimientos científicos. Ella, encargada de lo emotivo y lo estético, embellecía el ambiente con su presencia y sus gestos.

El viento soplaba con ligereza y, una vez que el globo abandonó la plaza por sus alturas, lo dirigió suavemente hacia el noroeste. Expresiones de apremio interrumpieron el júbilo cuando pareció que se estrellarían contra la cúpula de un templo, pero fue sólo un susto. Libraron el obstáculo, se elevaron más y permanecieron suspendidos sobre la urbe. La calma en las alturas les permitió ascender a una gran altura y transitar lenta y errantemente por la región etérea, desde la cual pudieron admirar en su totalidad a la capital mexicana, con una perspectiva desconocida para cualquiera. Una vista parecida a la que el artista Casimiro Castro tendría dos décadas después cuando subió a un globo para poder pintar a la ciudad de México como nadie antes lo había hecho.

Como muchas otras cosas bellas, el inédito viaje de Robertson y la mujer mexicana fue breve. Duró unos cuantos minutos ya que la madre de la “señorita”, a quien el francés tuvo que solicitar permiso, pidió que así fuera. Por ello, después de contemplar a la urbe por un corto espacio de tiempo, emprendieron el descenso.

El viento llevó a los viajeros hacia el suroeste y el globo tocó tierra en la pradera de Las Culebritas, cercana a Mixcoac. Un regimiento de caballería se apresuró a llegar al sitio para escoltarlos y ayudarles a controlar a la multitud que se reunió en donde aterrizaron. Desinflaron el globo y montaron a caballo hacia la garita de San Antonio Abad, donde la joven se encontró con su madre, quien la esperaba ansiosa y con cierta angustia contenida.

Después, los dos viajeros cabalgaron hacia la ciudad, ahí fueron recibidos con muestras de júbilo.

Desgraciadamente, así como no contamos con el nombre de la “primera aeronauta mexicana”, tampoco conocemos su testimonio. Los editores de *La Lima de Vulcano* solamente recogieron el de Robertson, quien se expresó muy bien de su acompañante. El periódico refirió: “no ha incomodado en manera alguna su trabajo ni aun distraído su atención con palabras ociosas, al contrario, estaba encantada y parecía gozar del magnífico espectáculo que se desarrollaba a sus pies”. Curioso testimonio: el hombre se ocupaba de los asuntos “importantes”, como controlar el ascenso y descenso de la nave, mientras que ella contemplaba y se divertía, omitiendo expresar preocupaciones o inquietudes, lo cual, en la mentalidad de la época, era lo que debía hacer. Daban por hecho que la mujer no comprendería o simplemente no le interesaba conocer los aspectos científicos detrás del viaje en globo.

Independiente de las ideas que predominaban sobre el rol de cada género, el relato evidencia la tranquilidad que la mujer mostró en una faena sumamente riesgosa y que muy pocas personas en el mundo habían experimentado. Seguramente, a muchos les habría

atemorizado la idea de subirse a un aparato que volaba a merced del viento y que le había costado la vida a más de una persona. Los habitantes de la ciudad conocían historias trágicas de vuelos en globo. Entre ellas, la de Sophie Blanchard, una valerosa aeronauta francesa quien, entre otras proezas, lanzaba pirotecnia desde su globo. Blanchard murió en 1819 al incendiarse su globo de hidrógeno en un espectáculo en París.

Por ello, aunque acompañaba a un experimentado aeronauta y su presencia obedeció a la necesidad de hacer atractivo el espectáculo, hay que resaltar el valor de la primera mujer que voló en un globo aerostático en México. Aunque su nombre es desconocido, su hazaña no lo es.



iv
Camille Gravis, *Balloon with two passengers ascending over a town square, with French flags flying from tower and many spectators below, ca. 1880*. Library of Congress, EUA.



En agosto de 1841, el empresario estadounidense Fernando Lapham ofreció presentar un nuevo espectáculo aerostático, esta vez protagonizado por el mexicano Francisco Carrillo, quien subiría acompañado de su esposa, de quien se desconoce también su nombre.

SEGUNDA EN “VOLAR”

Seis años después, en agosto de 1841, el empresario estadounidense Fernando Lapham ofreció presentar un nuevo espectáculo aerostático, esta vez protagonizado por el mexicano Francisco Carrillo, quien subiría acompañado de su esposa. Para nuestro infortunio, tampoco conocemos el nombre de esta mujer.

La función se programó para el domingo 15 de agosto de 1841. Las autoridades de la ciudad, para prevenir complicaciones o decepciones, pidieron a los catedráticos del Colegio de Minería que revisaran el globo y las aptitudes del navegante. Lo hicieron a regañadientes, porque después de las primeras experiencias habían concluido que el éxito en las ascensiones dependía de la suerte, más que de la pericia. Se inquietaron cuando Carrillo les explicó que su esposa subiría sola en el globo sujetado por cuerdas, a una altura de “doscientos o trescientos pies”, es decir, ¡de 60 a 90 metros! Luego, ella bajaría para que él ascendiera en el globo sin amarras. Los profesores de Minería se preocuparon por la seguridad de la mujer y porque la maniobra podría ocasionar un desperfecto en el artefacto que impidiera concluir la función.

A pesar de las advertencias y la inexperiencia de Carrillo, el espectáculo se efectuó. Días antes de la función, León Benito Acoosta, quien deseaba ser el primer mexicano en realizar una ascensión aerostática, intentó detenerlo. Primero, solicitó a las autoridades de la ciudad que le concedieran el privilegio de ser el único mexicano que pudiera efectuar ascensiones, pero no le fue concedido. Ante este fracaso, el miércoles 11 de agosto fijó una representación en las esquinas de varias calles, al lado de los carteles que anunciaban la función. En ella, acusó que la ascensión se haría sin un previo examen ni con la certeza de que los aeronautas tenían los conocimientos necesarios. No obstante, su plan fracasó y el espectáculo se realizó... o se intentó.

Ese domingo, la plaza de San Pablo volvió a contar con una gran entrada para el espectáculo aerostático. Al centro se infló el globo, con el mismo procedimiento seguido en ascensiones previas, para el cual se usaba ácido sulfúrico. Una vez henchido el aerostato, lo abordó la joven mexicana. Como hizo su antecesora seis años antes, subió a la canastilla saludando a los presentes. Y ascendió lanzando versos al aire. El globo subió hasta la altura de los segundos palcos de la plaza, sostenido por varias cuerdas.

La escena fue pintoresca: en tanto que ella lanzaba los versos y saludaba desde las alturas, en tierra el empresario Fernando Lapham hacía uso de toda su fuerza para sujetar uno de los cables atados el artefacto. Carrillo, por su parte, se paseaba por el ruedo, despidiéndose de los concurrentes, al tiempo que una orquesta amenizaba el espectáculo.

Al cabo de unos minutos ella descendió hacia la arena. Pero como lo habían advertido los catedráticos de Minería, pronto el globo perdió gran parte del gas que lo inflaba y él ya no pudo subir. Se quedó frustrado en el ruedo, en tanto el público salió de la plaza con la sensación de haber sido engañado.

Según contó más adelante Carrillo, el ácido sulfúrico manchó el globo, agujerándolo y provocando que el hidrógeno se escapara. Esto, sin embargo, no lo vieron los concurrentes y manifestaron su decepción. El periódico *El Apuntador* publicó al día siguiente que todos los asistentes se lamentaban de “que no hubiera sido ayer el día señalado para que el pabellón mexicano ondeara en los aires por la primera vez en manos mexicanas”. Es decir, les entristeció el hecho de no tener un aeronauta mexicano aún.

Los críticos pasaron un poco por alto la participación de la esposa de Carrillo en el espectáculo aerostático, ya que fue solamente el preámbulo del acto principal. Sin embargo, es innegable que, aunque no voló más allá de la plaza de toros de San Pablo, sí arriesgó su integridad al subir.

De esta forma, antes que cualquier mexicano subiera en un globo aerostático, dos mexicanas lo habían hecho.

EL HONOR

Meses más tarde, el domingo 3 de abril de 1842, León Benito Acosta se convirtió en el primer mexicano en realizar un vuelo en globo aerostático –construido por él mismo– en la ciudad de México, y tuvo el honor de ser el primer hombre en ondear una bandera mexicana desde la altura. Fue recibido de manera triunfal y su valentía alabada en los medios impresos.

Su hazaña fue merecidamente celebrada en su tiempo. Nadie, sin embargo, aludió a las dos compatriotas que previamente se habían elevado en globo. Esto se debe a que el rol de ambas mujeres fue más bien publicitario, como parte de una estrategia para atraer a más espectado-

res. Su labor en el espectáculo se redujo a “embellecer” la escena con su presencia y los versos lanzados al aire. Por eso también se les negó el privilegio de ondear la bandera mexicana. Esto explica el rol que la sociedad decimonónica atribuía a la mujer, ligado a la idea de que representaba el lado sensible de la humanidad. Ellas tenían protagonismo en lo doméstico, no en la esfera pública. El patriotismo, la valentía, el saber para ejecutar con éxito una ascensión eran atribuibles únicamente a los hombres. Y el honor, una cualidad central para la sociedad en el siglo XIX, también se les reservaba casi exclusivamente. Por este motivo, no se habló del honor de la acompañante de Robertson o de la esposa de Carrillo. La misma diferencia en cuanto a la imagen pública hizo que no se considerara necesario dar a conocer los nombres de esas valerosas mujeres.

Los vuelos de las dos mujeres mexicanas podrían resultar algo “simples”. Una solamente acompañó al experimentado Robertson y otra subió en un globo amarrado, se puede pensar. Hay que imaginar, sin embargo, lo que implicaron estos “sencillos” actos. Ascender en la canastilla de un globo inflado con hidrógeno resultaba peligroso no sólo por la altura; también por el gas que se usaba, altamente inflamable. Un viento intempestivo o un desperfecto podían ocasionar un accidente mortal.

Pero lo cierto es que, si bien cumplían un papel “ornamental”, se requería de mucho valor para lo que hicieron. Aunque dicha cualidad no se les solía atribuir, estas mujeres la tuvieron; así como el honor de surcar el cielo mexicano antes que muchos otros lo hicieran.

▼
Mort de Mme. Blanchard (1819), ca. 1890. Library of Congress, EUA.

15



PARA SABER MÁS

ALFONSECA ARREDONDO, RAQUEL, “El riesgo de caer. Las ascensiones aereostáticas en México”, *BiCentenario: el ayer y hoy de México*, vol. 5, núm. 19, 2013.

HAMUE MEDINA, ROCÍO ELENA, *El globo de Cantolla. Historia de la aerostación en México, 1784-1914*, México, Facultad de Ingeniería -UNAM, 2011.

VELÁZQUEZ GUADARRAMA, ANGÉLICA, *Ángeles del hogar y musas callejeras: representaciones femeninas en la pintura del siglo XIX en México*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 2018.

“La osada historia de los pioneros de los globos aerostáticos”. Video sobre el libro de Richard Holmes, *Falling upwards: How we took to the air* (Nueva York, Pantheon, 2013), en <https://cutt.ly/hrnk3uS>

ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO
Instituto Mora

16 Descubriendo *Estados Unidos*

Las plumas cercanas al porfiriato recorrieron en tren en 1885 más de una veintena de ciudades y lugares turísticos estadounidenses. Se encontraron con colegas periodistas, gobernantes, legisladores y empresarios. El objetivo de los anfitriones era ampliar y aumentar intereses comerciales. Para los mexicanos, cambiar las percepciones negativas sobre el país. Fue un viaje provechoso y de grandes resultados prácticos para el futuro, escribiría Ireneo Paz.

El “Fra Diavolo”, el espléndido y lujoso carro *pulman* destinado a la excursión de periodistas que viajarían por Estados Unidos, inició la marcha en la estación de Buenavista el 18 de junio de 1885, enganchado al tren del Ferrocarril Central Mexicano, entre los acordes del Himno Nacional y los saludos de quienes se quedaban atrás. Llegaría a las principales ciudades de ese país durante las siguientes semanas.

Viajaban de inicio 16 periodistas y luego sumarían 26 con quienes se incorporaron más adelante, además de algunos familiares. Todos eran liberales y allegados al nuevo gobierno de Porfirio Díaz. Iban provistos de gramáticas y libros de texto pues pocos hablaban inglés. Pertenecían a la Prensa Asociada, una agrupación formada el año anterior, y con la que dos meses antes E. H. Talbott, director de la revista *Railway Age* de Chicago, había entrado en contacto para invitar a sus integrantes a conocer Estados Unidos.

Una vez que la sociedad aprobó el viaje, una comisión se encargó de prepararlo. Se dio por sentado que Talbott dispondría todo, de forma que los viajeros tuvieran pocos gastos que hacer y, de hecho, nada más se les pidieron 150 pesos para cubrir los costos de hotel y alimentos. Es de suponerse que recibieron ayuda de los periódicos para los que trabajaban y que el resto fueron atenciones que los distintos anfitriones les fueron extendiendo. Asimismo, los excursionistas eligieron a Ireneo Paz de *La Patria*, como presidente; a Agustín Arroyo de Anda de *La Prensa*, secretario, y a J. Mastella Clark de *The Two Republics*, tesorero especial. Se nombró cronista a Alberto G. Bianchi, también de *La Prensa*.

Los propósitos de mr. Talbott al extender esta generosa invitación eran “ampliar y aumentar nuestros intereses comerciales en nuestra hermana república de México” y aprovechar “el gran servicio que puede hacer la prensa de ese país para alcanzar ese objeto”. Su proyecto

i
Adiós al valle del Anáhuac, en Alberto G. Bianchi, *Los Estados Unidos, descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

17



Los viajeros cruzaron el puente sobre el río Bravo, sin que en la aduana examinaran su equipaje, lo cual, al decir del ocurrente Paz, “agradecemos mucho a los americanos que son muy rígidos y que sabían que nos acompañaban 500 botellas de pulque conservado y algunos cientos de puros”.

tuvo eco inmediato pues –según *The Railway Age*– tan pronto se informó sobre los lugares que tocarían, los periódicos, ferrocarriles y negocios estadounidenses se dispusieron a agasajar a los viajeros, a “enterarlos de la manera más completa y práctica posible [...], de las ventajas, servicios, etc., de esos puntos, para proporcionar al pueblo de México sus productos”, que conocieran no sólo a la gente, sino también “nuestras principales industrias manufactureras, nuestros grandes establecimientos mercantiles, nuestros servicios de tren superiores, nuestras instituciones educativas y otras, y los muchos otros elementos importantes de nuestra grandeza comercial”.

Por su parte, los periodistas mexicanos partían con una mira distinta. Pretendían:

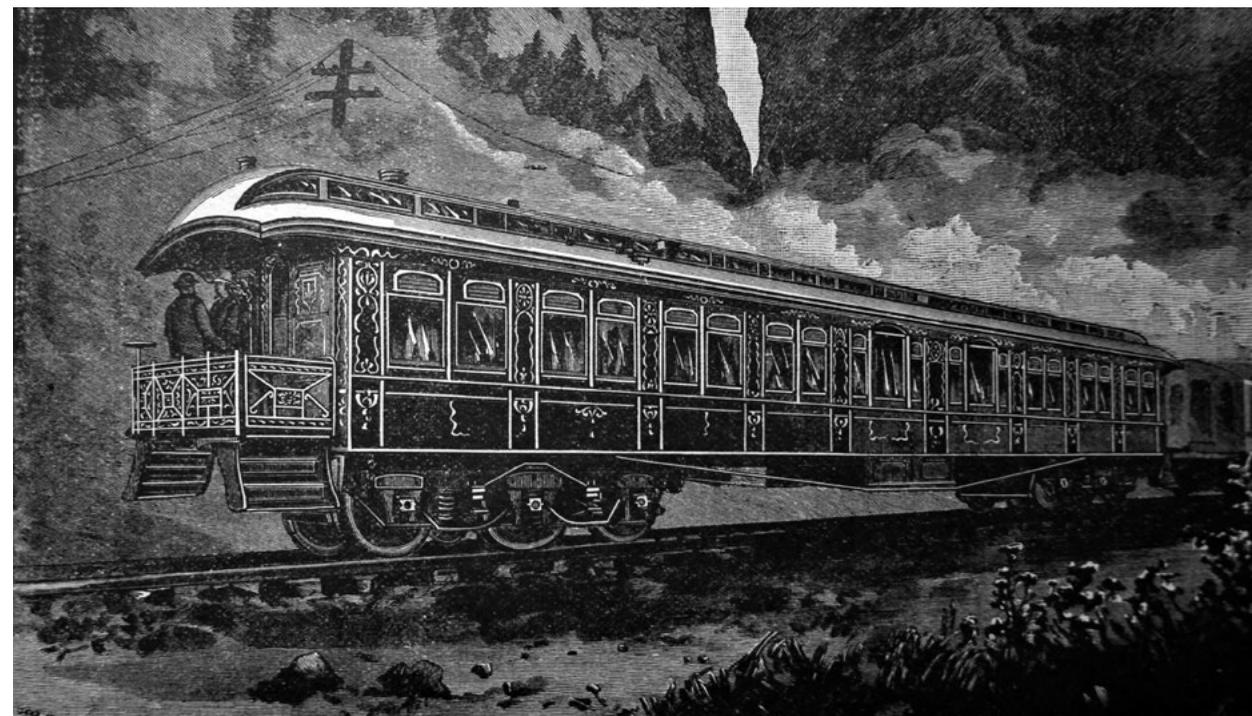
ponerse en contacto con el periodismo americano, a fin de destruir antiguas y funestas preocupaciones que muchos americanos han abrigado acerca de las personas y de las cosas de nuestra patria; mira que, una vez realizada, no podrá menos que producir resultados benéficos para esta República y la vecina, para dos grandes naciones que están llamadas a ejercer gran influencia en los destinos del mundo.

De Buenavista, el ferrocarril tomó rumbo para el norte, y por la ruta de Querétaro, Celaya, Silao, León, Lagos, Aguascalientes, Zacatecas y Chihuahua llegó a Paso del Norte, “el último pueblo de la frontera mexicana”. Los viajeros cruzaron en seguida el puente sobre el río Bravo, sin que en la aduana examinaran su equipaje, lo cual, al decir del ocurrente Paz, “agradecemos mucho a los americanos que son muy rígidos y que sabían que nos acompañaban 500 botellas de pulque conservado y algunos cien-

tos de puros”. Fue la primera de las muchas facilidades que se les brindaron durante el recorrido.

Ya en El Paso, Texas, los recibió un comité encargado de hacerles los honores y que los trató como invitados especiales. Mr. Talbott los invitó a “considerarse como huéspedes de la nación americana”. El “Fra Diavolo” y otro carro *boudoir* puesto a su disposición se conectaron poco después con el ferrocarril Atchinson, Topeka y Santa Fe. Durante las semanas siguientes, cada vez que fue necesario, cambiarían de red férrea regional. Asimismo, Mr. Talbott subió a sus invitados mexicanos en buques de vapor o *ferries*, en la mayoría de los casos pertenecientes a las mismas empresas de trenes. Así llegaron hasta el límite con Canadá, después volvieron a El Paso, y el 19 de agosto al mediodía al Distrito Federal. A lo largo de este tiempo, se beneficiaron además de los servicios gratuitos de las líneas telegráficas. Así, familiares y lectores de prensa en la república mexicana estuvieron al tanto de los sucesos de la excursión.

Visitaron Las Vegas, Topeka, Kansas City, Saint Louis, Chicago, Minneapolis, Detroit, las Cataratas del Niágara, Albany, Saratoga, Boston, Nueva York, Coney Island, New Haven, Filadelfia, Baltimore, Washington, Mount Vernon, Pittsburg, Cincinnati, Denver y las Montañas Rocallosas. En cada pueblo y ciudad donde se detenían eran recibidos por bandas que solían interpretar el himno nacional y la canción titulada “La Paloma”, entre otras melodías, y por comités de bienvenida –casi siempre formados por periodistas, hombres de negocios o ciudadanos “destacados”–, los cuales asumían la tarea de pasearlos, festejar su visita con banquetes, brindis y conciertos. Se les mostraba lo mejor de cada punto, en particular aquello que exhibía el adelanto económico y tecnológico.



ii

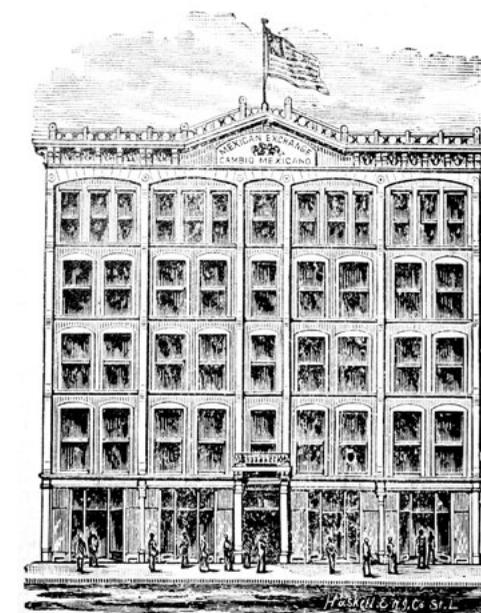
Carro palacio “Railway Age”, en Alberto G. Bianchi, *Los Estados Unidos, descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

iii

Lonja mexicana, en Alberto G. Bianchi, *Los Estados Unidos, descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

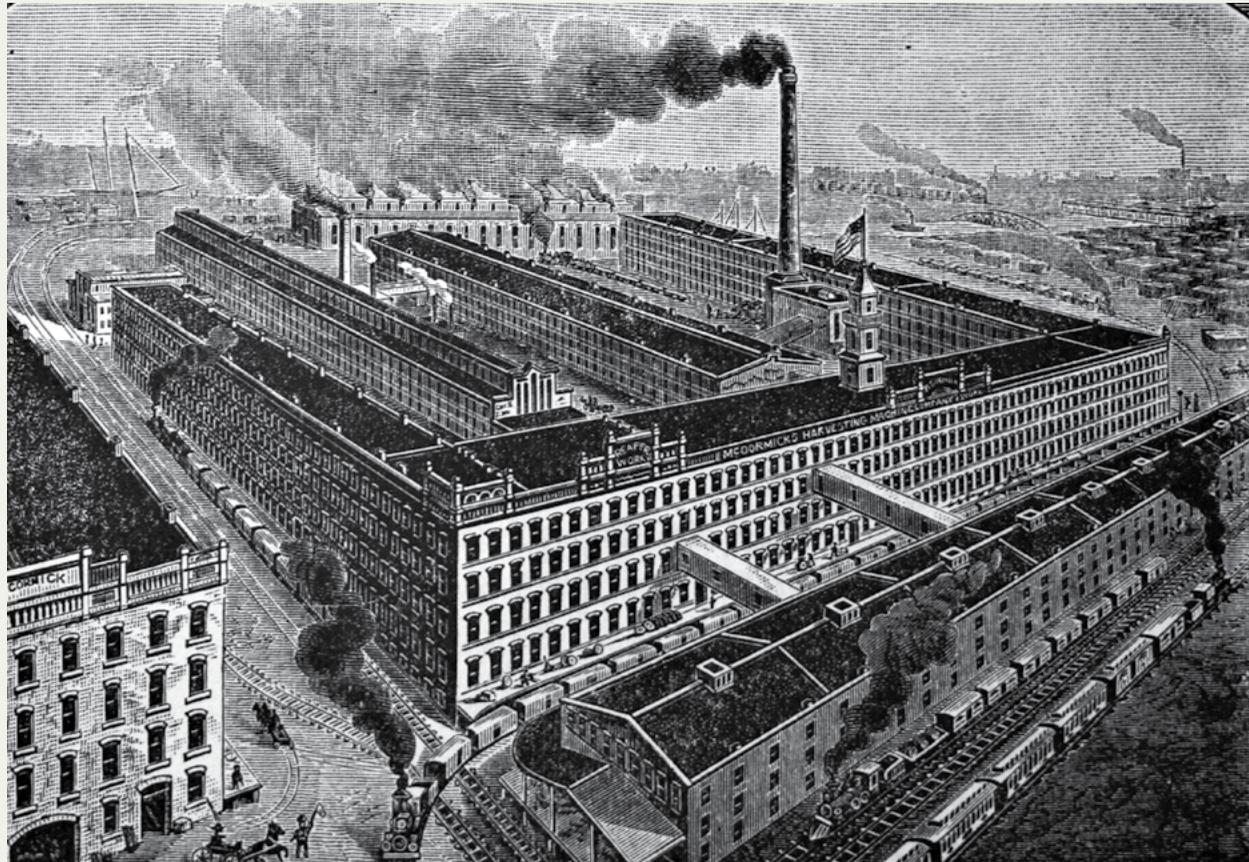
Los estadounidenses resultaban tan galantes –se burla Paz en una carta dirigida a sus compañeros de *La Patria*– que “en todas partes nos preparan cuando llegamos en domingo misas de todo rumbo con sermón [...]”. También relata cómo se topaban con banderas de México a cada paso:

En los vagones en que hemos hecho nuestro viaje, en los hoteles en que hemos sido alojados, en los edificios públicos en donde se nos ha recibido, en los vapores diversos en que hemos hecho viajes o paseos, en muchas de las calles por donde hemos pasado, en los teatros a que hemos sido invitados [...], en los salones en que se han verificado los muchísimos banquetes que se nos han ofrecido y [...] en los ojales de las levitas de los caballeros y en los vestidos de las señoras que han formado las comisiones para recibirnos y obsequiarnos [...]. Hasta los cuadernos que se imprimieron con el facsímil de nuestros periódicos y con nuestros retratos; las invitaciones, los billetes del menú, todo, todo fue hecho en papel o en raso tricolor, o con lazos y flores que contenían los matices de nuestra bandera.



iv

Fábrica de C. H. McCormick y Cía., Chicago, en Alberto G. Bianchi, *Los Estados Unidos, descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.



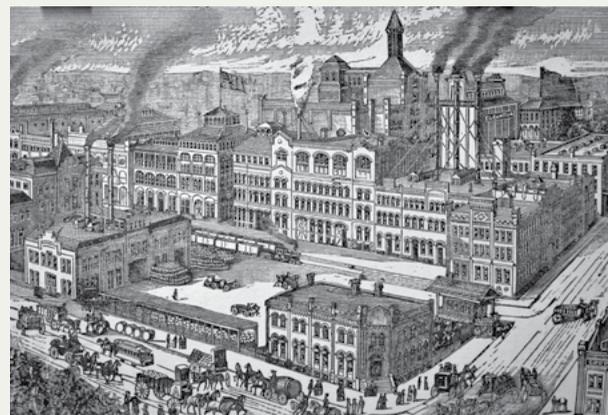
OTRO MUNDO

El ir de “asombro en asombro” comenzó en El Paso, donde los excursionistas se admiraron que la población tuviese ya más de 5 000 habitantes –cuatro años antes era “un páramo donde los salvajes cometían depredaciones”– y contara con una escuela pública, un hotel, dos bancos, un templo presbiteriano, otro bautista y otro católico, “una elegante corte”, una “excelente cárcel”, un depósito desde el cual se distribuían las aguas del río Bravo, además de alumbrado público y “otras mejoras propias de los pueblos civilizados”. Allí mismo Paz sentiría su primer gran estupor ante “el tiro de un diario que produce cien mil ejemplares en dos horas con poderosas máquinas”.

Su experiencia en cuanto a transportes y comunicaciones modernas les resultó insuperable. Además de los ferrocarriles, los vapores en que navegaron les causaron azoro. Cuenta Bianchi cómo los pasmó ver, junto al lago Michigan, que los vagones en que viajaban subían a un barco de vapor: “Los vagones penetran sobre rieles al vapor; la embarcación se mueve lentamente, y después de veinte minutos de navegación, llega a [...] Windsor”, Canadá. Iban a las cataratas del Niágara, donde “en unas carretillas sostenidas por un cable sobre un plano inclinado de gran longitud, descendimos con rapidez vertiginosa al fondo del abismo”.

En Nueva York disfrutaron de los ferrocarriles elevados como de una avanzada solución para el transporte urbano ya que la empresa les asignó un tren especial para que recorrieran, “lo que nunca se hace, todas las líneas [...], que son muchísimas, así es que pudimos conocer las diferentes alturas de la vía, lo sólido de la construcción y el aspecto general de esta metrópoli”.

Aunque los viajeros pasaron muchas noches en el “Fra Diavolo”, en varias ocasiones los acogieron los mejores hoteles. El primero fue el New Moctezuma en Las



v

Cambio comercial mexicano e hispanoamericano, Saint Louis, en Alberto G. Bianchi, *Los Estados Unidos, descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

vi

Fábrica de cerveza de Anheuser y Busch, en Alberto G. Bianchi, *Los Estados Unidos, descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

Vegas, Nuevo México, que Bianchi describió a los lectores mexicanos como “uno de los más elegantes que he conocido”. Sobra decir que, conforme fueron alojándose en otros hoteles, se sintieron cada vez más abrumados por “el confort y el lujo” de cada uno, sin duda desconocidos en México. Así, más adelante, en Minneapolis, Bianchi se referiría al West Hotel como “uno de los más elegantes y bien servidos no solo de este país sino del mundo entero”.

Los viajeros llevaban en cada lugar una agenda muy activa. Visitaban todo aquello de lo que se jactaban sus anfitriones: fábricas, negocios, cámaras de comercio y bolsas mercantiles, oficinas de gobierno, obras de ingeniería o arquitectura, monumentos, lugares de recreo, etcétera. Así, en Kansas inspeccionaron los “grandiosos” talleres de la Compañía del Ferrocarril Atchinson, Topeka y Santa Fe, con sus “máquinas de vapor de gran potencia, enormes motores, ruedas de acero y papel, vagones y otra multitud de objetos necesarios en toda vía férrea”. Recorrieron también los corrales de ganado mayor y menor y el rastro de esa población donde:

Se matan multitud de reses, carneros y cerdos diariamente [...]. Se preparan carnes conservadas, jamones, mantequilla fina y corriente, salchichones y otras mil cosas. Hay departamentos con máquinas para quitar el pelo y el cuero a los animales; para destazarlos, para limpiarlos y para todo cuanto se necesita. Hay hasta un refrigerador en que se coloca la carne para que no se eche a perder.

En Chicago los llevaron a los establecimientos más importantes; las fábricas de maquinaria agrícola de Cyrus McCormick y de William Deering, y otra de maquinaria para minas, las fábricas y almacenes de ropa para dama Marshall Field –predecesora de Macy’s–, que ganaba 25 000 000 de dólares al año y tenía 2 400 empleados varones y mujeres, y la fábrica de relojes Elgin, “que compite por sus trabajos con las fábricas de Suiza. Les llamó la atención el gran número de mujeres contratadas; al respecto Bianchi diría que su trabajo “no está limitado como entre nosotros; aquí se paga bien y se utiliza en todo lo que requiera cuidado y delicadeza. [...] hay mujeres empleadas en fábricas, almacenes y aun en oficinas públicas del gobierno”.

En Minneapolis, los periodistas visitaron el molino de Pillsbury, “que es quizá el más grande del mundo, pues fabrica 30 000 barriles diarios de harina”, y las oficinas e

22 imprenta del *Tribune* y el *Evening Journal*, donde lo que admiraron y seguramente envidiaron fue “la facilidad con que se hace el tiro de periódicos y en pocos minutos quedan hasta doblados por la máquina, y listos para hacer el reparto”. En Detroit vieron una “magnífica fábrica de estufas”. En Boston, “las excelentes fábricas [textiles] de Lowell. Ya de vuelta, en Denver, estuvieron en dos haciendas de beneficio, donde “según nos dijeron [se] hace costoso el beneficio de los metales de baja ley”. La ciudad de Pittsburgh les pareció un “templo del trabajo material”, pese a que “en vez de aire se respira el humo del carbón de piedra o emanaciones del gas natural”. Les sorprendieron, en especial, las empresas que empleaban este recurso, como la Carnegie:

Allí contemplamos toda la fuerza del gas natural como combustible, en una fragua que por su magnitud me pareció la morada de los cíclopes que nos refiere la fábula. Las fábricas son colosales, hermosas y de resultados que apenas pueden concebirse. El gas que en ellas no se emplea tiene fácil salida por altos tubos donde se inflama y despiden por las noches una luz de gran intensidad.

En cada lugar se acercaron a los procesos fabriles, “habiendo quedado mil veces maravillados ante los avances que ha hecho en este país el uso de la maquinaria”. En suma, sus anfitriones querían que los mexicanos “compraran” Estados Unidos y lo lograron.

Otra forma de persuadirlos del éxito del modelo estadounidense fueron los obsequios que recibieron, muchos de los cuales se llevarían a México, donde sin duda los mostraron: desde tres barricas de cerveza hasta una navaja de bolsillo. No faltaron los folletos de diversa índole, los libros, etcétera.

ATENCIÓNES

A lo largo del viaje trataron con muchas personas: empresarios, periodistas, escritores y políticos de primer rango. Así, los presentaron con varios gobernadores, senadores y representantes federales y estatales y alcaldes. Desde luego, se reunieron con los cónsules de México y algunos compatriotas residentes en Estados Unidos. En Washington no sólo fueron recibidos por Matías Romero,

el ministro mexicano, sino en la Casa Blanca por el mismo presidente Grover Cleveland y los integrantes del gabinete, que para recibirlos suspendieron por un rato el duelo nacional decretado por la muerte reciente del expresidente Ulysses B. Grant.

Amén de que los estadounidenses vendieron a sus huéspedes otra imagen de su país, los excursionistas también lo hicieron con la de México. Según dijo Paz casi al término del viaje, se esforzaron por ser “expresivos y corteses”, a fin de eliminar muchos temores “desfavorables” y “arraigados” sobre México, de suerte que en ese momento se veía a los mexicanos como “más civilizados y capaces de podernos gobernar con nuestras leyes y con nuestros hombres por nosotros mismos”. Tenía la certeza de que los efectos “que se han despertado con la palabra y todos los medios de comunicación de que hemos podido disponer no se desvanecerán al dejar nosotros este suelo, sino que serán provechosos y de grandes resultados prácticos en el porvenir”.

Muy en broma, pero de forma representativa, Pedro Zubieta, redactor de *La Voz de Juárez*, dialogó en algún momento con el Dr. Abel González, de *La Voz de Hipócrates*:

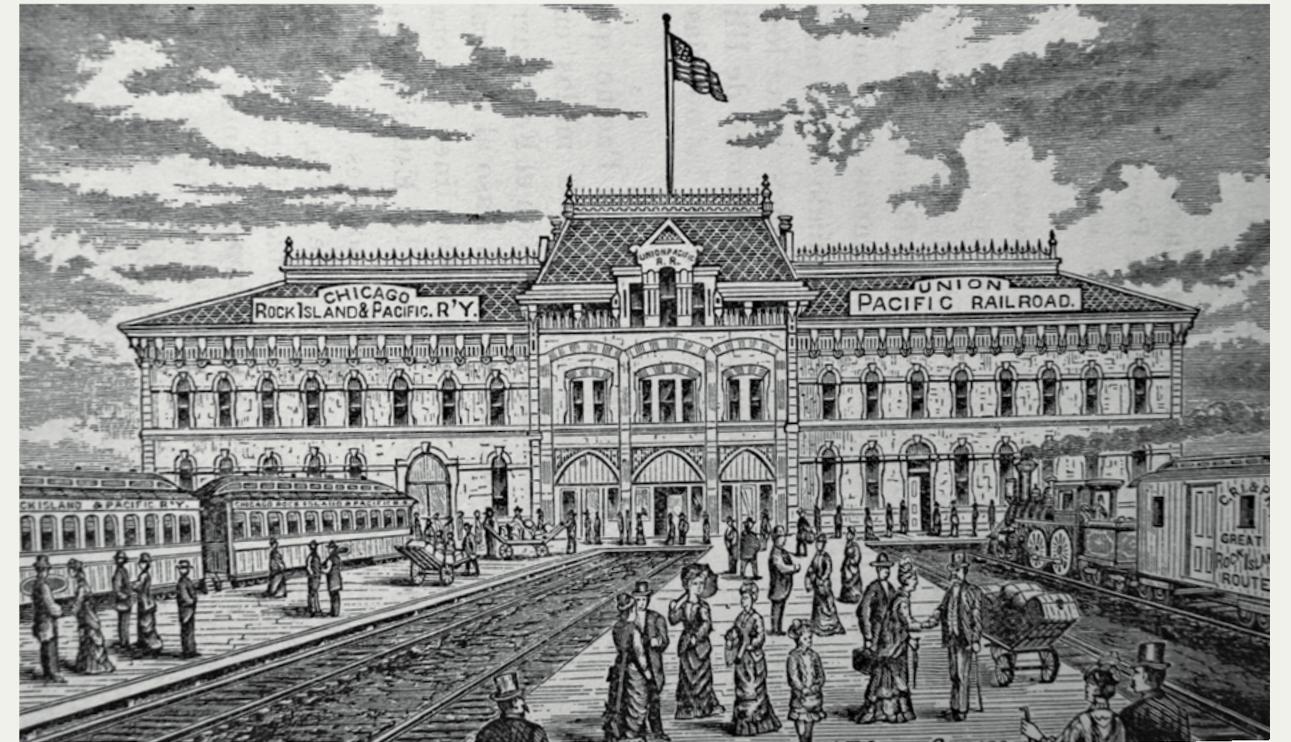
Zubieta. –Antes creían aquí que estábamos vestidos de plumas.

Abel. –A mí, al salir de misa me alzó una vieja la levita, probablemente buscándome la cola.

The Two Republics, el periódico en inglés que se editaba en la ciudad de México, admitía dos años después del viaje que aún resultaba difícil evaluar debidamente los buenos resultados de la excursión. Sin embargo, agregaba:

Que así lo fueron muchos no pueden dudarlos. Muchos periodistas estadounidenses cuyo interés en México se despertó por primera vez al entrar en contacto con los integrantes del grupo, han desde entonces hecho servicios importantes al representar a este país correctamente [...]; capitalistas que conocieron a estos editores han venido a hacer inversiones y muchas personas ricas que hasta entonces supieron de estos caballeros los atractivos de este país como un lugar de descanso, que pasaban los inviernos en Florida, volvieron sus pasos hacia México para escapar de los rigores del clima norteamericano.

23



En cuanto a los periodistas mexicanos, que sin duda volvieron dolorosamente conscientes de las carencias de su país, agregaba que, si bien habían comenzado el viaje con “fuertes prejuicios contra Estados Unidos, regresaron a sus casas como amigos y admiradores entusiastas de los estadounidenses y sus instituciones”. Para muchos de ellos, Estados Unidos debía de ser, sin duda, el modelo a seguir.

vii

Estación del ferrocarril Chicago, Rock Island y Pacífico, Council Bluffs, en Alberto G. Bianchi, *Los Estados Unidos, descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

The Two Republics, el periódico en inglés que se editaba en la ciudad de México, admitía dos años después del viaje que aún resultaba difícil evaluar debidamente los buenos resultados de la excursión.

PARA SABER MÁS

BIANCHI, ALBERTO G., *Los Estados Unidos. Descripciones de viaje*, México, N. Lugo Viña, 1887, en <https://cutt.ly/Brn8LLU>

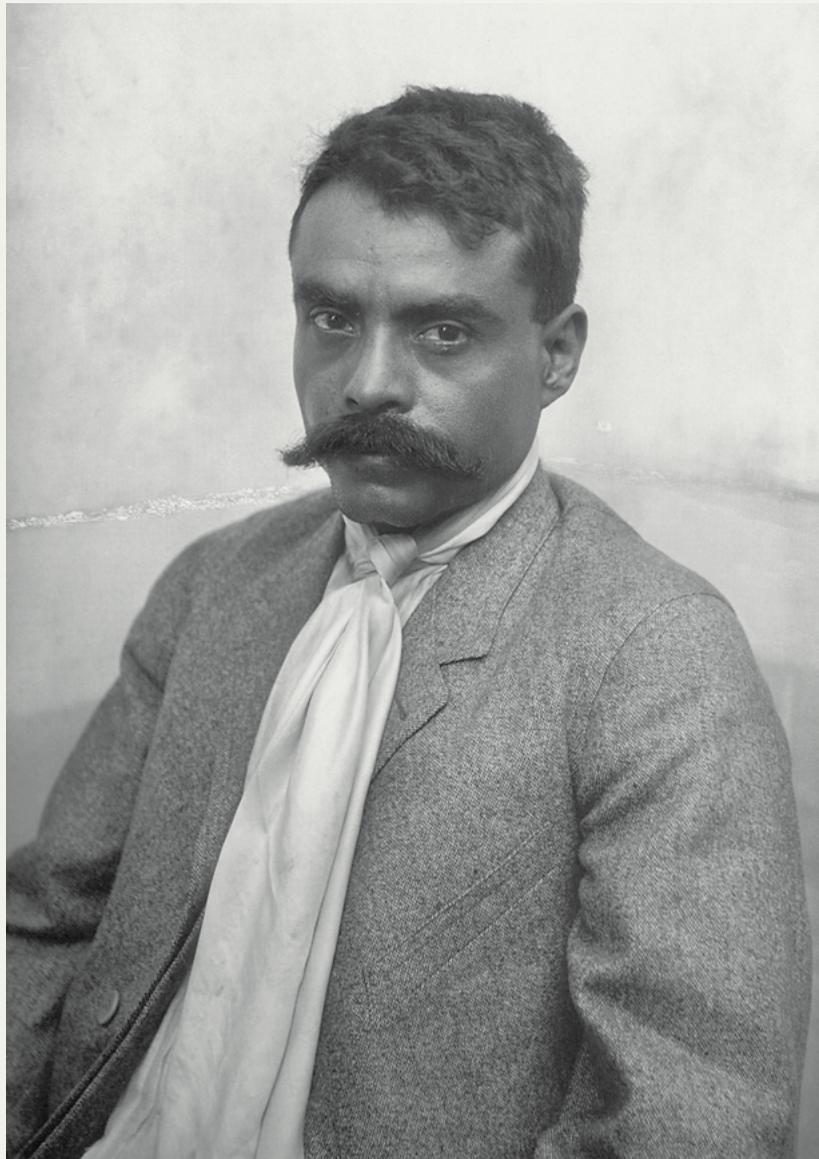
CARBALLO, EMMANUEL, *¿Qué país es este? Los Estados Unidos y los gringos vistos por escritores mexicanos de los siglos XIX y XX*, México, CONACULTA, 1996.

QUIRARTE, VICENTE (coord.), *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Coordinación de Humanidades-UNAM, 2009.

MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ
Instituto Mora

El clarín tocó tres veces

Llamada de honor...



i
Emiliano Zapata, ca. 1914, inv. 6341, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

A través de las siguientes páginas, los lectores hallarán el caso histórico de Emiliano Zapata, quien murió víctima de una traición; cómo e incluso por qué, antes y después de ocurrir ese hecho, tuvo una metamorfosis al generarse un ser mítico y legendario.

25

I

Emiliano Zapata Salazar fue asesinado el 10 de abril de 1919 en Chinameca, Morelos. Al otro día y hasta mayo, las noticias de los principales periódicos que circulaban en la Ciudad de México fueron encabezadas con expresiones sugerentes: “Emiliano Zapata fue muerto en combate”, “Cómo fue la muerte del *Atila del Sur*”, “Los zapatistas tienen imitadores en Rusia”, “Murió Emiliano Zapata: el zapatismo ha muerto”, “La muerte de [...] Zapata no es la muerte de la rebelión”, “Emiliano Zapata, ya es tipo de leyenda”.

Se publicaron fotografías del caudillo, tanto en vida como ya fallecido, así como de varios familiares y partidarios suyos. Además, en son de burla, se intercalaron elocuentes caricaturas. Casi todos los reporteros dedicaron extensas líneas al terrible acontecimiento, con alabanzas y adulaciones para el autor intelectual y los ejecutores, y enseguida dieron a éstos el fallo a favor. Otros, los menos, corrieron la pluma para expresar la protesta y otorgaron un reconocimiento al caudillo sureño y su causa.

Desde entonces, y durante años, se difundió de boca en boca y a través de escritos que Zapata no había muerto, que un primo parecido ocupó su lugar y que se vio que no tenía el lunar en la cara, ni “la manita grabada en la espalda”, con lo que se identificaba a “Miliano”. Se mencionó que él “se había ido a las montañas” o que se fue a vivir a Arabia... Se dijeron y escribieron otras, muchas otras cosas, que narraron tanto sus simpatizantes como sus detractores, quienes contribuyeron al mito y la

leyenda, acarreado con ello un fenómeno singular del individuo... Algunos apuntaron que al tiempo le correspondía juzgar los hechos, el tribunal de la historia.

Si bien el periódico *Omega* protestó contra el gobierno y dejó un concepto trascendental: *Apóstol, Mártir o Bandido*, para la opinión pública “el movimiento sin cabeza perecería”. Pero a pesar de que aumentaron las rendiciones zapatistas, los pueblos de Morelos siguieron apoyando a la resistencia encabezada por otros jefes locales, como Genovevo de la O, Francisco Mendoza, Gabriel Mariaca y Fortino Ayaquica, quienes días después de la muerte manifestaron a la nación que sus propósitos eran consumir la obra del caudillo, vengar la sangre del *mártir*, seguir el ejemplo del *héroe* e ir contra la dictadura de Venustiano Carranza. Otros, estando lejos del país, arremetieron con la pluma desde el exilio. Por ejemplo, la *Revista Mexicana*, publicada en San Antonio, Texas, aun sin estar a favor de Zapata, atacó al presidente como director intelectual del crimen y lanzó el “Yo Acuso...”

La muerte de Emiliano fue un tema relevante desde abril de 1919. Pero no se generó entonces su figura mítica y legendaria. Años antes había sido acosado y denigrado: primero, al aproximarse la caída de don Porfirio, y luego, durante la revolución, cuando lo desprestigiaron junto a sus partidarios conforme se propagaba la causa zapatista. A la par de los denuestos, las campañas de las autoridades nacionales, salvo las convencionistas, continuaron firmes contra “el rebelde” y quienes lo apoyaran *con o sin las armas*.

La imagen extraordinaria del hombre de Anenecuilco surgió a partir de 1911 y fue por obra principalmente de sus difamadores. La prensa, la caricatura, la opinión pública y la oficial, los escritos nacionales e incluso extranjeros crearon una leyenda negra.

26

II

La imagen extraordinaria del hombre de Anenecuilco surgió a partir de 1911 y fue por obra principalmente de sus difamadores. La prensa, la caricatura, la opinión pública y la oficial, los escritos nacionales e incluso extranjeros crearon una leyenda negra, convirtiendo al hombre en “bestia”, “chacal”, “moderno Atila” y “Gengis Kan”, y a sus seguidores en una “horda terrible”. En la Cámara, “se convocó [...] a la campaña de la ‘civilización contra la barbarie’. Surgieron los peores denuestos y calumnias [contra] el líder”. Fue cuando relució el mayor encono de los conservadores: “Emiliano Zapata es la aparición del subsuelo que quiere borrar todas las luces de la superficie; os convocamos [...] a la eterna tragedia de Ormuz contra Arimán.” Se dijo: “es más que un bandido, un reivindicador; el libertador del esclavo de los campos. Asume las proporciones de un Espartaco; es un símbolo, pero [también] un peligro social.”

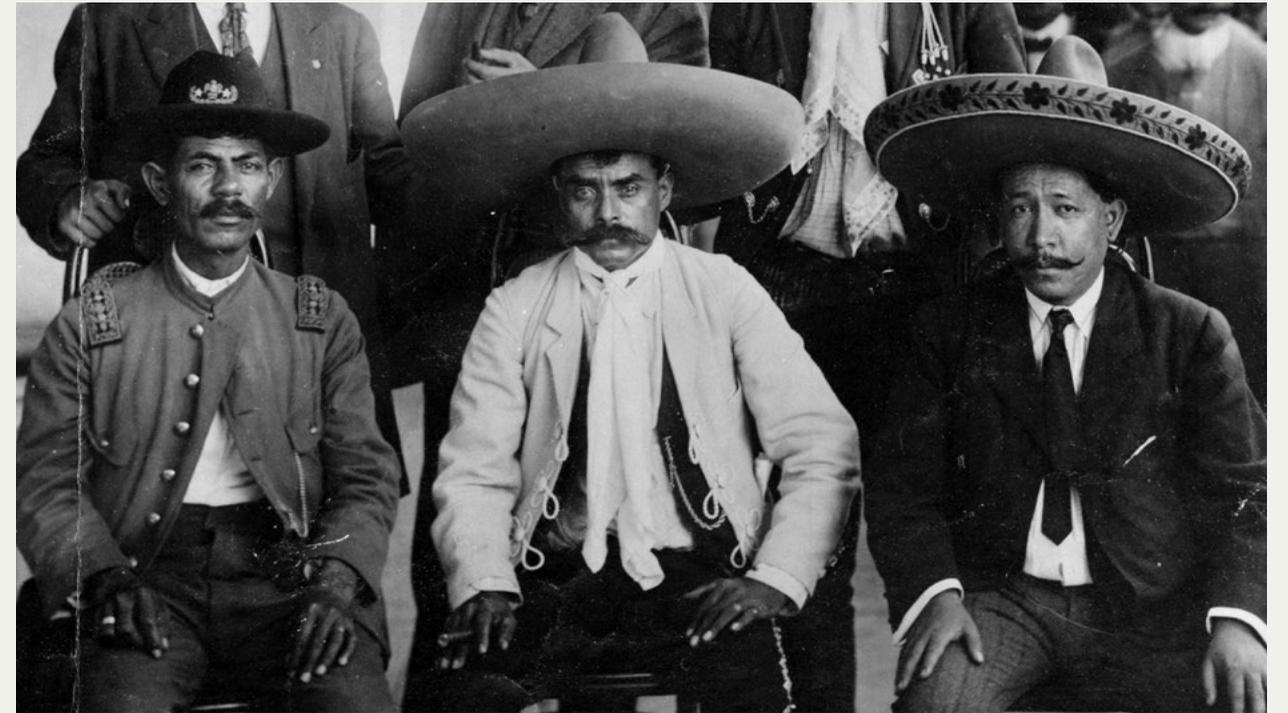
Se escribió que el caudillo no reconocía “otro gobierno que el de sus pistolas”, que “violaba el derecho sagrado de la propiedad”; que lo apoyaban sujetos con tendencias atávicas salvajes; asesinos, violadores feroces, víctimas del alcoholismo y la ignorancia, gente de raza cruzada e inferior, producto de un determinismo étnico y climático. El periodista Héctor Ribot, por ejemplo, reiteró en 1913 que Zapata era un símbolo y agregó: es “un mito, un fantasma, una bandera y un redentor”, aunque “más que un Mesías [o] un Salvador”, “un personaje legendario con detalles de grandeza terrorífica”.

De manera contrastante, el zapatista morelense Otilio Edmundo Montaña absolvió de todo cargo a su jefe porque luchaba “en bien de la patria” y en 1915, la periodista potosina Dolores Jiménez y Muro, en el proemio a una de las reediciones del *Plan de Ayala*, consideró que el líder era el defensor de los desheredados y oprimidos y lo colocó a la altura de Hidalgo, Morelos, Guerrero y Juárez.

Tras la muerte de Emiliano, en 1919, el tabasqueño Antenor Sala en [...] *El Sistema Sala y el Plan de Ayala* [...], título que abrevio, se refirió a él como “glorioso caudillo”, “símbolo de la reforma agraria”, “un hombre de buena fe”, pero quien “no abandonó el grito de guerra”. Y el español M. (¿?) Romero Ibáñez, quien epilogó la obra, enojado con Zapata porque no admitió al Sistema Sala, lo reprobó; para resolver la cuestión de la tierra, el sistema proponía principalmente: dividir los latifundios, sin perjudicar intereses “legítimos” de nadie, y crear la pequeña propiedad, así como colonias agrícolas.

Ni qué decir de la visión estadounidense, que en los años de la revolución consideró a México inmerso en el caos por la anarquía. Adoptando la leyenda negra, distinguió al movimiento zapatista como muestra del bandidaje, terror de los gobernantes y la sociedad. Hubo una interpretación sugerente y ambigua: la idea del “buen indio Zapata”, a la vez “príncipe de saqueadores”, en la obra *The political shame of Mexico* de Edward I. Bell, que data de 1914. Y un caso también llamativo es *Benighted Mexico* de 1916, cuyo autor Randolph W. Smith reconoció que la devoción, la lealtad y la fidelidad con que seguían los guerrilleros morelenses al caudillo, eran “méritos nunca cuestionados”.

27



ii
Emiliano Zapata y Manuel Palafox en Cuernavaca, 1914, inv. 6165, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

III

Recordemos que un decenio antes del asesinato, en 1909, Zapata Salazar había sido electo por varios vecinos como “el principal” de la Junta de Defensa de Anenecuilco, Villa de Ayala y Moyotepec. Los problemas que intentaba resolver esta junta –no exclusivos de esos lugares–, llevaron a Emiliano a acaudillar una causa que heredó de quienes le antecedían en el cargo y que eran proteger y hacer válidos los derechos agrarios de los campesinos. El litigio contra las haciendas por recuperar y conservar la propiedad del agua, la tierra, los bosques, pastos, montes y otros recursos vitales, que pertenecían a pueblos y comunidades de la región centro sureña del país, se remontaba a la época colonial y constituyó, asimismo, una constante histórica en otras comarcas durante los años del México independiente y en tiempos de don Porfirio, cuando el problema llegó a su punto culminante.

Emiliano inició la lucha contra la dictadura de Díaz con unos cuantos vecinos, en marzo de 1911, sumándose al maderismo; en noviembre de ese año, ya con una multitud de hombres, se opuso al gobierno de Francisco I. Madero porque no resolvía el problema agrario y enarboló el Plan de Ayala. Éste y el movimiento zapatista, localistas al inicio, aumentaron en principios y partidarios, propagándose principalmente en los estados de México, Guerrero, Tlaxcala, Puebla, Oaxaca y el Distrito Federal. El Ejército Libertador del Centro y Sur, los pueblos en armas y la gente unida por la causa agrarista prestaron sus fuerzas y apoyos entre 1911 y 1919 contra los enemigos y toda autoridad nacional que no cumpliera con las demandas del zapatismo.

“Guerra a muerte contra Morelos” se convirtió en una frase continua desde que el general carrancista Pablo González se hizo cargo de la campaña contra los rebeldes en la entidad y los estados vecinos en 1915, en una campa-



iii
 Cadáver de Emiliano Zapata, abril de 1919, inv. 634450, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

“Guerra a muerte contra Morelos” se convirtió en una frase continua desde que el general carrancista Pablo González se hizo cargo de la campaña contra los rebeldes.

29

ña de exterminio que no le pidió nada a la que comandó el general huertista Juvencio Robles en el año 1913. De nueva cuenta, se echó mano de la quema de pueblos, la leva, la deportación, el desarraigo, la reconcentración de los habitantes, los asesinatos en masa, a los que se aumentaron la destrucción de los campos y el saqueo de las haciendas e ingenios. Se iniciaba el principio del fin.

El zapatismo había pasado antes por etapas muy graves. Pero la presencia de González y sus tropas empeoró la situación. A pesar de la constancia de Emiliano, de otros jefes locales, de la mayoría del Ejército Libertador, de la resistencia y la lealtad de sobrevivientes en pueblos y comunidades, la crisis en el movimiento se agravó, además, por los fusilamientos, las venganzas, el separatismo, la intriga, la traición, la dispersión y la rendición de zapatistas y su afiliación a tropas enemigas. A todo ello se sumaron las pésimas condiciones del estado, las malas cosechas, las epidemias, el hambre, la fatiga y la muerte.

Una de las fases biográficas del personaje que permite encontrar el porqué de la celada en su contra, en abril de 1919, fue la oposición al carrancismo iniciada años antes. El punto álgido del desafío de Zapata a Carranza y su gobierno, el factor determinante para planear su fin físico fue la carta abierta del 17 de marzo de 1919, que aquel dirigió “por primera y última vez, no al presidente ni al político del que desconfiaba, sino al mexicano, al hombre de sentimiento y razón”. Además de retarlo, le pedía que dejara el poder. El tono de esta misiva significó para Emiliano echarse la soga al cuello.

Carranza declaró que el orden y la vida pacífica en Morelos dependían de la caída o la extinción del caudillo. En estas circunstancias, los más cercanos al jefe zapatista sugirieron detener la lucha y que éste se ocultase. Pero él se negó y siguió buscando alianzas contra aquel en el interior y exterior del país, e informes de sus espías en Cuautla, donde estaba el cuartel general de González, a fin de planear un golpe decisivo.

IV

Fue también en marzo de 1919 cuando Emiliano supo del resentimiento entre Pablo González y uno de sus subalternos, el coronel Jesús Guajardo, quien estaba preso porque en lugar de atacar a unos zapatistas, se había ido a la cantina. Zapata le envió una nota invitándolo a desconocer al gobierno. Pero el papel llegó a manos de González y a éste se le ocurrió “un contra-plan” que, con la anuencia de Carranza, empezó a fines de marzo. Guajardo fue llevado ante González, quien le enseñó la nota, lo llamó traidor y le propuso participar en el engaño. Guajardo aceptó. Siguieron cartas entre él y Zapata, en las que acordaron su desertión y cambio de facción.

Emiliano le dio la orden de amotinarse contra González y de capturar a Victoriano Bárcenas, un zapatista que se había amnistiado. Luego envió a Feliciano Palacios a la hacienda de Chinameca, al campamento del “nuevo integrante”, para asegurarse de que no hubiera anomalías; Palacios no las halló. Guajardo avanzó a Jonatepec, donde hizo un simulacro de batalla, ocupó el lugar y aprehendió a Bárcenas. Zapata se dirigió entonces a la estación Pastor para encontrarse con “su subordinado”. Después de abrazarlo y felicitarlo, aceptó de Guajardo un regalo: el caballo “As de Oros”. Era el 9 de abril. Corrieron rumores de una traición, pero el caudillo no lo creyó.

Él y Guajardo avanzaron hacia Tepalcingo. Tratando de ponerlo a prueba una vez más, lo invitó a cenar; pero Guajardo fingió estar enfermo y regresó a Chinameca, convenciéndolo de encontrarse ahí más tarde. Al día siguiente, se vieron fuera de la hacienda. Ante la comunicación de que fuerzas enemigas rondaban el lugar, Zapata le encargó la defensa de la zona, mientras organizaba refuerzos. Tras saberse que era una falsa alarma, Guajardo mandó a decirle que lo esperaba en el casco, convidándole a comer. Aceptó y pidió que diez hombres lo acompañaran.



iv
Gente observa el cadáver de Emiliano Zapata, abril de 1919, inv. 567627, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

v
Emiliano Zapata en Cuernavaca, diciembre de 1914, inv. 687563, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

Al entrar Zapata, primero se escucharon las notas de un instrumento de viento: El clarín tocó tres veces *Llamada de honor* e inmediatamente siguieron las detonaciones que provocaron su muerte. Ese 10 de abril llegó el cadáver a Cuautla, Pablo González envió un telegrama a Venustiano Carranza comunicándole la noticia. Desde luego, se corrió la voz de que “Miliano” no era el muerto. En Morelos, la gente clamaba: “¡no, no es él!”; otros, desesperados y muy tristes decían: “pobrecito, ya se murió”. El cuerpo fue identificado, entre otros, por el zapatista Eusebio Jáuregui, quien había recibido la amnistía del carrancismo, pero fue ejecutado días después. Ante los restos desfilaron fotógrafos, periodistas y una multitud local que había brindado su fe al defensor de la tierra. González amenazó a quienes siguieran apoyando a los “rebeldes” y Carranza premió a Guajardo ascendiendo a general, así como con 50 000 pesos, de los que este distribuyó una parte a sus colaboradores. El parte oficial de la muerte salió en la prensa; no así el parte zapatista, dado a conocer por el secretario particular del Cuartel General, el mayor Salvador Reyes Avilés en el folleto *Cartones zapatistas*, publicado en 1928.

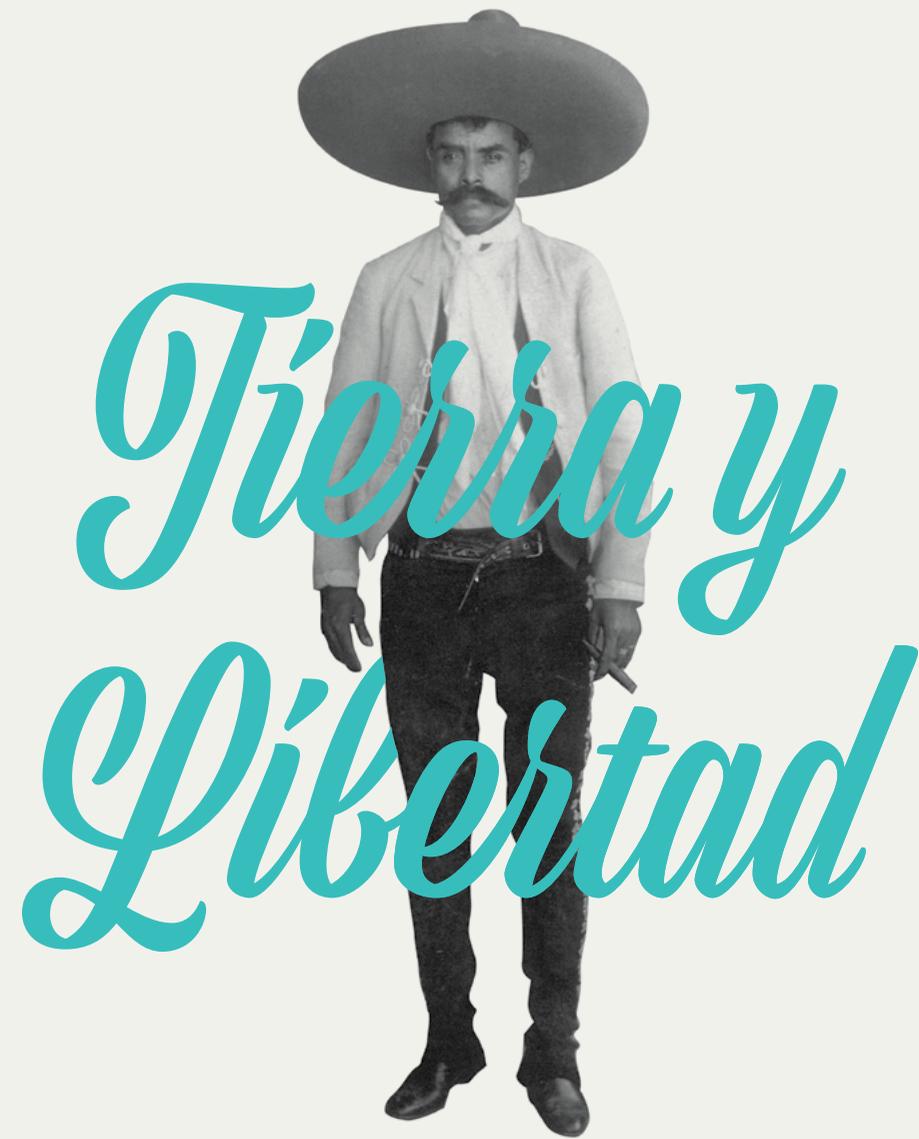
Zapata murió y no murió. La significación de la vida y la muerte del personaje sorprenden en la investi-

gación histórica. A la par de la presencia del hombre en el acontecer histórico, está la gradual creación de ese otro ser suyo, el mítico legendario. Fue a partir del asesinato, que su figura resultó positiva en el recuerdo, el lenguaje oral y el escrito, asimismo en el arte y la historiografía. Hay que hacer notar que, desde su fallecimiento físico, tras la revolución y hasta el día de hoy, se ha manejado al “mártir de Chinameca” como una figura emblemática en discursos, conmemoraciones y homenajes.

En la legitimación del Estado mexicano, de acuerdo con Felipe Ávila, los gobiernos posrevolucionarios se apropiaron del 10 de abril como una fecha clave, “agraria”; “el culto cívico a Zapata comenzó a ser utilizado por el gobierno obregonista, y luego por el de Calles, como uno de los pilares de la nueva ideología de la Revolución que fortalecería la identidad nacional surgida de la lucha armada”.

Tras la muerte, se pensó por un tiempo que Emiliano era “un santo” y el “providencialmente” destinado a acaudillar las luchas campesinas de nuestro país; sus principios y ejemplo de resistencia se retomaron en Chiapas en 1994. A nivel internacional, se le concibió como un líder “mestizo indolatino” a la altura del nicaragüense Augusto César Sandino. Y hasta hoy, sigue abanderando movimientos agraristas contra la injusticia y la desigualdad.

31



Al entrar Zapata, primero se escucharon las notas de un instrumento de viento: El clarín tocó tres veces Llamada de honor e inmediatamente siguieron las detonaciones que provocaron su muerte.

PARA SABER MÁS

LÓPEZ Y FUENTES, GREGORIO, *Tierra. La revolución agraria en México*, México, Editorial México, 1933.

Escuchar el corrido “Un recuerdo al general Zapata”, en: <https://cutt.ly/9rn4K8I>

Escuchar la obra sinfónica de Arturo Márquez: “Leyenda de Miliano”, dirigida por Alondra de la Parra, en: <https://cutt.ly/Lrn4LVP>

FUENTES, FERNANDO DE (dir.), *El compadre Mendoza*, México, 1934, en: <https://cutt.ly/Trn4XAC>

EDGAR SÁENZ LÓPEZ

UAM-I

La rebelión delahuertista en Chihuahua



El general Manuel Chao se movió en diciembre de 1923 hasta el norte del país para iniciar el alzamiento armado que propugnaba el expresidente De la Huerta. En sus poco más de seis meses de acciones, principalmente ataques a las vías de comunicación, asaltos y secuestros, obtuvo escaso respaldo de la población, y terminó en un rápido fracaso. Siete meses después sería atrapado y fusilado, y allí acabaría cualquier intento de insurrección.

i

Obreros apoyan a Adolfo de la Huerta en su candidatura para presidente, 1923, inv. 43062, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

En términos políticos, el año 1923 fue conflictivo para el país. El triunvirato sonorense –De la Huerta, Obregón y Calles– se fracturó con la sucesión presidencial de ese año. El general Plutarco Elías Calles fue el candidato del presidente Obregón para relevarlo en el gobierno durante el cuatrienio 1924-1928, mientras que el expresidente Adolfo de la Huerta mantenía la esperanza de regresar a la primera magistratura del país.

La candidatura de Calles dividió profundamente a diferentes sectores del país. Un importante grupo de militares de la más alta graduación se opuso a la designación del entonces secretario de Gobernación como candidato. Se manifestó en contra porque consideraba que tenía el derecho de obtener beneficios de la revolución. De igual forma, exvillistas, excarrancistas y una considerable cantidad de grupos expresaron su descontento y encontraron en la campaña presidencial un medio para alcanzar sus ambiciones personales.

Cuando en septiembre de 1923, Plutarco Elías Calles renunció a su cartera en el gobierno y aceptó la candidatura a la presidencia de la república, Adolfo de la Huerta estaba indeciso sobre si hacía públicas sus intenciones políticas, lo que finalmente sucedió el 23 de noviembre, cuando aceptó ser el candidato respaldado por el Partido Nacional Cooperativista.

Desde un principio, la rebelión delahuertista se caracterizó en todos sus frentes por el personalismo de sus dirigentes. Si bien eran opositores del gobierno de Álvaro Obregón y de la candidatura de Plutarco Elías Calles, también tenía cada uno sus propios fines y ambiciones en caso de que triunfara el movimiento. La poca cooperación entre ellos los llevó a la derrota de la rebelión, ya que cada uno centró la atención en su zona de influencia, sin cooperar demasiado con los otros frentes. Esto provocó que los generales fueran focalizados y combatidos eficientemente por el ejército nacional.

En el norte del país, la situación fue distinta. Los hombres que se unieron a la rebelión, a diferencia de otros frentes, ya no se encontraban al servicio de las armas, su derrota militar los llevó a encontrarse más aislados, y con

ello su poder de convocatoria fue limitado. Sus tropas fueron exiguas y sin la completa convicción de unirse a una aventura que podría causarles más perjuicios que beneficios. Muchos de los que integraron la división del norte llevaban ya una vida alejada de las armas; algunos habían conseguido tierras con las políticas de repartimiento agrario en los estados de Durango y Chihuahua, y otros estaban fastidiados por los años de combate que no se reflejaban en la mejora de sus condiciones de vida.

No todos los hombres cercanos a los jefes villistas, avocados en Canutillo, optaron por las armas. Quienes sí lo hicieron se limitaron a acciones guerrilleras como ataques a las vías de comunicación, asaltos y secuestros para la obtención de recursos. Muy pocas veces presentaron batalla formal, además de que fue poco el respaldo brindado por las diferentes poblaciones, de modo que nunca pudieron engrosar sus filas. Estas, incluso, ofrecieron sus servicios para combatirlos.

En suma, el gobierno federal y las autoridades de Durango y Chihuahua se encargaron de mantener conformes, y hasta cierto punto tranquilos a los habitantes de sus demarcaciones: los repartos agrarios y demás derechos otorgados hicieron que prefirieran combatir antes que ayudar a los nuevos alzados.

En Chihuahua, el gobernador Ignacio C. Enríquez se encargó de organizar el reclutamiento de personas para que, a manera de policía rural, combatieran los posibles brotes de rebeldes. Se formaron contingentes denominados Defensas sociales, que habían sido creados desde 1916 y reforzados por contingentes de agraristas armados, cuya preparación y abastecimiento fueron proporcionados por el gobierno federal.

De este modo, a pesar de no ser núcleos militares numerosos por parte del gobierno, el septentrión no quedó desprotegido. La ausencia de militares se debió a que en zonas como Veracruz, Guerrero y otras entidades, la presencia de rebeldes era demasiado elevada y el ejército no contaba con suficientes elementos para enviar al norte. Si bien representaba un foco importante de preocupación, no era tan inmediato como en esas zonas.

34

El norte no fue el escenario principal del movimiento, como sí sucedió en los años más vertiginosos de la revolución, debido a que el presidente Obregón había mantenido estrecha vigilancia en la región desde algunos años antes y muchos jefes exrevolucionarios eran leales al primer mandatario. El factor de mayor importancia fue sin duda el asesinato de Francisco Villa en julio de 1923. Con este hecho se redujeron las posibilidades de que la región apoyara a de la Huerta hacia principios de 1924.

REBELIÓN NORTEÑA

A principios de 1924 el principal rebelde en aquella zona era el general Manuel Chao, comisionado por de la Huerta para organizar la rebelión en Chihuahua. El 3 de diciembre anterior, el jefe villista había salido de la ciudad de México rumbo al norte de la república, con el propósito de levantarse en armas. Fue provisto de recursos por Rafael Zubarán Capmany, uno de los hombres que, junto con De la Huerta, organizó la rebelión del 6 de diciembre de 1923. Ante las noticias, el general Enríquez encomendó, el 5 de enero, la organización de tres regimientos que resguardasen Parral, Ciudad Juárez y la capital estatal. Esta movilización fue primordial, ya que Chao había asaltado un tren que corría de Parral a Durango y los informes lo ubicaban merodeando las cercanías de Santa Bárbara, al sur de Parral, terrenos que conocía bien pues en ellos había operado durante su militancia con la división del norte.

Para Chao, reclutar gente para la rebelión no fue tarea sencilla. La Comisión Nacional Agraria informó que fallaron los agentes encargados y, peor aún, consiguieron un fin contrario, puesto que algunas comunidades agrarias situadas a lo largo de la línea fronteriza se organizaron para impedir el contrabando de material bélico para los rebeldes. En el pueblo de Guadalupe, la población batió al destacamento de El Porvenir, que se sublevó y trató de apoderarse del pueblo con el propósito de facilitar la introducción de armas. El mismo rechazo acaeció en Coya-

mé, donde un grupo de 20 rebeldes invitó a sublevarse a los labriegos, quienes se negaron a secundarlos.

El día 11 de diciembre fue localizado Chao, pero rehusó el combate, ya que tan sólo llevaba 20 hombres, por ello se abstuvo de atacar el poblado de La Boquilla. Cerca del lugar, en Pilar de Conchos, Chao y su gente sostuvieron un enfrentamiento contra el capitán Abelardo Legorreta, quien los combatió con sólo cuatro elementos. El villista tomó prisionero a Legorreta –quien después se unió a la rebelión y terminó fusilado por las fuerzas del gobierno–, entró al pueblo y se apoderó de los fondos de la tesorería municipal. Otra de las actividades que realizó Chao –seguramente para obtener recursos y continuar la lucha– fue la extorsión a empresarios o gente adinerada. A modo de préstamo forzoso, obtuvo alrededor de 10 000 pesos de un alto empleado de la American Smelting and Refining Company.

Como las principales actividades de Chao y sus seguidores eran el asalto a trenes y la destrucción de vías de comunicación, Enríquez mandó construir carros blindados que sirvieran como escolta de los trenes de pasajeros. Al final de la primera quincena de enero, el gobernador determinó que el único núcleo rebelde en la entidad era el encabezado por Chao. Los contingentes de agraristas serían los encargados de dar cuenta de ellos, pues estaban muy bien organizados en las diferentes zonas de Chihuahua. El 26 de enero, los federales aumentaron los elementos para la persecución, pero Chao se vio reforzado por los villistas que se rebelaron a finales de enero en Canutillo. El balance de ese mes mostró que los ataques del jefe rebelde no habían desestabilizado al gobierno, ni representaron triunfos para la rebelión delahuertista, pero se evidenció su movilidad, ya que con muy pocos elementos pudo mantenerse fuera de las manos del gobierno.

Sin embargo, para finalizar el mes las actividades de Chao llevaron a atentados importantes. El primero fue el asalto al tren de pasajeros que corría de México a Ciudad Juárez. En la estación Corralitos, Chao e Hipólito Villa dinamitaron las vías, se apoderaron de los fondos que transportaba el ferrocarril y cortaron las comunicaciones,

35

ii
Partidarios de Adolfo de la Huerta manifiestan apoyo a su candidatura, 1923, inv. 43014, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



La rebelión delahuertista se caracterizó por el personalismo de sus dirigentes. Si bien eran opositores del gobierno de Álvaro Obregón y de la candidatura de Plutarco Elías Calles, también tenía cada uno sus propios fines y ambiciones en caso de triunfar.

iii
Adolfo de la Huerta y su escolta de ferrocarrileros, febrero de 1924, inv. 43241, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.





iv
Militares obregonistas desplegados contra Adolfo de la Huerta, ca. 1924, inv. 451224, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

Los rebeldes adquirieron mayor notoriedad cuando, en su afán por obtener recursos, recurrieron a los secuestros, el más sonado de ellos fue el del ingeniero T. George MacKenzie.



v
Tropas de infantería del ejército federal desplegadas en contra de la revolución delahuertista, ca. 1924, inv. 451060, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

37 lo que marcó formalmente la participación de los villistas en la rebelión delahuertista. Por otra parte, el día 30 los rebeldes habían tomado Jiménez; dinamitaron un tren, sin que se destruyera la vía ni se interrumpieran las comunicaciones, desarmaron a los soldados y se apropiaron de 22 000 pesos del fondo que llevaba consigo la escolta. Si bien el movimiento rebelde para este momento no estaba considerado como una fuerza mayúscula, contaba con un mayor número de contingentes. Ya no sólo estaba Chao, sino también Hipólito Villa, Juan B. García, Petronilo Hernández y Nicolás Fernández. A ellos se agregó el general Domingo Arrieta, que apareciera en Ojinaga con actitud rebelde, y quien se encontraba en El Paso, Texas. Atravesó la frontera y se estableció en la colonia agrícola El Porvenir, a 50 kilómetros de Ciudad Juárez, con intenciones de unirse al movimiento de Hipólito Villa.

Los rebeldes adquirieron mayor notoriedad cuando, en su afán por obtener recursos, recurrieron a los secuestros, el más sonado de ellos fue el del ingeniero T. George MacKenzie (gerente de la Northern Mexico Power and Development Company), pero el jefe de la rebelión, Adolfo de la Huerta, ordenó que lo liberaran, sin embargo, esto no se realizó. Además, se sospechaba que también habían secuestrado a los estadounidenses C. C. Coomer, J. Simpson y al alemán G. Schemmtering. También les atribuyeron los secuestros de Melquiades Urías, el hacendado Francisco Almazán y el señor Doodly, empleado de la Smelting and Refining Company.

El general Enríquez, que tenía la facultad de organizar la persecución de los villistas, se valió de la ayuda Jesús Salas Barraza, personaje implicado directamente en el asesinato de Francisco Villa. Además de los agraristas y fuerzas rurales que seguían en campaña, se enviaron fuerzas yaquis llegadas de Sonora, que asistirían en la lucha contra los sublevados.

Para el 10 de febrero, en la población de Rosales, fueron derrotados los rebeldes encabezados por Hipólito Villa y Chao, y se les recogieron caballos y armamento. Los villistas se dispersaron en fracciones de 30 o 40 in-

dividuos para desfiatar al gobierno y eludir el combate. El general Enríquez se dirigió a Satevó para combatir al núcleo más importante. El éxito parecía seguro, pues en número no llegaban a más de 300 a 400 sublevados.

La persecución se incrementó con contingentes de campesinos que voluntariamente se integraron a las fuerzas regionales y a los que se les impartió instrucción militar. Tras las constantes derrotas de los villistas, el balance que realizó el general Enríquez fue bastante halagüeño, declaró que habían sido arrojados a Durango y que la zona minera de Chihuahua operaba sin ningún contratiempo. Aseguró que el estado se encontraba en completo control, que solamente quedaba Chao con un muy reducido grupo de seguidores, y que muy pronto serían exterminados.

OCASO

Para abril de 1924, la rebelión estaba prácticamente muerta en Chihuahua. Las operaciones militares más importantes contra los villistas se desarrollaron para entonces en Durango. En Chihuahua, las noticias ya no tenían como actores principales sólo a los rebeldes de Canutillo. A manera de rumor se llegó a mencionar que Adolfo de la Huerta intentaría por última vez, después de estar en Estados Unidos desde marzo, introducirse por ahí a territorio nacional. Asimismo, uno de los sucesos de mayor relevancia fue el escape del señor Mackenzie de manos de los villistas, realizado durante un encuentro que éstos sostuvieron contra las fuerzas del general Marcelo Caraveo en Durango. Para finalizar abril, y como última embestida a los rebeldes, se nombró jefe de las operaciones en el norte al general José Gonzalo Escobar, quien daría la estocada final a los villistas.

Entre tanto, el general Chao no se rindió e intentó seguir adelante con el levantamiento. Para darle captura, las fuerzas de Caraveo y de José Gonzalo Escobar lo cercaron. Su derrota definitiva llegó a las tres de la tarde del

38



vi
Manuel Chao en Chihuahua,
ca. 1914. Library of Congress,
EUA.

día 25 de junio de 1924, cuando fue capturado por tropas del general Francisco R. Durazo en Parral. Se le formó un consejo de guerra y fue condenado a la pena capital. Fue fusilado el día 26 a las 5:00 de la mañana. Durante el interrogatorio afirmó que su motivo para tomar las armas fue el asesinato de Francisco Villa, de ahí que, a pesar de la rendición de sus compañeros, él decidiera mantenerse en pie de lucha hasta el final. Sus palabras ante el consejo sumario fueron: “No quiero solicitar clemencia porque comprendo que conforme a las leyes militares mi delito no tiene disculpa, y estoy, por tanto, dispuesto a soportar las consecuencias de mis actos.”

Con la ejecución de Chao pudo considerarse terminada la rebelión delahuertista en Chihuahua. El foco rebelde se extinguió junto con la vida de uno de los generales más importantes de la antigua división del norte.

Para culminar las rendiciones en aquella región, Hipólito Villa claudicó definitivamente en los primeros días del mes de octubre de 1924. Ya nada ganaba con seguir y, a pesar de que intentó imponer condiciones para el cese de hostilidades, no se encontraba en posición de poder negociar. Lo único que consiguió fue salvar su vida, aunque sin ningún bien material, pues desde febrero el procurador general de justicia, Eduardo Delhumeau, había informado sobre la incautación de bienes y propiedades de todos aquellos que participaron en la rebelión contra el gobierno de Álvaro Obregón.

Si bien la razón que llevó a Nicolás Fernández y demás villistas de Canutillo a combatir fue, según sus propias declaraciones, vengar la muerte de Francisco Villa, muy probablemente decidieron secundar la rebelión —a pesar de que Obregón les había prometido garantías si permanecían en paz— porque vieron posibilidades de éxito y de poder mantener su posición. Otra interpretación puede ser que, ante el inminente triunfo de Calles, pensarán que con el nuevo presidente no obtendrían lo que habían conseguido con Obregón. Finalmente, la derrota militar les significó perder la posición económica que tenían, mientras que el general Chao encontró la muerte.

39

vii
Adolfo de la Huerta, ca. 1922. Li-
brary of Congress, EUA.



Con la ejecución de Chao pudo considerarse terminada la rebelión delahuertista en Chihuahua. El foco rebelde se extinguió junto con la vida de uno de los generales más importantes de la antigua división del norte.

PARA SABER MÁS

CASTRO, PEDRO, *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la revolución*, México, Siglo XXI/UAM-I, t.I, 1998.

JOSÉ VALENZUELA, GEORGETTE EMILIA, *El relevo del caudillo. De cómo y por qué Calles fue candidato presidencial*, México, Ediciones El Caballito-Universidad Iberoamericana, 1982.

MARTÍNEZ, RAFAEL, *Sálvese el que pueda (los días de la rebelión delahuertista)*, México, El Gráfico, 1931.

ROCHA ISLAS, MARTHA EVA, *Las Defensas sociales en Chihuahua*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988 (Divulgación).

OLIVIA GÓMEZ LEZAMA
Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH)

40

México recibe a los asilados políticos brasileños

El golpe de Estado de 1964 en Brasil motivó una generosa y ambivalente política mexicana de asilo con los perseguidos por el régimen militar a lo largo de tres lustros. Un buen número de ellos se incorporó a la academia, pero también fueron objeto de expulsiones y obstáculos para permanecer en el país durante los gobiernos de Díaz Ordaz y Echeverría.

41



i Adolfo López Mateos brinda con Juscelino Kubitschek, presidente de Brasil, en Palacio Nacional durante una visita diplomática, 1960, inv. 268390, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

El golpe militar que derrocó al gobierno civil del presidente João Goulart de Brasil en 1964 inauguró un periodo de dictaduras militares que tuvieron lugar en América Latina durante la segunda mitad del siglo xx. Posteriormente, se instauraron otros regímenes militares en la región: en Uruguay, en junio de 1973; en Chile, en septiembre del mismo año, con el golpe del dictador Augusto Pinochet contra el gobierno socialista de Salvador Allende; y en Argentina, en marzo de 1976, por el general Jorge Rafael Videla que depuso a Isabel Perón.

En ese sentido, debido a que en Brasil se instauró el primer régimen militar en la región, la brasileña es considerada la “dictadura madre”, la cual sentó las bases de la represión que las demás también implementarían con base en la doctrina de la Seguridad Nacional creada por Estados Unidos, con la intención de desarrollar guerras contra los enemigos internos de las naciones para asegurar el triunfo de los Estados capitalistas. Este postulado se formuló en el contexto de la guerra fría que hacía competir a los países socialistas, encabezados por la Unión Soviética, y a los capitalistas, liderados por Estados Unidos, por la hegemonía mundial.

GUERRA FRÍA

42 Basándose en este planteamiento, los regímenes militares se dedicaron a combatir todo aquello que oliera a comunismo dando una batalla a muerte a sus opositores. Como consecuencia de esta política, la dictadura brasileña comenzó a perseguir a los integrantes del gobierno civil depuesto y a aquellos que participaban en organizaciones y/o movimientos de izquierda. En este contexto se dio la llegada de varios de ellos a México.

Cabe señalar que dicha dictadura duró varios años en el poder. Desde su implantación en 1964 hasta la elección de un nuevo gobierno civil en 1985. El proceso de “transición democrática”, que fue lento y gradual, comenzó en 1979 con la promulgación de la Ley de Amnistía que permitió el regreso a Brasil de los asilados que huyeron tras el golpe de Estado, por encontrarse en peligro su vida e integridad física. En ese sentido, dado que fueron varios años los que duró el régimen militar, coincidió con diferentes periodos de gobiernos mexicanos, desde el encabezado por el presidente Adolfo López Mateos hasta el de Miguel de la Madrid.

EL PAPEL DE MÉXICO

Tras el golpe militar ocurrido en Brasil el 31 de marzo de 1964, México tuvo un papel relevante al otorgar el mayor número de asilos diplomáticos, entre abril de ese año y mayo de 1965, por medio del embajador Alfonso García Robles, comisionado por el entonces presidente Adolfo López Mateos, en apego a los convenios interamericanos procedentes sin necesidad de previa aprobación del titular del ejecutivo debido a la premura con que debía actuarse. Así, de los 181 casos que se registraron en ese periodo, 74 de ellos llegaron a nuestro país; 41 a Bolivia; 28 a Uruguay; catorce a Yugoslavia; nueve a Chile; ocho a Perú; cuatro a Paraguay; dos a Argentina y uno a Colombia. Asimismo, con base en la doctrina Estrada, México rompió relaciones con Brasil al ser un gobierno impuesto por la fuerza.

Sin embargo, con el ascenso del nuevo gobierno, encabezado por Gustavo Díaz Ordaz en diciembre de 1964, la recepción del exilio brasileño en México no siempre se dio de manera favorable. A la toma de posesión del nuevo titular del ejecutivo, que se llevó a cabo el 1 de diciembre de 1964, acudió la representación de Bra-

sil como parte de los invitados, siendo un gesto positivo que indicaba las intenciones de reanudar relaciones entre ambas naciones. Pero, a pesar de ello, dado que el nuevo embajador en Brasil, Vicente Sánchez Gavito, no presentó sus credenciales sino hasta el 21 de abril de 1965, se abrió un periodo de “transición” que fue aprovechado por el todavía embajador, Alfonso García Robles, para dar asilo diplomático a nombre de México a tres más de los perseguidos políticos que desde el golpe se encontraban en la clandestinidad en espera de un *habeas corpus* (similar al amparo mexicano), el cual les permitiría ser juzgados sin ir a prisión, entre ellos Ruy Mauro Marini, de quien más adelante hablaremos para ejemplificar el proceso complejo en que se dio el exilio en México.

Una vez que Sánchez Gavito entró en funciones, recibió la indicación del presidente Díaz Ordaz de dar asilo diplomático solamente en aquellos casos que no representaran desencuentros con el régimen brasileño. De esta manera, se limitó la posibilidad de que los perseguidos políticos encontraran refugio en la embajada, que hasta entonces se había mostrado abierta y sin restricciones. En ese contexto, las autoridades mexicanas le negaron el asilo diplomático al diputado depuesto de Pernambuco, Miguel Arres, debido a que consideraron les representan problemas con el gobierno brasileño, pues ya le había sido otorgado un *habeas corpus*. No obstante, afortunadamente, dicho personaje encontró refugio en la embajada de Argelia.

El 28 de octubre de 1965 se emitió el llamado Acto Institucional número 2 con el que el régimen militar impuso una serie de medidas encaminadas a adecuar el orden legal a sus intereses. Por este medio se eliminó el sistema de partidos prevaleciente: el Partido Comunista Brasileño (PCB) perdió su registro, y se introdujo un sistema bipartidista formado por el partido del régimen, Alianza Renovadora Nacional (ARENA), y otro de tendencia moderada, el Movimiento Democrático Brasileño (MDB). De este modo, en apariencia mantenía la contienda política como símbolo de democracia, pero en realidad, con estas medidas el régimen aseguraba su permanencia en el gobierno con el control de la mayoría absoluta del Congreso Nacional que, constituido en órgano electoral, designaría al gobierno en turno. Por si fuera poco, se reabrieron los procesos de casación para facilitar la persecución política, de tal manera que los civiles serían detenidos por delitos contra la seguridad nacional a cargo de la justicia militar.

ii

Alfonso García Robles, embajador de México en Brasil durante el golpe militar, ca. 1964. Archivo General de la Nación, fondo Hermanos Mayo, Alfabético General, sobre 3364.



La embajada mexicana en Río de Janeiro recibió en 1964 al mayor número de asilados políticos durante los primeros días posteriores al golpe militar. De los 181 casos que se registraron entre abril de 1964 y mayo de 1965, 74 llegaron a México.

iii

Visita de Estado de Ernesto Geisel, presidente de Brasil, a México durante la presidencia de José López Portillo, enero de 1978. Archivo General de la Nación, fondo Hermanos Mayo, Alfabético General, sobre 3840.



44

Ante este nuevo escenario el presidente Díaz Ordaz modificó su política internacional. Decidió otorgar asilo a dos de los personajes más destacados del exilio brasileño que llegó a México: Francisco Julião, dirigente de las “Ligas Camponesas” (Ligas Campesinas), y Francisco Lage, sacerdote católico y diputado suplente del Partido Trabalhista Brasileiro, así como a cuatro personas más. Sin embargo, paradójicamente, su gobierno comenzó a vigilar a los asilados a través de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), que entonces estaba a cargo de Fernando Gutiérrez Barrios, organización encargada de vigilar y perseguir a la disidencia mexicana, particularmente a la que participó en los movimientos guerrilleros, haciendo uso de la tortura física y psicológica, la represión y el asesinato, hasta su disolución en 1985 para dar lugar a la Dirección General de Investigación y Seguridad Nacional, que en 1989 se convertiría en el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN).

Todavía durante el gobierno de Díaz Ordaz, el 13 de diciembre de 1968 el régimen brasileño decretó el Acto Institucional número 5 con el que agudizó la represión y censura al otorgarle facultades extraordinarias al poder ejecutivo y suspender las garantías individuales. Dentro de lo contradictorio del régimen autoritario mexicano, este consideró que la dictadura brasileña había ido más allá del marco constitucional, por lo que concedió tres asilos más; mientras al interior, un par de meses antes, había llevado a cabo la matanza estudiantil del 2 de octubre.

Una vez iniciada la década de 1970, Luis Echeverría Álvarez tomó posesión como el nuevo presidente de México. Su gestión se destacó por el inmenso apoyo que brindó a los asilados chilenos tras el golpe militar que dio el general Augusto Pinochet al gobierno socialista de Salvador Allende. Sin embargo, la manera en que se condujo respecto a otros casos latinoamericanos que también se encontraban en Chile y buscaban refugio, no fue igual, pues no les otorgó las mismas facilidades. Por el contrario,

en el caso de los brasileños, se les concedió un plazo de 30 días para conseguir una visa de trabajo y poder permanecer en el país, ya que, en caso contrario, estarían obligados a abandonarlo.

LA INSERCIÓN

Con la llegada de Salvador Allende a la presidencia de Chile, este país se convirtió en el centro de reunión de la inteligencia latinoamericana por excelencia de la época, ya que acogió a los intelectuales más destacados de izquierda que venían huyendo de otras dictaduras. Sin embargo, al instaurarse la derecha en el poder, en 1973, dejó de ser un lugar seguro para ellos. No obstante, el gobierno mexicano negó el derecho a refugiarse a uruguayos, paraguayos, bolivianos y brasileños. En este último caso, en dicha decisión influyó la advertencia del régimen militar de Brasil sobre la “peligrosidad” de sus ciudadanos que se encontraban en Chile debido a su participación en secuestros, como parte de grupos guerrilleros.

Ante esta situación, los académicos e intelectuales mexicanos intervinieron para conseguir las visas de trabajo con las que, en algunos casos, estos latinoamericanos excluidos del asilo pudieran quedarse a laborar en las principales universidades y centros de investigación de México como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), El Colegio de México (COLMEX), la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo y en universidades de provincia como las de Puebla y Guadalajara, además de Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo y la sede en México de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), que se habían creado *exprofeso* para recibir al exilio chileno.

45

Marini llegó a México en abril de 1965, siendo presidente Gustavo Díaz Ordaz. No obstante, acusado por este de incitar a los estudiantes en 1968 a través de uno de sus artículos en el que, más bien, se refería al movimiento estudiantil de Brasil y no al mexicano, fue obligado a salir del país.

EL CASO MARINI

Para ejemplificar lo difícil y complejo del exilio brasileño en México basta con revisar el caso de Ruy Mauro Marini, uno de los intelectuales latinoamericanos más destacados de su época por sus contribuciones a la “teoría de la dependencia”, la cual explicaba desde el marxismo la situación de desventaja de América Latina frente a las primeras potencias mundiales, que hacían que la región permaneciera en el atraso. Entre el 21 de julio y septiembre de 1964, poco después de que se llevara a cabo el golpe militar, Marini fue detenido por el Centro de Informaciones de la Marina (CENIMAR), acusado de pertenecer a una organización subversiva llamada “Polop” (Política Operaria/Obrera). Al poco tiempo, a pesar de haber sido liberado y de conseguir un *habeas corpus*, volvió a ser perseguido y tuvo que permanecer en la clandestinidad hasta mediados de enero de 1965 cuando pidió asilo en la embajada de México, debido a que su familia también estaba siendo amenazada.

Llegó a México en abril de 1965, siendo presidente Gustavo Díaz Ordaz. No obstante, en 1968 fue acusado por este mismo de incitar a los estudiantes a la revuelta en uno de sus artículos en que se refería al movimiento estudiantil brasileño. Pero, a pesar de que no hablaba del caso mexicano fue invitado a salir del país. Después de varios intentos por encontrar refugio en otras naciones, llegó a Chile una vez que Salvador Allende arribó al poder en 1970 y ahí permaneció hasta 1973, cuando se dio el golpe militar al gobierno socialista.

Durante su primer exilio en México había logrado colocarse como profesor en la Facultad de Economía de la UNAM, gracias a un amigo del presidente de la Unión Nacional de los Servidores Públicos en Brasil de nombre Rodolfo Puiggrós, exiliado argentino que había llegado a México en 1956, tras ser perseguido por formar parte de la resistencia peronista y que, para entonces, impartía el único curso de marxismo en la entonces Escuela de Eco-

nomía de la UNAM. De esta manera, Marini se insertó en un proceso en el que dicha corriente de pensamiento llegó a tener una presencia destacada en la universidad, la cual se reflejó en el plan de estudios de la carrera, pues comenzó a impartirse la materia *El Capital* como obligatoria en varios semestres. Asimismo, ingresó al Centro de Estudios Internacionales del COLMEX, gracias a su director, Mario Ojeda Gómez.

Estos primeros contactos le ayudarían a regresar en 1974, en lo que fue su segundo exilio en México, mismo que duraría hasta su regreso a Brasil a principios de la década de 1980. Gracias a ellos pudo conseguir la visa de trabajo que el gobierno mexicano pedía a los brasileños que salían de Chile para permanecer en el país por medio de Víctor Flores Olea, entonces director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. También otras personalidades de izquierda buscaron ayudarlo, como Eugenia Huerta, hija del poeta Efraín Huerta, quien trabajaba en la editorial Siglo XXI y la directora y fundadora de la editorial ERA, Neus Espresate, con quien publicó varias de sus obras y participó como parte del comité editorial de la revista *Cuadernos Políticos*, auspiciada por esta casa editorial, junto con otros intelectuales mexicanos y latinoamericanos como Adolfo Sánchez Rebolledo, Arnaldo Córdova, Carlos Pereyra y Bolívar Echeverría, cuya lectura en las aulas de la academia mexicana era muy recurrente, además de que tuvo un impacto importante en la izquierda y el ámbito político.

REGRESO DEL EXILIO

En 1978, el presidente brasileño, Ernesto Geisel, visitó México, siendo presidente José López Portillo, para estrechar y como mejorar las relaciones comerciales entre ambos países. Como fruto de aquel encuentro, Brasil se

Los asilados brasileños lograron permanecer en el país en muchos casos y nutrir las actividades académicas en las universidades y centros de investigación en diferentes áreas: desde la sociología, la economía, la política y hasta la enseñanza del portugués.

46

convirtió en nuestro principal socio comercial, después de Estados Unidos. Además, la ocasión fue aprovechada para anunciar que el régimen brasileño preparaba una amnistía para los perseguidos, procesados y encarcelados por razones políticas. Con esta noticia se anunciaba el proceso de “apertura política” que terminaría con la dictadura militar implantada con el golpe de 1964.

En marzo de 1979, asumió el poder el último de los militares, el general João Figueiredo, a quien le tocó continuar y concluir el proceso de apertura democrática que sería: “lento, gradual y seguro”. Como parte de ella, el 28 de agosto se promulgó la Ley de Amnistía que permitió el regreso a Brasil de los exiliados brasileños en México a mediados de la década de los ochenta y, unos meses después, la reforma partidaria que permitió el restablecimiento de un nuevo sistema político al que se incorporaría el PT (Partido dos Trabalhadores), con su líder Luis Inacio (Lula) da Silva.

Sin embargo, ello no era aún suficiente. El régimen militar seguiría manteniendo el control de la elección presidencial al prevalecer todavía el mecanismo de elección indirecta del gobierno, por medio del Congreso Nacional constituido en Colegio Electoral. De ahí que surgiera el movimiento civil “Diratas Já”, que exigía que el presidente fuere electo por el voto directo de los ciudadanos como ocurrió en las elecciones de 1985 cuando resultó electo Tancredo Neves, el presidente civil después del golpe. No obstante, no alcanzó a tomar posesión de la investidura debido a que le acaeció una muerte prematura. De tal manera que su lugar fue tomado por el vicepresidente José Sarney. Finalmente, en 1988 se promulgó la nueva Constitución que restableció las libertades democráticas que habían sido violentadas, dando origen a la persecución política que derivó en la salida de un intelectuales, artistas, líderes sociales y políticos de Brasil durante el periodo de la dictadura militar.

La diplomacia mexicana actuó de manera oportuna para salvaguardar la vida y libertad de los perseguidos políticos brasileños, en momentos clave en los que se necesitaba rapidez, al ser la embajada mexicana en Río de Janeiro la primera en recibir al mayor número de solicitudes de asilo. No obstante, al ser de larga duración el régimen militar que se implantó en Brasil, el exilio brasileño tuvo diferencias en los distintos gobiernos mexicanos que le tocó atravesar, y que obedecieron también al propio contexto nacional. En ese sentido, hubo momentos en que no actuó de manera tan solidaria como al inicio, e inclusive se llegó a poner obstáculos para la permanencia en el país de brasileños durante el gobierno del presidente Echeverría, lo cual matiza la idea general que se tiene de que abrió totalmente las puertas a todos los exilios latinoamericanos.

No obstante, los asilados brasileños, en muchos casos, lograron permanecer en el país y nutrir significativamente las actividades académicas en las universidades y centros de investigación en diferentes áreas: desde la sociología, la economía, la política hasta la enseñanza del portugués. Asimismo, México reunió las condiciones necesarias para que desde aquí se impulsara el movimiento por la “Amnistía”, que finalmente se logró. En ese sentido, desempeñó un papel relevante en el restablecimiento de la democracia en el cono sur, a pesar de que al interior llevó a cabo una política de persecución de la oposición radical y cierta tolerancia a la izquierda intelectual, la cual estimuló, hasta cierto punto, con la política de “apertura democrática” que impulsó el presidente Luis Echeverría para legitimarse, tras su papel en la matanza estudiantil del 2 de octubre de 1968, como secretario de Gobernación, con el incremento considerable del presupuesto de la UNAM, la creación de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), entre otras medidas que contribuyeron a generar las condiciones para la recepción e incorporación del exilio brasileño y latinoamericano.

iv

Francisco Juliao, líder agrario de Brasil, ca. 1967. Archivo General de la Nación, fondo Hermanos Mayo, Alfabético General, sobre 4545.

v

Cartel de Ernesto Geisel, presidente de Brasil, durante su visita de Estado a México, enero de 1978. Archivo General de la Nación, fondo Hermanos Mayo, Alfabético General, sobre 3840.

47



PARA SABER MÁS

GÓMEZ LEZAMA, OLIVIA, “Sobre los estrechos vínculos entre historia y teoría política en América Latina”, *Andamios*, vol. 14, núm. 34, 2017, pp. 371-374.

MORALES MUÑOZ, DANIELA, *El exilio brasileño en México durante la dictadura militar, 1964-1979*, México, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático-SRE, 2018.

“Sobre la vida y obra de Ruy Mauro Marini” en <http://www.marini-escritos.unam.mx/>

Revista Cuadernos Políticos, en <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/index.html>

EDGAR ALLAN LARA PAREDES
Instituto Mora

48 San Lorenzo Tezonco

Del pueblo rodeado de agua a la urbanización total



i Imagen satelital que muestra la sierra de Santa Catarina y el cerro "Yehualichan". Google Earth, 2019.

ii PÁGINAS 50 Y 51
El lago de Xochimilco a la llegada de los españoles. Diseño de Edgar Allan Lara Paredes, 2019.

49

Durante varios siglos, las tierras de lo que es hoy este pueblo de la alcaldía de Iztapalapa fue un vergel vinculado al lago de Xochimilco. Las disputas legales por los terrenos dieron paso a la desecación de la zona y su asalto por paracaidistas y el crecimiento de la mancha urbana.

San Lorenzo Tezonco es uno de los 16 pueblos originarios de la alcaldía Iztapalapa. Se encuentra al suroriente de la ciudad y tiene como uno de sus principales medios de transporte la línea 12 (Dorada) del Metro, con una estación que lleva su nombre.

Uno de los lugares más representativos de esta población es el cerro Yehualichan, nombre en náhuatl que significa *lugar redondo* y que forma parte de la sierra de Santa Catarina. Actualmente, debido a la erosión que ha recibido por parte de las empresas mineras, se le conoce como el *cerro rojo de Tezonco*, debido a que la explotación de sus yacimientos de tezontle deja ver el color escarlata del tezontle. Los restos arqueológicos encontrados en 1912 por Paul Henning en el cráter del cerro permitieron determinar que hubo ahí un cementerio prehispánico, si bien las piezas encontradas no provenían de Tezonco, sino de pueblos del horizonte teotihuacano.

El cerro no fue el único atractivo natural, ya que alguna vez el lago de Xochimilco llegó a sus límites. Gracias a esto, los pobladores que rodeaban el lago subsistieron y desarrollaron relaciones sociales, políticas y económicas.

Se desconoce el año en que Tezonco comenzó a llamarse como tal, así como su fundación, aunque los altepeme (plural de Altépetl), poblados cercanos como Culhuacán o Cuitláhuac, se fundaron antes de la llegada de los mexicas en el siglo XIV.

Las primeras menciones del pueblo de Tezonco proceden de los testamentos de Luisa Juana de 1580,

quien legó las tierras a sus familiares y otras las vendió para que el dinero obtenido fuera destinado a las misas cuando muriera. En esa década se había fundado la hacienda de San Nicolás Tolentino, que alcanzó relevancia posteriormente por las diversas disputas que se generaron por su propiedad. En esos años, los religiosos agustinos mencionan el nombre del pueblo en un plano de Culhuacán.

Para 1633, una cédula real indica los límites del fundo legal de Tezonco. Los parajes que se marcan serían luego motivo de disputa con la Hacienda durante dos décadas del siglo XX. Los linderos se marcaron de la siguiente manera:

Como punto de partida, el paraje que llaman nopal prieto a orillas del camino que viene del pueblo de Zapotitlán; sígase en línea recta hasta el paraje que llaman el cuernito o tierras de don Plutarco, tuerse por el llano viejo a orillas de las tierras de Santa Cruz Meyehualco hasta dar en mojonera que está a orillas del camino nuevo o de la polvorilla y se sigue en línea recta hasta el paraje que hoy se dice mexiahua a orillas del pueblo de Tomatlán y aquí pasa a la laguna en línea divisoria, hasta el paraje que dicen Chipunahuac o ciénega de San Antonio, y aquí tuerce la línea y sale a tierra el paraje donde empiezan estos linderos y que hacen un total de siete mil doscientas quince varas castellanas.



52

El pueblo de San Lorenzo Tezonco se encontró en las orillas del lago de Xochimilco, por lo cual, gran parte de los conflictos que tuvo el pueblo con la hacienda de San Nicolás Tolentino fueron por temas relacionados con el agua.

El pueblo de San Lorenzo Tezonco se encontró en las orillas del lago de Xochimilco, por lo cual, gran parte de los conflictos que tuvo el pueblo con la hacienda de San Nicolás Tolentino fueron por temas relacionados con el agua. La vida de sus pobladores giraba en torno a la pesca y la agricultura.

José Antonio de Villaseñor mencionó a Tezonco en su *Theatro Americano*, y nos da una idea de cómo fue durante los primeros años de época colonial:

[...] el pueblo de Culhuacán está situado a la parte del poniente, en distancia de tres cuartos de legua de la cabecera, y en él y sus sujetos hay doscientas treinta y cuatro familias de indios; y al oriente de esta cabecera están situados los de Santiago Chahualtepeque con treinta y ocho familias; y el de San Lorenzo con cincuenta y ocho; el primero dista dos y media leguas, y el segundo tres.

Algunos años después, en las *Relaciones geográficas del arzobispado en México*, del año 1743, se menciona que Tezonco estaba dentro de la jurisdicción de Mexicaltzingo

y sus pobladores producían frijol, cebada y maíz, y pescaban en la laguna, hablaban mexicano y su clima era frío y húmedo.

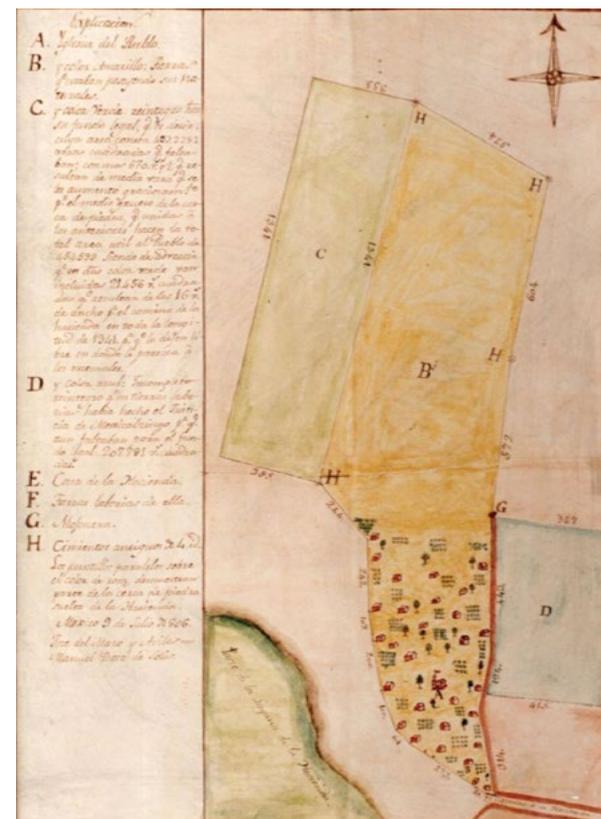
Lo mismo lo explica Antonio Alcedo unos años después, en 1789, al situar el pueblo en Mexicaltzingo:

[...] jurisdicción y corregimiento de Nueva España, muy fértil en maíz, habas, cebada, frijoles y hortalizas, y como la compuerta principal y llave de la laguna de Chalco está en el puente de la capital de esta jurisdicción, entran por ella en embarcaciones todos los frutos, no solo de la provincia de Chalco, sino también de las demás de tierra cálida, introduciendo por la acequia Real la miel, azúcar, frutas, granos y demás afectos que haciendo mención de Chalco ahorran los fletes, introduciéndolos por la laguna hasta el puente del Palacio de México: tiene este corregimiento tres pueblos cabeceras de partido y sujetas a ellos otros cinco que son los siguientes: Iztapalapa, corte que fue Santa María Aztahuacan, Santa Marta, Culhuacán, Santiago Chahualtepeque, San Lorenzo.

iii

Fundo Legal de San Lorenzo Tezonco trazado en 1806. Archivo General de la Nación, Mapoteca, Tierras, vol. 2911, exp. 1, fs. 11.

53



Con las reformas borbónicas hubo transformaciones en toda Nueva España. En el corregimiento de Mexicaltzingo los pueblos pasaron a formar parte de la jurisdicción de las parcialidades en lo referente a la administración, de manera que sus bienes comunales fueron administrados por un abogado, junto con los de las trece entidades que se englobaban dentro de las parcialidades, pueblos y barrios de la ciudad de México. Por ser doctrina de Culhuacán y este una cabecera que formaba parte de la subdelegación de Mexicaltzingo, Tezonco fue afectado. Además, durante gran parte del siglo XVIII, quienes eran dueños de la hacienda de San Nicolás fueron los jesuitas y con su expulsión en 1767 la propiedad quedó sin dueño hasta 1792, cuando la compró Marcos Arteaga.

A partir de entonces, los pobladores indígenas de Tezonco comenzaron a tener problemas por la delimitación de su territorio, por lo cual, en el año 1795, Carlos III dictó una orden para que se les otorgara una propiedad en varas castellanas:

Don Mig[ue]l. De la Grúa Salamanca, marqués [Marqués] de Branziforte, visorrey y capitán general de la Nueva España, sabed que por parte de los naturales del pueblo de Tezonco Nueva España nos ha sido preguntado les aguademos merced de señalarles tierras del fundo legal e ordenamos que dichas tierras deben comprenderse según las ordenanzas de nuestro reino y señoríos seiscientas varas castellanas desde el atrio de la iglesia de dicho pueblo asia [hacia] los cuatro vientos, y en esa forma sera [será] reconocida la propiedad de dicho pueblo.

A pesar de eso, los conflictos por el territorio continuaron debido a que el dueño de la hacienda no dejó al pueblo aprovechar el agua de Xochimilco. Consideró que estaba dentro de sus límites territoriales, por lo que en 1806 se ordenó hacer un mapa que limitó las tierras de Tezonco. En dicho mapa, los colores amarillo y verde marcan el fundo legal de Tezonco. Por primera vez en la historia se trazaron oficialmente los límites de la hacienda, y puede apreciarse que cumple con las 600 varas que se le otorgó en 1795. Además, en la parte inferior izquierda, se observa el lago de Xochimilco que deja entender la relación que tuvieron los pobladores con el entorno, en especial con el agua.

El agua era una fuente de subsistencia para los pobladores, por lo que vivieron, posiblemente, no sólo de la agricultura, sino también de la pesca y la caza de patos. Es por eso que protestaron contra el nuevo dueño de la hacienda, Francisco Arteaga, hijo de Marcos Arteaga, por la desecación que estaba haciendo de diversos lagos cercanos al pueblo.

El 28 de diciembre de 1802, mientras se encontraban algunos tiradores dependientes de la hacienda de San Nicolás cazando patos en la laguna cerca del potrero que llamaban Atilán, dentro de los terrenos de dicha finca, cuatro de los naturales del pueblo de Tezonco se acercaron para sustraer algunos de los patos heridos y muertos que dejó el personal de la propiedad. Sin embargo, por órdenes del mayordomo de la finca fueron aprehendidos bajo la acusación de robo. Otros vecinos de Tezonco se percataron del suceso y acudieron a dar la noticia en el pueblo, con el fin de defenderlos y rescatarlos. Ante la proximidad de la multitud proveniente del pueblo, armada con

54 piedras y palos (algunos se encontraban en la pulquería), el mayordomo ordenó liberar a los detenidos. De todos modos, como al parecer habían sido golpeados, la gente se molestó y comenzó una trifulca que dejó heridas a varias personas, incluyendo el propio mayordomo, el banquero y el dueño de la hacienda.

Se desconoce el dato de la fecha en que Miguel Artega dejó la propiedad de la hacienda, ya que se ha perdido la información de los archivos entre 1820 y 1840. Ese año se tiene el registro de que el hacendado Miguel Arias compró la hacienda de San Nicolás Tolentino a Santiago Smith Wilcocks, por vía de un concurso. La familia la tuvo hasta 1902, cuando murió el hijo y heredero Francisco Arias. A partir de entonces, se inició el reclamo por las tierras de los pobladores de San Lorenzo Tezonco. Sin embargo, el gobierno les hizo muy poco caso y la propiedad fue vendida a otros hacendados, quienes formaron una asociación anónima, en 1908, que se dedicó a la explotación de las tierras, el lago y los canales, así como la compra y venta de ganado, entre otras actividades.

La asociación solicitó permiso, entre 1909 y 1914, a diversas secretarías para desarrollar algunos proyectos que disminuyeran la altura del agua de los canales a orillas del pueblo, es decir, del canal de Garay y el canal Nacional, disminución que contribuiría con el tiempo a la desecación del lago de Xochimilco. Entre esos años se hicieron también obras de ingeniería que cambiarían los límites del lago, dirigidas por Manuel Marroquín Rivera.

Lucio Pérez, un exrevolucionario originario del pueblo, fue entrevistado cuando contaba con 100 años, y relató lo siguiente:

Estos terrenos eran laguna. Toda la orilla de la carretera hasta el canal de Garay era laguna hasta más arriba. De ahí, el canal de Garay para Xochimilco, Tláhuac Xico. A Chalco iba por el río Naranjo hasta Texcoco. [Uno podía tomar una canoa] se iba hasta Texcoco, [de ahí] a Santa Clara, Tlanepantla, Zumpango, todo eso era laguna. Usted se llevaba una escopeta y un otate para pescar. La escopeta para cazar su pato. Con eso vivía y viajaba por los lagos. Ya con las armadas se cazaban muchos patos.

Pérez dio cuenta de los conflictos que hubo con la hacienda y cómo fue que decidió levantarse en armas para ir a la revolución:

Me dolía, cómo sentía mi dolor, porque los españoles nos trataban como bestias, muy mal, con el chicote, con el maitete [máitl]. Por eso nos fuimos, los del pueblo, nos levantamos 30 hombres con el teniente coronel Lorenzo Serrano.

Pobladores de Tezonco se unieron a Madero para recuperar sus tierras; sin embargo, fue hasta 1918 que se les dota de tierras provisionalmente, las cuales se legitimaron el 9 de diciembre de 1921, modificando a la vez los límites territoriales del pueblo.

Más adelante, en 1923 se buscó una ampliación de ejidos porque las tierras que les habían entregado dos años antes estaban salitrosas. La solicitud fue negada porque la Comisión Local Agraria consideró que no existieron argumentos suficientes para concedérselas. Cabe señalar que cuando pidieron la restitución de sus terrenos aún había agua, pero en poco tiempo sólo quedaba para llenar los canales de Garay y el Nacional. Lucio Pérez recordó cómo se perdió el agua de San Lorenzo Tezonco:

Más o menos, entre 1924-1926 y 1927, se comenzó a secar la laguna, se acabó, se fue toda el agua, toda se fue por el canal de Garay. Luego ya los manantiales ya no tenían agua, los ojos de agua. Después se mantenía el pueblo con agua de pozo. Después se mantenía el pueblo con agua de pozo. Teníamos tres pozos para todo el pueblo. Luego cuando secaron las aguas en los terrenos donde estaba la laguna llegaron los paracaidistas.

Junto a la desecación del lago de Xochimilco y a la restitución de tierras en los primeros años de la década de 1920, una normativa fijó los límites de las delegaciones de la ciudad de México y Tezonco quedó dentro los límites de la delegación Iztapalapa.

El 31 de diciembre de 1928, en el *Diario Oficial* se publica que el territorio del Distrito Federal se divide en un departamento central y trece delegaciones en las que Tezonco formaba parte de la delegación Iztapalapa.

Para la década de 1930, la zona oriente de Iztapalapa fue declarada zona industrial y en la segunda mitad de la década de 1940 comenzaron a llegar las fábricas.

Rosendo Pérez, hijo de Lucio Pérez, relata cómo vivió esa experiencia:

La Iruña llegó por el [19]42, yo estaba niño cuando mi hermano trabajaba allá, le iba a dejar de comer

iv

Plano que muestra en color rojo la restitución de tierras al pueblo de Tezonco en el año de 1922. Mapoteca Orozco y Berra. Colección general, Distrito Federal, autor Guillén J., año 1922, clasificación 10992-cge-725-a.



55

con mi hermana, ya después llegó la de aluminio, luego la de muñecos, luego llegó otra (...). Todo mundo trabajaba y era un sueldo bueno. ¿Por aquí por el campo qué ganabas? cinco pesos, seis. Allá [en las fábricas] te daban doce-quince pesos diarios.

Iztapalapa y todos sus pueblos estaban destinados a la urbanización y a olvidar su espacio lacustre. Jesús Meza Rosales, quien en 1993 contaba con 90 años, relató:

El primer albañil fue mi papá, yo fui albañil y luego subí a maestro de obras por el año 35, hice muy buenos edificios, dos hoteles, media colo-

nia Álamos. Mi hijo ya es arquitecto, y sus hijos (mis nietos), una dentista, otra educadora, uno tiene un colegio en Santiago Acahualtepec, otro es maestro en San Lorenzo. Así fuimos progresando los Meza.

A pesar de estos procesos urbanos, los pobladores de Tezonco no dejaron de luchar por una ampliación de ejidos y en el periodo en que gobernó Lázaro Cárdenas se les otorgaron tierras. Años después, durante el gobierno de Miguel Alemán Valdés buscaron un nuevo incremento que concluyó con un rechazo en 1949, ya que Iztapalapa estaba considerada como zona industrial.

PARA SABER MÁS

CARRASCO NAVARRO, V., "Transformaciones y procesos urbanos a nivel local: Configuración territorial y propiedad de la tierra en el pueblo de San Lorenzo Tezonco en Iztapalapa", tesis de maestría en Planeación y políticas metropolitanas, México, UAM, 2016.

FLORES RAMÍREZ, ADRIANA E. A., *Panteón Vecinal San Lorenzo Tezonco*, México, CONACULTA, 2016.

NAZARIO CRUZ, L. F., *El título primordial de San Lorenzo Tezonco*, México, Comité de Asuntos Editoriales, 2013.

RAMÍREZ MARTÍNEZ, M., "La hacienda de San Nicolás Tolentino y sus alrededores", tesis de maestría en Arquitectura, México, UNAM, 2018.

JOSÉ MANUEL ALCOCER BERNÉS
 Director del Archivo General del Estado
 de Campeche



Lotería campechana

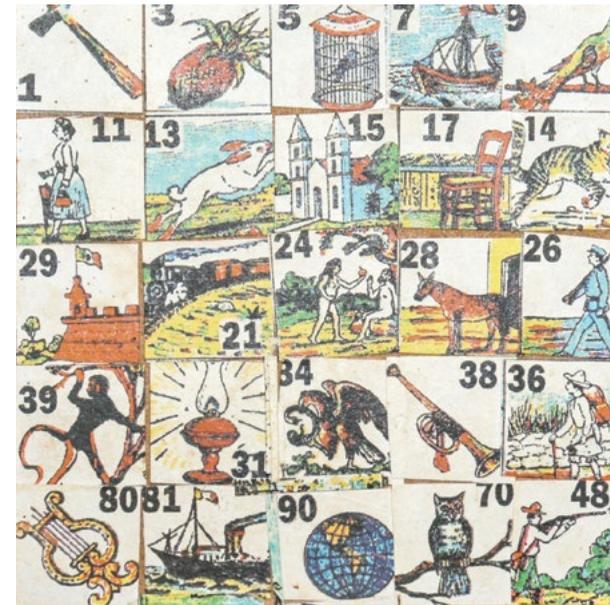
Una bolada con historia

Detrás de los personajes, paisajes o animales que forman parte de las ilustraciones de este juego popular en Campeche a partir de los años treinta del siglo xx, hay un relato que tiene en su memoria la oportuna difusión por una fábrica cigarrera.

i
 Marco Chab, *65 volcanes*, óleo sobre tela. Secretaría de Cultura del estado de Campeche.

ii
 Lotería antigua, ca. 1960. Colección particular de José Manuel Alcocer.

57



Se limpia la mesa y a su alrededor se sientan los jugadores y extienden sus cartillas. Los principiantes jugarán una o dos, los avanzados de cuatro a ocho y los expertos se atreverán con diez o quizá hasta quince cartillas. Después de pagar el monto acordado por cada una de ellas, se inicia la bolada, y de una bolsa muchas veces gastada por el uso, como pepitas mágicas van saliendo los números que son “cantados”, según la estampa que le acompaña.

Todas las miradas están sobre los cartones que contienen 25 imágenes de animales, astros, frutas, personas y artículos que forman parte de la vida cotidiana; los jugadores se mantienen atentos a la persona encargada de “cantar” la lotería, una a una se van formando las figuras de manera indistinta y a medida que va avanzando la cantada –el reto es formar con cinco imágenes, cuadros, cruces, líneas, la V, o la “tijera”–, los participantes ansiosos esperan que salga la figura esperada para completar el juego y gritar “lotería”.

Por fin la figura tan esperada sale y alguien grita “lotería”, la tensión se relaja y se dibujan rostros de desilusión. Alguien por ahí pregunta, “¿qué seguía?”, y al decirla, se oyen comentarios, “con esa me la sacaba”, o “mira cuánto esperaba esta cartilla”. El que lleva la voz revisa la cartilla ganadora, entrega el ansiado premio que es en efectivo, pues para poder jugar hay que pagar por cada cartón, al término se inicia otra bolada. Así son las tardes-noches de la lotería campechana.

58

LOS ORÍGENES

Los mexicanos somos un pueblo afecto por tentar la suerte a través de diversas maneras. Una de ellas es la lotería, ese juego de azar, muy frecuente en el México colonial, al grado que su uso fue legalizado. El objetivo: destinar las ganancias a la beneficencia pública. Independiente de esta lotería, en las ferias de los pueblos los asistentes se entretenían no sólo con ella, sino con diversos juegos de azar: barajas, dados, ruleta, la bolita, quinielas, o lotería, lo que muestra la afición de la gente por estos.

Quizá como buenos campechanos que somos, hemos pensado que nuestra lotería fue la primera en la región peninsular, pero no. José Enrique Ortiz Lanz, en su obra *¡Lotería! Un mundo de imágenes* nos dice que la primera vez en que se escuchó la palabra “¡Lotería!” fue en Mérida, en la feria en honor de San Cristóbal, el santo patrón de un barrio. Al respecto, Frederick Catherwood a su paso por estas tierras anotó:

Y esta gran muchedumbre, entre las cuales estaban personas que habíamos visto poco antes orando en el templo, se hallaba ahora reunida en una casa pública de juego. La clase de juego a que se entregaban aquellas buenas gentes se llama lotería y es una diversión favorita en todas las provincias mexicanas. En Yucatán se extiende a todos los pueblos de la península.

¿Cuál es el origen de la lotería campechana y cómo es que ha logrado convertirse en parte de la identidad de los pobladores del puerto, así como de otros pueblos y ciudades del estado? Pues el mar, las murallas y la lotería son elementos que nos identifican. ¿Su creador o sus creadores habrán pensado que este juego se convertiría en lo que es ahora? Un pasatiempo que forma parte de la vida cotidiana local y llama la atención de los fuereños, como nos refiere Marisol Moreno: “Hace unas semanas viajé por el sureste. Al visitar Campeche, pude ver personas que jugaban a la lotería en la plaza.”

iii

Marco Chab, *34 águilas*, óleo sobre tela. Secretaría de Cultura del estado de Campeche.

Según la investigación realizada por Ileana Pozos y Juan Carlos Saucedo en *100 años de lotería campechana*, un industrial yucateco de nombre José María Evia Grignett, estableció en 1891, en la calle 59 números 11 y 13, entre la 10 y la 12, de la ciudad de Campeche, una fábrica de cigarrillos llamada La Esperanza. Estos cigarrillos muy pronto se convirtieron en los preferidos de los campechanos. Así se anunciaban en el periódico *El Reproductor Campechano* en 1895: “Forma acabada, conquista la vista, olor persistente y grato al olfato, sabor sin ningún disgusto el gusto y esos cigarros es justo que sean los preferidos, pues halagan tres sentidos la vista, el olfato y el gusto.”

Con el tiempo, para incrementar la venta de su producto, el empresario ideó o inventó una serie de figuras que comenzaban con el número uno y terminaban con el 90, y que se imprimían en pliegos en la ciudad de México. Las hojas se vendían completas en la fábrica y ahí se mostraba como jugar con las figuras ya recortadas para poder sacarse la lotería, la cual se jugaba en combinación con la de la Beneficencia, celebrada en la ciudad de México. Así, el periódico *La Aspiración del Estado* publicó en 1896 que:

El sr. José Ma. Evia propietario de la afamada fábrica de cigarros “La Esperanza” acaba de pagar tres de los 20 premios de 125 pesos ofrecidos a sus consumidores, que jugaron a los billetes de las cajetillas en combinación de la Lotería de la Beneficencia celebrada el 23 próxima pasada. Los agraciados fueron los Sres. Francisco Suárez, Joaquín Cruz y Joaquín Vila, se han acercado a nuestra mesa para hacer pública la honradez del mencionado industrial...

Existe otra versión sobre la lotería campechana registrada también por Pozos-Saucedo y relatada por los descendientes del señor Hernández:

...en la última década del siglo XIX, José Guadalupe Hernández de oficio platero y originario de Tabasco llegó a la ciudad de Campeche y al ver la pasión de los campechanos por las loterías de car-

59



tones, quiso ayudarse económicamente manejando la lotería (ya existente) y decidió retomar imágenes de la lotería mexicana y complementarla con otros elementos propios de la región, una nueva lotería de noventa figuras. Esta nueva tuvo mucha aceptación sobre todo por la forma de cantarla...

Sin embargo, José Enrique Ortiz Lanz refiere que la lotería campechana no es invención ni de Evia ni de Hernández, sino que:

es producto de una tradición que se fue desarrollando poco a poco con la influencia de imágenes



iv

Cartilla antigua de la planilla original, ca. 1900. Colección particular de José Manuel Alcocer.

provenientes, no nada más de las representaciones de personajes mexicanos y de la región, sino de tradiciones más lejanas como los libros de la *smorfia* italiana, la tómbola napolitana, el tarot y muchas otras usanzas europeas adaptadas, eso sí a imágenes conocidas en nuestro país.

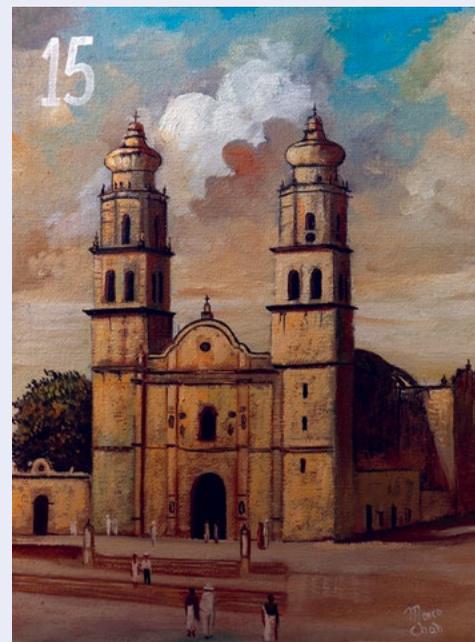
En su libro señala que:

el trabajo de Evia como codificador e impresor de una serie de imágenes que seguramente ya eran conocidas en la península es innegable al plasmar y establecer gráficamente una semántica de

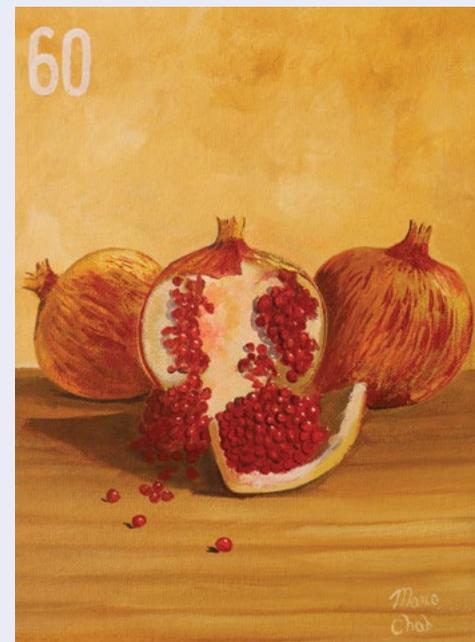
v
Cartilla con fichas de lotería [s. f.]. Colección particular de José Manuel Alcocer.



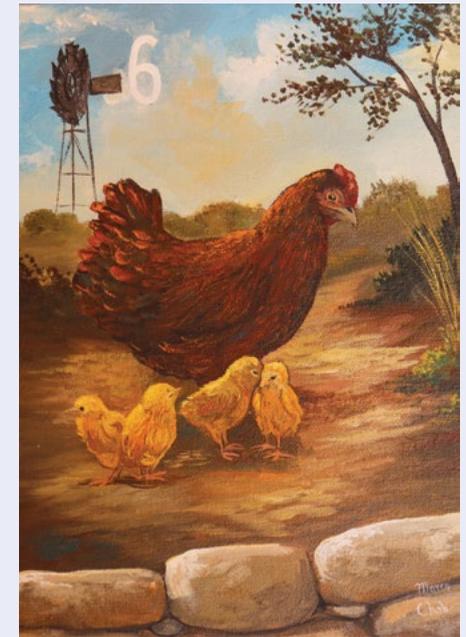
60 vi
Marco Chab, *15 templos*, óleo sobre tela. Secretaría de Cultura del estado de Campeche.



vii
Marco Chab, *60 granadas*, óleo sobre tela. Secretaría de Cultura del estado de Campeche.



61



viii
Marco Chab, *49 sombreros*, óleo sobre tela. Secretaría de Cultura del estado de Campeche.

ix
Marco Chab, *6 gallinas*, óleo sobre tela. Secretaría de Cultura del estado de Campeche.

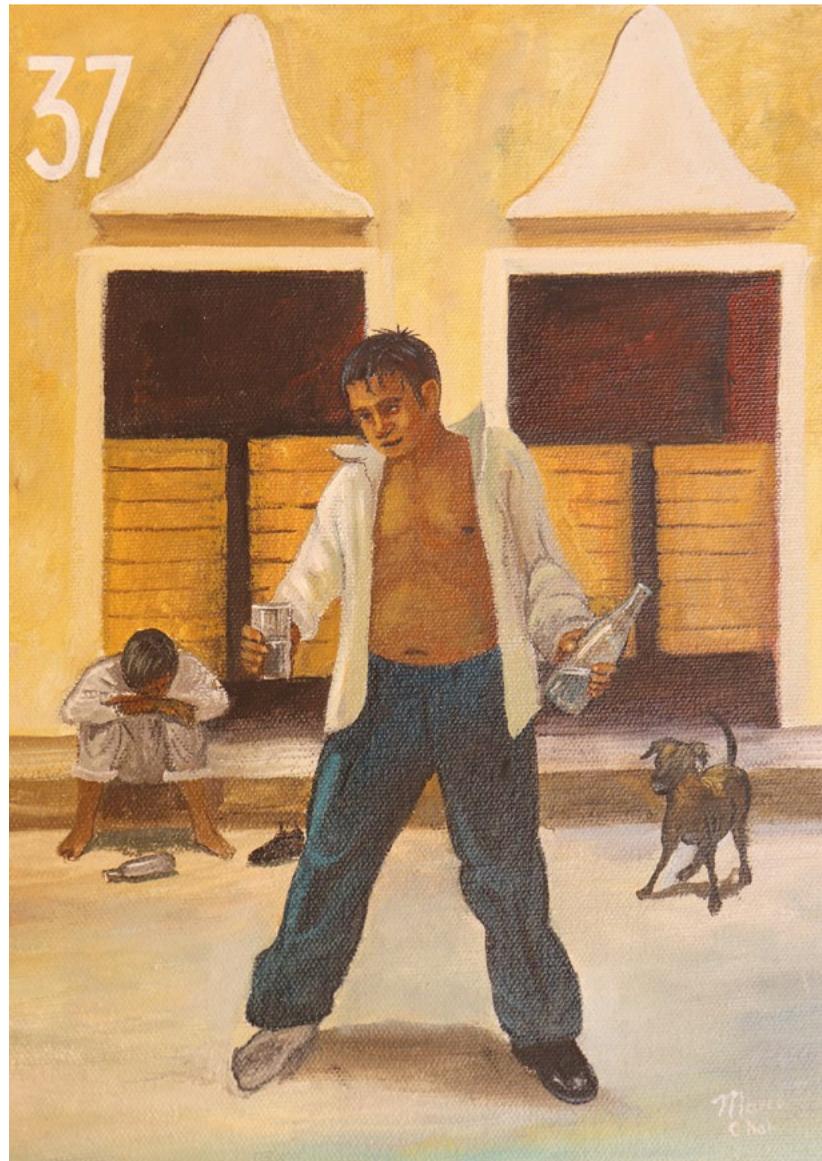
x
Lotería antigua pintada a mano, ca. 1912. Colección particular de José Manuel Alcocer.

xi

Marco Chab, *37 borrachos*, óleo sobre tela. Secretaría de Cultura del estado de Campeche.

xii

Cartilla hecha en punto de cruz. Colección particular de Miriam Hurtado Prego.



noventa imágenes asociadas a los números, de modo que la lotería de cartones podía funcionar, tanto en su forma numérica como figurativa, código que aún permanece en Campeche.

Por otra parte, anota que fue Hernández, seguramente por haber estado en Veracruz y conocer las formas de cantar la lotería del centro de México, quien “introdujo nuevos giros y expresiones que enriquecieron la tradición campechana y peninsular, contribuyendo a crear un espíritu juguetón y provocador y asociando el juego a las formas de convivencia social y transmisión de valores”.

Lo que sí se sabe con seguridad es que los primeros dibujos fueron realizados por el compadre del señor Evia, don Manuel Rojas Gómez-Valdez. Son precisamente estas ilustraciones la que marcaran la originalidad de la lotería campechana, pues el autor hizo una combinación de elementos tomados, quizá de otras loterías, pero le añadió un toque local, como los baluartes que rodeaban a la ciudad, don Liberato un personaje de la localidad, las falúas, pequeños barquitos de los pescadores, o el palacio que es una imagen del antiguo edificio que albergaba los poderes locales. Entre los dos los numeraron y empezaron a colocar en las cajetillas, señalando que premiarían a quienes

63

presentaran un cromo completo. Pronto esta lotería empezó a hacerse muy popular, pues la planilla se dividió en cartillas de 25 figuras. Se jugaba con cinco figuras –como hasta la fecha– con las que se podían hacer hasta catorce combinaciones, cruz grande, cruz chica, cuadro grande, cuadro chico, tijera, línea vertical en diversas formas, hileras, V, etcétera.

La lotería campechana está compuesta por 90 figuras de animales, personas, astros, objetos. Al respecto, Fausa Gantús señala lo siguiente:

En efecto, en la lotería campechana se mezclan figuras emblemáticas del culto con los símbolos nacionales, elementos de la naturaleza propia de la región, destacando algunos relacionados con el mar con referentes de paisajes muy distantes. Encontramos también reminiscencias de la vida colonial, referentes del progreso material, personajes de la vida pública popular y objetos de la vida cotidiana.

Este juego se popularizó por toda la ciudad y pronto estuvo presente en las ferias de los barrios de la ciudad, sobre todo en los de San Román y Santa Ana, donde se colocaban largos tableros y sobre ellos los jugadores extendían sus cartillas, esperando el inicio de la “cantada”. Pero no solamente se generalizó en las ferias, sino también en los hogares campechanos que, tarde con tarde o fines de semana, la jugaban entre familiares y amigos.

La escritora Silvia Molina cuenta su experiencia en este juego:

...tengo una tía que va con el siglo, cuando la visito ya no me reconoce, sino me sienta en la mesa del comedor, me da dos cartillas (si bien me va, porque si no me impone cuatro) y unas fichas de colores que completa con frijoles, mientras su compañera de juego, otra viejita, va gritando los números que

saca de una bolsa de tela más gastada. “Cantan” con picardía ¡45! El de las pelotitas arriba, ¡70! Tu culito, ¡90! El que gira y gira, ¡73! La rozadura del calzón huixado... soy una nulidad para la lotería (porque no soy campechana) ¡todo es tan rápido! Cuando me doy cuenta, una de las dos gritó ¡lotería! Y no sé, si es por mí o por una de ellas.

Como se ve, una de las características del juego es “la cantada” de las fichas. Algunas personas, al sacar el número, lo cantan con picardía, como Socorrito Can, una fan de la lotería, quien tenía una manera muy peculiar: 22 ¡que lo bajen!, el ahorcado; 37, en la cantina, que sus calzones fue a empeñar, el borracho; 45 el maromero con los huevos arriba; 63 la bailarina en la cuerda floja o el pirixito fresco, etc. En cambio, una prima mía lo canta así: 11, la dama elegante; 24, Adán y Eva, comiendo hueva; 85, panzones –algunas veces este lo cambia por Liberato, refiriéndose a un señor muy obeso que vivía en Campeche, vestía guayabera o filipina, pero que en los carnavales se ataviaba de levita y bombín–; 2, dos amores en consulta; 3, piñas para las niñas; 47, un negro matando un gato; 90, el mundo es redondo... y así, a cada número le pone una frase alusiva que va uniendo tanto al número con la figura, a lo cual obviamente, los jugadores colocan sus fichas en la figura correcta.

DEL TELÉFONO AL ARGOT

Otra manera de emplear la lotería era, o es, para los números telefónicos. Un estudiante de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánica de la UNAM, Rafael González Bolívar, hizo un amplio estudio sobre los pregones campechanos, en especial la “cantada” de las fichas de la lotería. Lo que le llamó la atención fue el empleo de las figuras en los números telefónicos:

64

Se dice que el jugador campechano más versado, será capaz de ofrecer su número telefónico sustituyendo cada cifra con el nombre correspondiente para las imágenes de la lotería; estando en Campeche, buscando comprobar esta noticia, pregunté a una locataria del mercado si tal afirmación era cierta y en seguida, acaso por no confiarme su número de teléfono, alzó la vista hacia la fachada de establecimientos frente al suyo y dio con los números que identificaban cada lote, inmediatamente comenzó a nombrarlos; “brujas, higos; quinqué...” lamentablemente no recuerdo los nombres y no pude grabar la entrevista, debí apuntar el número de cada local. Empero, la competencia de la jugadora se había hecho manifiesta.

Ha sido tal la importancia de este juego que sus figuras han sido tomadas como modelos por los artistas locales y reproducidas de varias maneras: bordadas en punto de cruz, dibujadas al óleo, pastel, lápiz; coloreadas en diferentes tonos sobre cartón, tela, madera, o cuerno de toro. Últimamente se han realizado cartillas para invidentes, para que también participen en el juego y sientan la emoción de gritar ¡lotería!

El arte en la lotería ha influido también en la literatura. La maestra Griselda Pérez Domínguez, reconocida poeta campechana, tomando como modelo el estilo japonés llamado Haiku, ha escrito, a partir de las figuras:

“Juego sencillo,
abriéndose fichero”
con un martillo

¡Cuatro!...,
Mostrando la roja guacamaya
que va jugando

Corre la bola,
pavo real en el nueve,
abre la cola.

Negro mulato,
en el cuarenta y siete
detrás del gato.

Igualmente se expresa en el *argot* cotidiano. Se emplea para ser partícipe de una comida o, si se llega de manera inesperada a un sitio donde no has sido convidado, te dicen: “pásale hay lugar y cartilla”. De esta manera se te invita a ser parte del convivio.

POPULARIDAD

Este juego se hizo popular a partir de los años treinta del siglo xx. Poco a poco se fue introduciendo en el gusto de las familias campechanas. Actualmente, es organizado por asociaciones culturales, clubes, escuelas, universidades, el gobierno estatal y municipal a través del DIF y sigue estando en el gusto de muchas familias campechanas.

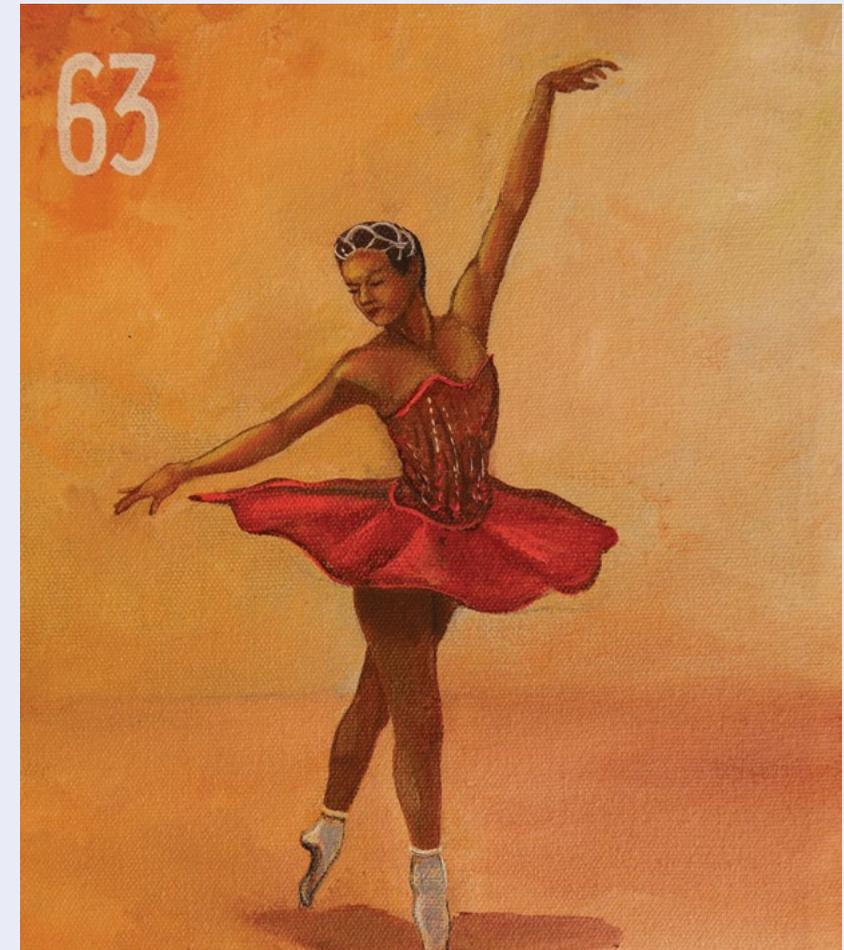
Tanto Evia como Hernández, sin pensar en el futuro, crearon un juego que, con el paso del tiempo, se ha convertido en un elemento identitario y ha fomentado la unión familiar, la fraternidad entre amigos. Con ella se hacen amigos a través de una simple cartilla con 25 figuras diferentes. Una gran mayoría de familias campechanas cuenta con su “equipo” de juego: cartillas suficientes, gemas de cristal de colores para apuntar las figuras y su bolsa especial para las fichas, que siempre están prestas para ser cantadas y jugar.

La lotería campechana, con sus personajes, paisajes, animales, vegetales, objetos, astros, instrumentos musicales, lugares, transportes, símbolos de poder y alegorías, ha servido como un exponente más de las expresiones de nuestra identidad y, con el paso del tiempo, se ha transformado en una pieza fundamental de nuestro patrimonio cultural y favorece la convivencia familiar y de amistad. Y, sin duda alguna, las nuevas generaciones seguirán jugando la lotería y esperarán ansiosos la cantada y el gritar: ¡lotería!

xiii

Marco Chab, *63 bailarinas*,
óleo sobre tela. Secretaría de
Cultura del estado de Campeche.

65



PARA SABER MÁS

MOLINA, SILVIA, *Campeche, Imagen de eternidad*, México, CONACULTA, 1996.

POZOS LANZ, ILEANA Y JUAN CARLOS SAUCEDO, *100 años de Lotería campechana*, INBA/Gobierno del Estado de Campeche, 1995.

ORTIZ LANZ, JOSÉ ENRIQUE, *Lotería, un mundo de imágenes. Las loterías de figuras en Campeche y México*, México, LXIII Legislatura, 2017.

SILVIA DUTRÉNIT BIELOUS
Instituto Mora



Ana Buriano Castro

El legado

La académica de origen uruguayo fue una historiadora y docente, especialista en bibliotecología y constructora de la biblioteca del Instituto Mora. Era una mujer comprometida social y humanamente. El pasado 23 de septiembre fue presentado su libro póstumo y se nominó con su nombre la sala de lectura de la sede Poussin de esta institución. Se reproducen aquí, palabras leídas en su homenaje

i
Ana Buriano Castro de adoles-
cente. Colección particular.

67

Luciana, la pequeña Lu, que nació el 9 de febrero de 2019, Iván, Andrés, Maru, Ana Paulina, Pablo, María, Alberto y Victoria, querida familia toda. Después de un breve pero intenso y difícil trajinar, queridos amigos y colegas de este Instituto que tanto tiene en su herencia del trabajo de Ana durante casi tres décadas, hoy se concreta el propósito que esperábamos: homenajearla con la designación de esta espléndida sala de lectura de la sede Poussin. Gracias, muchas gracias, a la doctora Diana Guillén, directora general, a los directores de área, al subdirector de la biblioteca, a los colegas de difusión y a un grupo numeroso de trabajadores que forman parte de la comunidad del Instituto, que participaron para que se hiciera realidad. Es imposible mencionarlos uno a uno, hoy por la labor de todos, estamos reunidos aquí. Y qué mejor forma de hacerlo que con la presentación del libro póstumo de Ana en las palabras de quien fuera su director de tesis de doctorado y su amigo, el doctor Brian Connaughton.

Cuando recibí la petición de compartir recuerdos sobre Ana no fue para nada un encargo fácil, diría que ha sido muy difícil, porque desde ese momento, he pensado y vivido entre lágrimas y sonrisas. Lo acepté, pese a imaginarlo así, porque casi estoy segura, que Ana también lo hubiera hecho.

Es inevitable, para mí, transitar por algunos hechos y recuperar imágenes sin obviar una relación entrañable de décadas en distintos planos. En ciertos momentos estuve pensando que por pudor debía evitar aquellos en que necesariamente se vincularan nuestras vidas, pero qué difícil ha sido sortearlos.

La recuerdo desde fines de los años sesenta o comienzos de los setenta, Ana era una estudiante del Instituto de Profesores Artigas que formaba parte de un grupo de jóvenes destacadas del IPA, algunas formándose en el campo de la historia y otras de la literatura. Al menos ese es mi recuerdo de estudiante de liceo. Creo que nunca

lo hablamos, pero seguramente desde su lugar de joven adulta en estudios de nivel universitario no tendría memoria de mi presencia. Era una época de intensas luchas gremiales y políticas en un Uruguay que “caminaba” hacia el golpe de Estado. Los estudiantes convergíamos en locales gremiales y políticos y en esos espacios la recuerdo, esbelta, elocuente, oradora convincente y fumadora permanente.

Ana e Iván partieron hacia el exilio atravesando situaciones muy difíciles, muy riesgosas. A Buenos Aires llegó doña Mercedes, su madre, con Andresito. Reunidos los tres, y con la vivencia de un nuevo golpe de Estado, el argentino, comenzaron un largo y zigzagueante recorrido por tierras de exilio y también, como se decía en el lenguaje militante, de trabajo internacionalista.

Con Ana no nos vimos en Buenos Aires, pero supe de su presencia. Nos encontramos en México en 1976, en aquel casi fugaz paso por esta geografía humana, colmada de su riqueza cultural que tanto quiso y en donde fincó finalmente y para privilegio de todos, su residencia. Esa riqueza que la atrajo, la fascinó y que, recuerdo, la llevó a visitar varias veces el Museo de Antropología en aquellos pocos meses del 76.

Ese recorrido que comenzó en Buenos Aires y que tuvo distintas escalas con tiempos diversos: México, Cuba, la URSS –más precisamente Jersón en Ucrania–, Cuba nuevamente –en donde nació Maru–, Nicaragua, otra vez Cuba y México, y esta vez para siempre en 1982, hizo patente la capacidad permanente, obstinada, con enorme fuerza, de volver a comenzar cada vez que su convicción política, social y académica como lo veremos, lo indicaba. Nada de ello es independiente de una decisión de pareja, de Iván y Ana, en cada etapa de este difícil pero enriquecedor camino.

Su regreso e instalación definitiva en México permite ver su crecimiento en distintas facetas: como histo-



ii
Ana Buriano Castro y su hijo.
Colección particular.

Docente casi hasta quince días antes de fallecer, habiendo renunciado porque sentía que no podía impartir clase, menos aún llegar hasta el salón en la Facultad, fue creciendo extraordinariamente como una inteligente, rigurosa y creativa historiadora.

riadora, como docente, como constructora de la biblioteca y defensora de la institucionalidad del Mora, como mujer comprometida social y humanamente.

En virtud de que las condiciones políticas del Uruguay no le permitieron recibir su título del IPA, decidió estudiar nuevamente una licenciatura y lo hizo en el Sistema de Universidad Abierta (SUA) de la Facultad de Filosofías y Letras de la UNAM. Una fuerza admirable, en medio de dificultades para lograr con Iván una relativa estabilidad económica familiar, desembocó en el trabajo de tesis que nos permitió desde entonces hasta sus últimos días, hilar nuestros intereses, preocupaciones, pasiones, con coincidencias y discrepancias en los ámbitos intelectuales y políticos.

La elaboración de la tesis de licenciatura, que tuve el privilegio de acompañar en su dirección, hizo posible que dialogáramos y discutiéramos hechos y procesos del Uruguay y América Latina, en tonalidad de conceptos y tiempos de la historia. Nada de ello abandonamos de manera cotidiana.

Docente en el mismo SUA, casi hasta quince días antes de fallecer, habiendo renunciado porque sentía que no podía impartir clase, menos aún llegar hasta el salón en la Facultad, fue creciendo extraordinariamente como una inteligente, rigurosa y creativa historiadora. Su acercamiento al Instituto fue a través de las breves historias del siglo XIX latinoamericano. Ahí desarrolló su pasión por Ecuador hasta convertirse en una ecuatorianista reconocida, regional y mundialmente. Su obra póstuma, con una exquisita y rigurosa investigación que siempre la caracterizaba, constituye su último legado.

También ese legado lo encontramos en la biblioteca del Mora, cuya sala de lectura expresa nuestro reconocimiento. No se puede olvidar lo que significó su presencia para contribuir a la construcción de una vigorosa biblioteca. En su perfil integrador de historiadora y especialista en bibliotecología, que se hizo con mucho tesón, el Insti-

tuto tuvo el privilegio de cobijarla y dejar que desarrollara toda su capacidad creativa. La recuerdo siempre en aquel cubículo de planta baja de nuestra sede principal, con frío, por la fuente cercana a la ventana que luego se retiró, aunque realmente el frío de ese espacio, creo, no desapareció como tampoco su infinita pasión hasta la locura por el cigarrillo que invariablemente la acompañaba.

Una vez que decidió abandonar la responsabilidad directa y el compromiso que siempre mantuvo con y por la biblioteca, se integró de lleno a la investigación. Transitó desde entonces con la misma entrega por el conocimiento, la rigurosa investigación y la función docente, tanto por los senderos del siglo XIX garciano y el conservadurismo ecuatoriano, como por la historia reciente del Uruguay y América Latina, en especial y en los últimos años, por las violaciones de los derechos humanos, las demandas por esclarecerlas y ubicar y analizar los caminos de las reparaciones. Distantes acontecimientos y procesos que entraban en diálogo sin mayor conflicto y con una dedicación constante hasta sus últimos días. Pienso que su última obsesión era la traducción para comentarla del libro autobiográfico de Louis Joinet, reconocido magistrado francés, activista por la defensa de los derechos humanos. Ana no logró que Joinet respondiera. Ayer se difundió la noticia de su fallecimiento, recordé nuevamente su frustración por no recibir la respuesta con la autorización de publicarlo.

No puedo dejar de decir que además de extrañar-la como colega y amiga, me falta día tras día esa llamada nocturna, a cualquier hora incluso muy cercana a la medianoche, en la que nos compartíamos los textos en proceso o casi definitivos y nos comprometíamos a leerlos rápidamente, en un ratito, para indicar problemas de conceptos, de fuentes, de redacción u otros más.

Unas últimas y cercanas imágenes necesito compartir con todos ustedes. Cada una la muestra tal cual fue Ana:

iii

Ana Buriano Castro. Colección particular.

70

Era diciembre de 2018 y se realizaba el encuentro de confraternización del Instituto. La tradición indicaba que debíamos aportar los postres. Ana no podía asistir, pero de manera reiterada me insistía que traería a casa un postre para que lo llevara como contribución. De manera reiterada le insistí que lo compraría por ella. Casi siempre en ese tipo de cosas, ganaba la discusión. Los menengues de aquel encuentro en Poussin fueron su aporte directo.

Era comienzos de enero y una llamada nocturna de Ana, no extraña, por cierto, esta vez era para decirme que al otro día quería comentarme algo. Sabía muy bien que se estaba haciendo estudios y, ahora sí, realmente no estaba nada bien. Le exigí que me lo comentara de una vez que no esperaría al otro día, esta vez gané yo. Me dijo que tenía cáncer, tomada en varios lugares de su organismo y que aún no se sabía totalmente la situación. Insistí que buscara distintas opiniones médicas, no gané la pulseada. Seguramente sentía ya que no habría mucho para hacer.

A principios, también de enero, debíamos entregar nuestro plan anual, lo hizo y en tiempo reglamentario. Comentamos lo que había registrado, advertí y se lo dije, que había olvidado unas jornadas sobre Historia y Memoria que organizaríamos con Carmen, Héctor, Graciela, Rodrigo y Mario, su último estudiante de doctorado a quien le dirigió la tesis. En aquellas circunstancias de inmediato externó: “lo incluyo, lo imprimís, lo firmo y lo entregás”. Así fue.

Hacia finales de este mismo enero participó en la sesión del seminario permanente que teníamos desde hacía algunos años. No se dejó ver, pero sí se dejó sentir y escuchar en la transmisión a distancia.

Era el lunes 4 de febrero. La visito en la tarde. Me dice que está agonizando, que me lleve por favor una USB en donde está el texto que había presentado en la sesión del seminario de noviembre pasado. Me explicaba, como lo venía haciendo en semanas anteriores, que no había podido incorporar los comentarios, le preocupaba. Ese texto se integraría y se integrará al libro de nuestro seminario. Insistí reiteradamente que no tenía ganas de llevarme la USB, que lo haría. Gané esa difícil y desgarradora batalla.

Eran las 16 horas del 7 de febrero de 2019. La visitamos Ana Rosa, Carmen, Diana y yo. Estaba muy mal, percibí el deterioro físico entre el lunes y ese jueves. Conversamos mucho, nos pedía que le platicáramos del Mora, de CONACYT, rezongaba porque no nos habían ofrecido té o agua, todas y cada una decíamos que no teníamos ganas, que se quedara tranquila y continuáramos charlando. Esta vez me dijo: “estoy en mis últimos momentos de la agonía”. Así me fui, así se fueron las amigas. Dos o tres horas más tarde Iván me llamó, lo que diría era lo que esperaba: Ana se nos fue. Se nos fue, lúcida, fuerte en lo que vivía, solidaria y comprometida con todo y todos.

Ana, te admiro, te extraño mucho, mucho.

Gracias.

71



OTTO CÁZARES
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM



Gutierre Tibón

Doctor en Gaya Ciencia

Humanista y sensual hasta la médula, Gutierre Tibón practicó las ciencias sociales como quien hablara lenguas maternas. En este ensayo se pasa revista a sus contribuciones y libros aderezados por episodios de su biografía viajera.

73

i
Gutierre Tibón, ca. 1970. Archivo General de la Nación, fondo Hermanos Mayo, Alfabético General, sobre 8962.

El italiano Gutierre Tibón (1905-1999) tomó la determinación de abandonar su vida de industrial en Suiza. Era director de una próspera empresa de máquinas de escribir, circunstancia que lo llevaba a viajar por el mundo entero con el objeto de publicitar la novedad de su propia invención: un precioso modelo de maquinilla de escribir compacta y práctica, la bonita Hermes Baby. Sus viajes como industrial ya lo habían traído a México poco antes de la catástrofe bélica de 1938. De aquella visita el industrial había quedado prendado de una linda mexicana de 17 años; se fascinó también por la tortilla de maíz lo mismo que por Teotihuacán, donde fue presa de “una de aquellas crisis por las que un hombre normal, sano de espíritu y hasta con tendencias burguesas, se vuelve repentina e irremediamente arqueólogo”. De México se declaró un “apasionado de la mitología y de las antigüedades mexicanas”. De modo que, decidido a iniciar una *Vita Nova* en México, descendió en el puerto de Veracruz el 1 de febrero de 1940, dos años después de aquel viaje iniciático y dispuesto a clarificar ese “algo” de lo que México significaba. La muchachita no lo esperó: ya estaba casada a su regreso. Pero seis años después de su llegada a tierras mexicanas, Gutierre Tibón escribió: “Sin embargo, yo ya tengo seis hijos. Mis seis libros que son mis primeras criaturas mexicanas.”

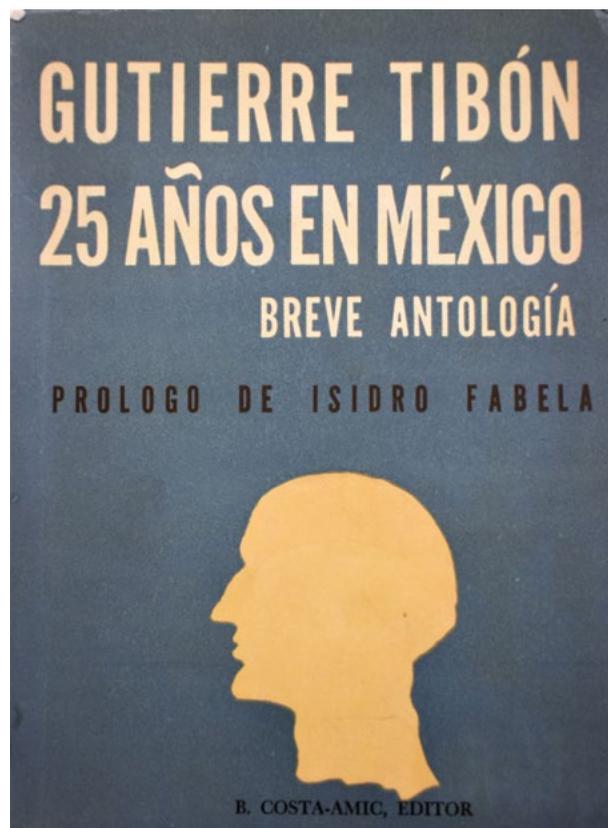
Había crecido en Suiza a orillas de ese lago Lugano en el que comenzó a escribir. De los catorce años data su primer título, *Il Monte Bre*, escrito por aquellos días entrañables en los que entablaba conversaciones con Romain Rolland, amigo de su padre escritor. Antes de llegar a Mé-

xico vivió en la India, donde conoció y admiró a Mahatma Gandhi. Con una estampa de dandi o de aristócrata, y merced a sus relaciones personales y habilidades sociales, podía Tibón acceder a archivos familiares y a valiosísimos documentos vedados a otros estudiosos. Era usual confundir a Tibón con un diplomático. En una ocasión, en la India lo tomaron por un importante embajador y acompañado por los brahmanes de las más altas consideraciones visitó aquellos preciosos templos de Cochín, Malabar y Benarés, inaccesibles a pies profanos. Poseía el más agraciado don de gentes y era este uno de los más acabados de sus talentos que terminaba yendo a impregnar sus páginas teñidas de encanto.

En México trabó profundas amistades con Salvador Novo, Arrigo Coen Anitúa y José Luis Martínez. Fue también cercano al círculo de Diego Rivera. De hecho, fue el responsable de propagar en un artículo del periódico *Excelsior* aquella leyenda manida, que no es más que una chanza, del supuesto canibalismo que practicaron Diego y Frida:

Ustedes no saben lo rica que es una costilla empanizada de mujer joven –prosiguió el maestro Diego–. No me miren así. Hablo por experiencia y no de oídas. He comido mucha carne humana, y repito, es exquisita. No crean que fue por simple gusto. Fue para servir a la ciencia.

Como quiera que sea, el método del sabio seductor fue dar trato y reconocimiento de príncipes para todos. *El*



Otro era para Tibón una “plenitud de sentido”: desde el artesano de Olinalá o Pinotepa Nacional al monje budista del Tíbet, desde el brahmán de Bombay hasta sus cultas amigas entrevistadas sobre sueños para su investigación *Magia y poder oculto de los dientes*. Todos y cada uno, amigos profundos o amigos de ocasión, eran verdaderos príncipes y princesas de sentido.

Filología significa “leer lento”, dijo Nietzsche, amor por el estudio naturalmente, pero también leer con lentitud y con pluma en la mano. El método de Gutierre Tibón –como el de todo sabio hebreo, y en su caso, siguiendo una larga tradición de sabiduría familiar– fue el método de la lectura y el comentario. La *gens* Tibónida fue una de varias generaciones de sabios y traductores judíos; Gutierre, sexto de la estirpe –hijo y nieto de polígrafos, hijos y nietos, a su vez, de otros polígrafos– creció íntimamente familiarizado con la extensa literatura rabínica, la gramática y la etimología hebreas. *Guía de Perplejos* es uno de los libros fundamentales del espíritu y la inteligencia judías. Fue escrito en lengua árabe durante el siglo XII y en vida de Maimónides fue traducida del árabe al hebreo por Šemuel ibn Tibbón, cuyo nombre significa “hijo del padre o patriarca de los traductores”. Escribió Gutierre acerca de su ilustre antepasado:

ii

Gutierre Tibón, *Gutierre Tibón 25 años en México: Breve antología*, México, Costa-Amic, 1965. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

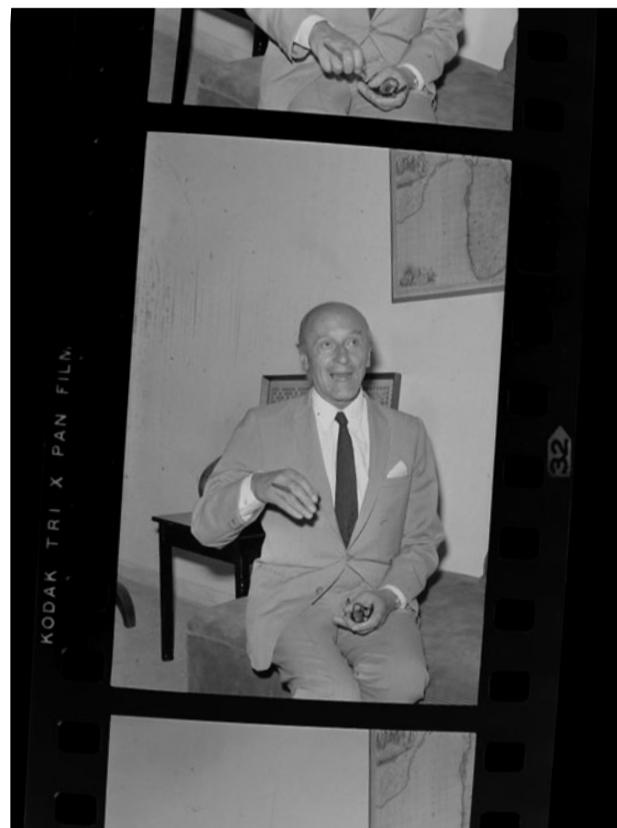
Nació el fundador de la dinastía de los Tibónidas en Granada el año de 1120, y creció en el tiempo en que los moros erigían en su ciudad el milagro de la Alhambra. Fue médico; tradujo a Avicembron y escribió numerosas obras científicas, testimonios de su cultura universal. Al morir, en 1190, dejó a su hijo, como única riqueza, su biblioteca [...]

Los Tibónidas, hijos engendrados por el “patriarca de los traductores”, fue la estirpe que acometió la salvaguarda y sistematización de la sabiduría dispersa en multiplicidad de lenguas después de la caída de la Torre de Babel.

Las investigaciones de Gutierre Tibón resultan del proceso de leer y comentar, comparar lingüística y etimológicamente. Suman más de 40 los títulos de su producción intelectual y los suyos son libros que asemejan pozos de saberes. Poseyó ese “Divino saber” humanista, entre Erasmo y Rabelais, que lo llevaron cultivar las virtudes pantagruélicas. “Con buen vino no se hace mal latín”, se dice en Gargantúa, y Gutierre, refinado personaje gargantuesco, redactó bellas descripciones de culinarias exquisiteces y delicados brebajes en sus *Aventuras en México*, que me hacen preguntar cómo pudo Gutierre conservar aquella sempiterna fina estampa de aristócrata, saboreando, como saboreó, todas las mieles de un *buffet* de placeres palatales. Sus *Indiscreciones etimológicas* así como sus *Divertimientos lingüísticos* resultan un *buffet* del que podemos servirnos a discreción: ¡al asalto, pues!

Compartió con el filólogo Arrigo Coen Anitúa y el políglota Ernesto de la Peña la tarea de convertirse en un tejedor de una pedagogía destinada a la vida y dada a conocer a través de irradiaciones radiofónicas, televisivas y prensa escrita. “Qué bueno que existan sabios como Gutierre Tibón y Ernesto de la Peña”, celebró el historiador Álvaro Matute, para que los temas de la sabiduría histórica y por lo tanto, de todo aquello que nos atañe, no muera de frío en los cubículos académicos.

Al cumplir los noventa años, estaba enamorado como muchachito de la talentosa pintora Cristina Cassy,



la “niña de sus ojos”, aquella por la que mudó sus colecciones arqueológicas a Cuernavaca, paraíso donde escribió envuelto por el clima amable, la luz almibarada y el amor benevolente.

Para aquella alma grande que habitó en Gutierre, ningún lugar era yermo. Lo que resulta evidente para los lectores de los cientos de páginas que dejó escritas Gutierre Tibón es la devoradora pasión de su inteligencia que nunca resulta violenta. Por el contrario, su amabilidad era abrumadora, picaresca; hubiera, con toda seguridad, conversado con vivo interés contigo, conmigo: recuerdo aquella anécdota contada por él en sus *Aventuras de Gog y Magog* acerca de una ocasión en que, por una comedia de enredos, fue encerrado en una celda colectiva y, una vez resuelta la comedia y puesto en libertad, Gutierre no podía dejar de pensar en los entrañables amigos que había hecho allí dentro.

Sensual hasta la médula, a través de sus líneas sobre la India nos deja entreverar que, en su larga estadía en el subcontinente indio, fue rival de amores de Jiddu Krishnamurti. Ciertamente es que la meridiana claridad de sus textos, por más complejos que estos sean, contienen aquella feliz fórmula de Ortega y Gasset: “La cortesía del filósofo es la

iii

Gutierre Tibón, ca. 1970. Archivo General de la Nación, fondo Hermanos Mayo, Alfabético General, sobre 8962.

claridad”, cortesía tierna y que despierta en nosotros esa risa nasal del reconocimiento.

He prestado oídos atentos a los materiales sonoros de Gutierre Tibón que conserva la Fonoteca Nacional entre sus archivos de consulta. Se trata de la serie radiofónica *Columnas de Aire* que, entre los años 1961-1962, acogió las participaciones de Tibón. Algunas de estas crónicas radiofónicas emitidas por la XEW, con las ligeras modificaciones obligadas para el texto escrito, fueron incluidas en diversos libros demostrando que la soltura y la claridad de sus palabras provienen del ensayo radiofónico, género que libera a la palabra de sus ataduras formalistas otorgándoles una inusitada frescura. Así, por ejemplo, sus ensayos radiofónicos sobre la china poblana o sus entrañables encuentros con los mexicanos más longevos con los que pudo conversar en el altiplano central y los estados del norte de nuestro país.

La impresión que nos producen los libros de Gutierre Tibón son los de divertimentos de uno que ha estudiado y se divierte con su sabiduría. La carcajada de un sabio conversador que queda apuntada en páginas lo bastante frescas como para pensar que esas palabras han sido capturadas merced a la habilidad de algún cazador. Como humanista sabía que “la cultura es más radical que la razón” (Jacinto Choza) y a sus horas de estudio en bibliotecas y acervos públicos o privados aunó la sabiduría de las horas de andanzas que adquirió en sus viajes alrededor del orbe. Viajar y hallar ahí donde las cosas se unen y no donde las cosas se distancian; emprender viajes en pos de la ventura de un pensamiento radicalmente antropológico, es decir, ontológico. Comprendió las lógicas espaciales de la geografía y las lógicas temporales de la historia a campo traviesa.

Sorprenden sus métodos directos de escritura y el cotejo de sus documentos, sin por ello olvidar la conversación y la vivencia, logrando una insólita ecuación entre las necesidades de la vida y las necesidades de la curiosidad intelectual. En sus obras, el anticuario de gabinete convive con el cronista vivencial y logra cincelar en sus párrafos un acervo exhaustivo de lenguas, mitologías y leyendas,

ritos y mitos, costumbres, historia y geografía, gastronomía, etnología, medicina y herbolaria con énfasis en las plantas alucinógenas sagradas mexicanas, sin olvidar las ciencias ocultas.

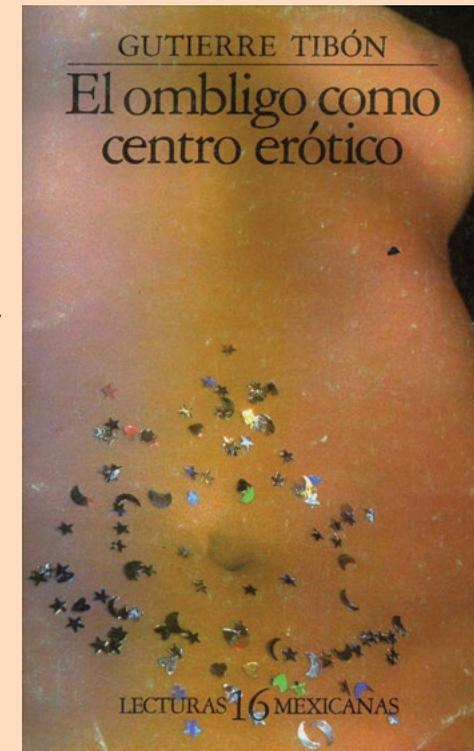
76 Su obra más significativa es *Historia del nombre y la fundación de México*, libro que publicó el Fondo de Cultura Económica en 1975 y que le tomó cuatro décadas de investigaciones. El capítulo primero, “Aventuras de los aztecas en el más allá”, fue publicado con posterioridad como un libro independiente debido al vivo interés que suscitó. Gutierre Tibón procedió según el método que había puesto en práctica en *América: setenta siglos de la historia de un nombre*, esto es, seguir los rastros de las innumerables ramificaciones de sentido ocultas en las palabras y que se revelan merced al análisis de sus sílabas. Pasa revista, sin solución de continuidad, a las variantes del nombre de México en 30 lenguas indígenas (capítulo cuarto) analizando, con exhaustividad, las complejas implicaciones de los valores simbólicos contenidos en las sílabas Me (luna), Xi (ombligo) y Co (en el), así como las modificaciones del sentido de las mismas en distintas regiones del territorio nacional.

Sorprende, divierte e instruye –todo a un tiempo– el espíritu lúdico con el que la erudición lingüística se entremezcla con la historiografía. Puso en acto la hermenéutica y la exégesis de importantes códices y documentos abordando cuestiones de toponimia y sus variantes epónimas, así como los constructos imaginarios de lo escatológico, por ejemplo, en la suscita descripción de la cartografía del Michlán. Tibón nunca fue tibónida en mayor grado que en esta obra cumbre. A través de 917 páginas caen cascadas de sentido y la investigación resulta un alegre cofrecillo de maravillas en el que mito y rito, magia y lingüística, emblemas, alegorías y conceptos que de ellos se derivan, mapas y otras fuentes, se trenzan en un finísimo bordado. Impresiona el uso del ensayo breve: pequeñas teorías llenas de erudición, atomizada, por así decirlo, en breves párrafos. El ensayo en Tibón puede entenderse como polen de escritura cuya multiplicidad y continuidad va produciendo “reacciones en cadena” de entendimiento.

Fue autor de la columna Gog y Magog que apareció semanalmente en el periódico *Excelsior* por cerca de 30 años y que resultó el auténtico registro de sus hallazgos como viajero. Son las suyas, páginas pletóricas de “tradiciones olvidadas, poetas indígenas y paisajes interminables”. Una selección de estos artículos fue publicada por

la efímera editorial Amexica en el año 1946, editorial que se hizo a la tarea de publicar algunos más de los títulos de su invención, por ejemplo, *Origen, vida y milagros de su apellido* en dos tomos (semillero de su más tardío *Diccionario*), *Viaje a la India por aire, México 1950: un país en futuro*, entre otros libros que el lector interesado habrá de salir en su búsqueda –mejor sería decir, cacería– por las olorosas librerías de viejo de la Ciudad de México. Dentro de su obra de consulta Tibón cinceló a lo largo de dos décadas su *Diccionario etimológico comparado de nombres propios de persona*. Se trata del estudio comparativo de los onomásticos y escudos familiares hispanoamericanos de apellidos vascos, castellanos, gallegos, catalanes, portugueses y filipinos. En las páginas del *Diccionario* hallamos las sendas numerosísimas de lo que él llamó “el mundo subterráneo de los nombres”: “Los nombres de persona compendian la historia de la civilización. Su estudio no es sólo deleitoso y rico en sorpresas, sino que se hace imprescindible por sus alcances filológicos, históricos y sociológicos.”

En 1963 gestó el proyecto de fundar el Instituto de la Enciclopedia de México que cristalizaría en la publicación de diez tomos, enciclopedia ilustrada que contendría todos los aspectos de lo mexicano, pero que abandonó a los tres tomos, malquistado con los editores. Completa la cartografía de esa oceánica erudición sus estudios sobre ceremonias rituales de iniciación en comunidades guerrerenses, obras cómicas de divertimentos lingüísticos, notas viajeras y sus importantes trabajos historiográficos y etnológicos sobre Olinalá y Pinotepa Nacional. Por último, está el que yo llamaría “Tibón onfálico”. Las investigaciones en torno al nombre de México (*En el ombligo de la luna*) lo llevaron a preguntarse por las implicaciones cosmológicas y mitológicas del ombligo como centro (a veces excéntrico). Dio a conocer, entonces, su libro, desprendido de su obra cumbre, *El ombligo como centro cósmico*, para, más tarde, fiel a su talante picaresco, convertirse en el fundador de la onfalopsia, disciplina que estriba en la atenta observación del hoyuelo umbilical menos con fines místicos que con fines estéticos y eróticos, buscando entre las bellas vacacionistas de Acapulco el *summum* de la perfección onfálica. Casi aparentemente un divertimento –pero cuyo rigor filológico no está en pugna con el deleite que nos produce– publicó en 1983 el librito *El ombligo como centro erótico*, que fue el número 16 de las *Lecturas Mexicanas* que coeditó el Fondo de Cultura Económica y



iv
Gutierre Tibón, *El ombligo como centro erótico* (portada), México, FCE, 1984. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

En sus obras, el anticuario de gabinete convive con el cronista vivencial y logra cincelar en sus párrafos un acervo exhaustivo de lenguas, mitologías y leyendas, ritos y mitos, costumbres, historia y geografía, gastronomía, etnología, medicina y herbolaria sin olvidar las ciencias ocultas.

PARA SABER MÁS

MUÑOZ, MIGUEL ÁNGEL (antologador), *Gutierre Tibón. Lo extraño y lo maravilloso*, México, CNCA, 2009.

TIBÓN, GUTIERRE, *Diccionario etimológico comparado de los apellidos españoles, hispanoamericanos y filipinos*, México, FCE, 1988.

TIBÓN, GUTIERRE, *Historia del nombre y la fundación de México*, México, FCE, 1993.

la Secretaría de Educación Pública (fueron autores de la colección Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Miguel León-Portilla, Octavio Paz, Rodolfo Usigli, Rosario Castellanos, Alfonso Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, entre otros colosos de nuestras letras). Ahí hallamos una sugerente clasificación de los ombligos para las *Modernas Onfalías*. Está, por ejemplo, el de perfecta redondez y hondura, ombligo de Venus; o el protuberante, “evocadoramente llamado por los fisiólogos, pezones”, que recibe la denominación ombligo-botón; o el de corte horizontal que tiene su modelo en el ombligo de la reina Nefertiti; o aquellos “que parecen miniaturas de sexos depilados”, los llamados por él, ombligos verticales u ojos de gato; o los de párpado que se cierra, ombligos-ojo; y, finalmente, aquellos “particularmente sugestivos”, ombligos-granos de café, que, afirma, “hay quien ve en ellos la perfección onfálica”.

Rabelaisiano primordial también por cuanto toca decir de su pedagogía radical, a medio camino entre el rabino, el brahmán, el rshi, el sensei y el coach, fue Gutierre Tibón un tibónida erotizado que no pudo morir ni envejecer por su lascivia intelectual. La vida es la acumulación de las horas matutinas, apuntó Lichtenberg, la obra es la acumulación del jugo que se les exprime.

IVÁN LÓPEZGALLO
Instituto Mora

78

Anticipándose a las órdenes del pelotón que debía fusilarlos, Guillermo Prieto expresó con energía: "levanten esas armas, los valientes no asesinan" y los soldados le hicieron caso.

¿EN QUÉ PENSABAS, LEANDRO?

"Me viene la conformidad luego que recuerdo que murió por su patria".

Sra. Ignacia Martínez de Valle.

79



i Luis A. Reyes, *Leandro Valle*, acuarela sobre marfil, 1860, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

Dicen que cuando vamos a morir pasa toda nuestra existencia frente a nosotros.

¿Habrá sido así contigo?

Cuando te dijeron que te quedaba media hora de vida, ¿qué fue lo que hiciste?

Sabemos que preguntaste quién ordenó tu ejecución. Y que cuando te respondieron que Márquez, aquel reaccionario mocho y santurrón que lo mismo se daba golpes de pecho que mandaba matar a sus prisioneros, agregaste sereno:

—Hace bien, yo no le hubiera dado ni tres minutos.

Y descendiste de tu caballo San Pedro, un vigoroso alazán tostado, para luego pedirles pluma y papel.

—Deseo escribir a mi familia —le explicaste al jefe de los cangrejos.

¿En qué pensaste mientras esperabas?: ¿en tu mamá, doña Ignacia?, ¿en Luisa Jáuregui de Cipriani, la mujer que amabas y estabas por desposar, pues a tus 28 años habías decidido formar un hogar?, ¿o acaso en tu hermana Agustina, quien de acuerdo con lo que escribiste en esa última carta, fue también como tu madre?

Tal vez recordaste al hombre que te heredó el apellido, un veterano de la lucha por la independencia que muchos años estuvo bajo las órdenes de Juan Álvarez, el caudillo suriano que fue presidente por un corto tiempo y le dejó el poder al poblano Ignacio Comonfort, de quien se decía que por hacerle caso a su madre idolatrada —a la que manipulaba un cura— dio un golpe de Estado contra la Constitución, hizo estallar la guerra de Reforma y huyó del país cuando perdió el control de los acontecimientos.

Sí, seguramente pensaste en don Rómulo, tu padre, el responsable de que siguieras la carrera de las armas y con quien compartiste peligros y aventuras, como la huida de la ciudad de México tras la traición de Comonfort y la llegada al poder de los reaccionarios, también llamados restauradores, clericales o conservadores; aunque a ustedes les gustaba más decirles *cangrejos* por eso de que daban “un paso pa’ delante, doscientos para atrás”, como escribió en una popular canción el poeta Guillermo Prieto.

Porque tu padre y tú eran constitucionalistas. Liberales. Y de los duros. De los convencidos. De los que, como dijo Melchor Ocampo, se quebran, pero no se doblan. De aquellos que usaban una corbata roja para manifestar unos ideales totalmente opuestos a los de quien se convirtió en uno de tus mejores amigos y la figura más importante del partido clerical: Miguel Miramón.

Le confiaste también la carta que escribiste minutos antes y en la que, a diferencia de otros jefes que murieron fusilados, no dejaste lamentos, ruegos o justificaciones, sino la petición a tus padres y hermanos de que no guardaran resentimientos.

El mismo que era apenas unos meses más grande que tú, con el que compartiste banca en el Colegio Militar —al que entraste a los once años de edad— y quien al encontrarte en el pasillo se cuadraba chocando las botas.

—¡Mi general! —soltaba con voz de trueno.

—¡Ordene, su alteza! —le respondías tú en posición de firmes.

El mismo que poco antes de que escaparas de la capital junto a tu padre, te invitó a comer para ofrecerte honores, grados y riquezas... si luchabas contra la Constitución del 57, aunque al final rechazaste su oferta.

Porque eras liberal, eso ya lo habíamos dicho.

Poco influyeron en tus convicciones las creencias de tu madre, una mujer muy religiosa que nunca se resignó a la vida que tu padre y tú habían escogido, pero que siempre los apoyó. Aunque te pareció verla más preocupada de lo normal cuando la visitaste antes de partir hacia tu última campaña.

—Tal vez no nos veamos más —le dijiste abrazándola con fuerza—. ¡Quién sabe si me ahorquen, madre mía!

Momento que aprovechó para intentar colgarte un relicario del cuello.

—No, no lo quiero —protestaste agarrando su mano—. Dirán que una cosa creo y otra predico.

—Anda, Leandro.

—No, mamá, mejor pónselo a San Pedro —tu caballo.

—Mira, hijo, hazlo por mí.

Así que al final te lo llevaste puesto. Escondido entre la ropa, eso sí, pero colgado del cuello. Y cuando te dijeron que te iban a matar, se lo diste a uno de los reaccionarios.

—Le suplico que entregue usted este relicario a la señora Ignacia Martínez, mi madre —le pediste—. Ya vimos que resultó no ser muy milagroso.

82 Le confiaste también la carta que escribiste minutos antes y en la que, a diferencia de otros jefes que murieron fusilados, no dejaste lamentos, ruegos o justificaciones, sino la petición a tus padres y hermanos de que no guardaran resentimientos, pues no se hacía contigo más que lo que tú hubieras hecho con ellos en el mismo caso.

Luego se te acercó el capellán de los conservadores, un tal Bandera, si mal no recuerdo.

–Ven, hijo –te dijo–. Dime tus pecados para que puedas entrar en el reino de Dios.

–No –le respondiste–. Yo no me confieso.

Renuente a tu rechazo, el cura trató de hablarte al oído, pero diste un paso atrás.

–Estamos perdiendo el tiempo –le dijiste con firmeza–, ustedes tienen qué hacer.

Así que Bandera se quitó de en medio y te llevaron al lugar en que habrían de matarte, donde un mezquite chueco y enclenque te recordó los árboles que había en Santa Ana Acatlán, pueblo cercano a Guadalajara al que llegaste el 20 de marzo del 58 junto al presidente Juárez, su gabinete, el general Santos Degollado y una muy pequeña escolta.

Don Benito se había salvado de ser asesinado una semana antes en la perla tapatía, gracias a que “algo” –así lo escribió él después– se apoderó de Prieto, un muy cercano colaborador del presidente, quien anticipándose a las órdenes del pelotón que debía fusilarlos, expresó con energía: “levanten esas armas, los valientes no asesinan” y los soldados le hicieron caso, ofrecieron protegerlos y uno que otro hasta lloró; aunque otra versión dice que quien los salvó fue un oficial conservador, mientras don Guillermo estaba bien escondido detrás de una puerta.

Pero bueno, sin importar cómo fue, al final el presidente Juárez y sus colaboradores se salvaron, salieron de Guadalajara y poco después llegaron a Santa Ana Acatlán; pueblo en el que tú, Santos Degollado, y los 80 hombres que los escoltaban levantaron enérgicamente sus armas y las dispararon contra los 500 conservadores que les cayeron encima. Ahí demostraste tu valor y Guillermo Prieto escribió tiempo después:

La puerta junto de Iniestra
Santos Degollado cuida,
bravo desafiando el fuego
que en esa puerta llovía.
Bajo el portal está Juárez,
cual siempre, con faz tranquila.

83

Guzmán, Ocampo, Prieto
en serena compañía.
En un ángulo del patio
que atravesaba una viga
que en la azotea descansa,
cabalga, lleno de risa,
con los pies colgando al aire,
Valle, que al combate activa.
Hay granizada de balas [...]
Valle alienta, manda, tira,
cura heridos, baja al patio,
suelta donaires y risas.

¿Te acordaste de esto cuando te iban a matar?, ¿de las 15 horas que tú, Degollado, el coronel Francisco Iniestra –tu jefe de entonces– y los valientes soldados –muchos de los cuales resultaron muertos y hoy están en el olvido– mantuvieron a raya a los reaccionarios?

O tal vez de que, al sentirse perdido, el presidente llamó a sus colaboradores.

–La suerte a mí y solo a mí me designa para que perezca –les dijo–. Ustedes sin el título de ministros no tienen motivo particular de encono. Déjenme a mí solo luchar contra la muerte.

Pero Prieto le respondió de inmediato:

–A los hombres como nosotros se les aleja en los festines, se les rechaza en Palacio, entre los honores y el esplendor del mando supremo. Aquí no... ¡y no renunciaremos!

Y junto a él se quedaron. Y en la madrugada te siguieron en silencio para escapar, pasando a un lado de los soldados enemigos que dormían a pierna suelta y jamás se imaginaron lo cerca que sus presas estuvieron de ellos.

¿Te acordaste de esto?, ¿de la tensión que sintieron mientras caminaban en la oscuridad?, ¿de los árboles tras los que se escondieron y de cómo trataban de hacer el menor ruido posible?

¿O quizás de Melchor Ocampo, uno de los hombres más brillantes de su generación y al que Márquez asesinó 20 días antes de agarrarte prisionero?

¿O de Santos Degollado, *El héroe de las derrotas*?, quien en realidad se llamaba José Nemesio Francisco Degollado, pero le decían Santos porque cuando trabajó en la catedral de Morelia era el encargado de juntar el diezmo.

84 A él también lo mató Márquez, cinco días antes que a ti. Por eso te enviaron a combatirlo. Porque había que vengarlos. A los dos. A Ocampo y a Degollado. Pero no tuviste suerte y tras un duro enfrentamiento en el Monte de las Cruces, Lindoro Cajica te capturó y llevó a su campamento entre gritos furiosos de "muera el pelón" y "mátenlo, mátenlo", mientras tú con calma fumabas un puro.

–Supongo que a este sí lo fusilaremos –le dijo Leonardo Márquez a Félix Zuloaga, el expresidente conservador.

–A este sí –respondió Zuloaga–, porque lo cogimos con las armas en la mano.

Así que Márquez ordenó que te sacrificaran. Y por la espalda, dizque por traidor. Luego te avisaron y escribiste la carta, la entregaste y te dirigiste al lugar en el que habrían de ejecutarte, donde llamaste a Bandera.

–Padre, le regalo mi capa –ofreciste.

Y obsequiaste también tus botas, momento en que se te acercó un oficial a caballo.

–Señor general –expresó descendiendo de su montura–, yo soy Miguel Negrete, por cuya cabeza ofreció usted mil pesos; pero hoy no quiero más que darle un abrazo.

Y se lo diste... extendiéndole además tu reloj.

–Como un recuerdo, general.

Después caminaste sereno al lugar en el que te esperaba la muerte.

¿Pensando en qué?

¿O pensando en quién?

¿En Antonio Bravo?, un andaluz delgadito, moreno, medio greñudo y de bigote delgado –como cola de ratón– que se te acercó recién iniciada la guerra de Reforma.

–Usted ha dicho que desconfía de mí –dijo muy serio.

–Sí señor, lo he dicho –respondiste sin quitarle la vista de encima.

–Creo que pedirle una satisfacción sería indigno de dos jefes liberales –argumentó instantes después–. Pero mañana, frente al enemigo, le demostraré que se equivoca.

Llegó el nuevo día, terminó la batalla y lo fuiste a buscar, pues dio tantas muestras de coraje que te disculpaste por haber dudado de él, volviéndose grandes amigos. Hasta que en 1860 una bala se atravesó en su camino cuando, fiel a su costumbre, se lanzó al frente de su columna contra las posiciones conservadoras en Guadalajara.

¿O te acordaste de Miramón, con quien intercambiabas cartas antes de entrar en batalla? Algo que podría verse sospechoso, aunque tus jefes nunca dudaron de ti porque tu valor y compromiso con la causa estaban enteramente probados.

85

¿Pensaste en él cuando te iban a matar?

Sabemos que sí lo hiciste en los soldados que te fusilaron, pues sacaste el dinero que llevabas y lo entregaste al comandante del pelotón, pidiéndole que lo repartiera entre ellos; solicitándole luego que te dejara dar las órdenes de la ejecución.

–Sí –te respondió–. Pero lo vamos a fusilar por la espalda, general.

–¡Por la espalda! –exclamaste.

–Sí, señor –te confirmó.

–¡Pero no soy un traidor, seguí siempre una bandera! –le reclamaste.

–Pues sí... pero será por la espalda –volvió a decir el comandante–. Son las órdenes que tengo.

Y clavó la mirada en el suelo para dar por terminada la conversación, por lo que giraste y te pusiste frente a un árbol partido por la mitad.

–¡Bah!... lo mismo da morir por delante que por detrás –zanjaste el punto como si nada.

Y recargándote en el árbol te dispusiste a ordenar tu propio fusilamiento, pero te diste cuenta de que un soldado tiró accidentalmente una bala. Así que se lo hiciste notar y, cuando la puso de nuevo en su lugar, te recargaste en el árbol y exclamaste con voz fuerte y clara mientras sonreías:

–¡Preparen!

–¡Apunten!

–¡Fuego!

Y sonó la descarga que terminó con tu vida, tras de la cual Márquez, el Chacal de Tacubaya, ordenó que te dejaran en ropa interior y te colgaran de un árbol, dizque como escarmiento para otros como tú.

–Estos jóvenes de valor y talento son los que hay que eliminar –murmuró alejándose de ahí.

Eso pensaba el Chacal, pero, ¿y tú?, ¿qué te vino a la mente, Leandro Valle, cuando te fundiste con la eternidad?

Tal vez lo que tu madre notó cuando la viste por última vez: que presentías tu final.

Idea que la acompañó el resto de su existencia.

–Ahí, en ese armario, tengo su camisa –me contó doña Ignacia mucho tiempo después y ya bastante anciana–. Hace más de 30 años que no la veo... no quiero verla.

Se refería a la misma que llevabas puesta el domingo 23 de junio de 1861, cuando al llegar al monte de las Cruces algo no te gustó –tal vez la lluvia, el silencio o la ausencia de viajeros– y volteaste a ver a tu ayudante, el francés Aquiles Collin.

–Me huele aquí a muerte –le comentaste.

Y al final así fue: olía a muerte. Olía a tu muerte.

¿Pensaste acaso en ello?, ¿en que al final habías tenido razón?

DANIELA LECHUGA HERRERO
Instituto Mora



“Cuando la calle era nuestra”

¿Cómo era el México de los años treinta del siglo pasado en un barrio periférico como Mixcoac? Aquí lo relata Matilde Pereyra. Hoyos con agua, calles empedradas e inundadas muchas veces, con olor a árboles de trueno, escasas de automóviles y repletas de niñas y niños. Un pueblo de leyendas, cines, carpas y trenes destartalados.

i Hoyancos ocasionados por las fábricas de ladrillo, Mixcoac, 2 de septiembre de 1930, inv. 3252, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

87

Los recuerdos de Matilde Pereyra nos iluminan acerca de cómo era crecer en uno de los barrios con más tradición de la ciudad de México. Entre las calles empedradas de Mixcoac, los niños disfrutaban con posterioridad a la revolución del aroma de los árboles, caminaban por las milpas y jugaban en las piscinas de los hoyos llenos de agua que había dejado la fábrica ladrillera. Muchos otros barrios del Distrito Federal (D. F.) –denominación política que tenía en aquellos años– se encontraban también rodeados de naturaleza, lejos aún de las aglomeraciones y los automóviles.

Los niños que nacieron en las décadas de los años veinte y treinta del siglo pasado podían jugar en las avenidas y callejones. Ellos fueron parte de la generación que experimentó las nuevas políticas respecto a la infancia que instauraron los gobiernos posrevolucionarios con el fin de reconstruir el país y la ciudad. Asimismo, se convirtieron en el foco de atención, no sólo en México, sino también en América Latina, Estados Unidos, Canadá y Europa.

A diferencia de lo que había ocurrido en décadas anteriores, los menores tuvieron la posibilidad de sobrevivir a sus primeros años de vida, por lo que las aulas de las escuelas, así como otros sitios a lo largo de la ciudad, poco a poco se llenaron con sus risas. Para la década de los treinta, en la ciudad había 251 229 niños que se encontraban en un rango de cinco a catorce años, cifra que correspondía a 19% de la población, la cual era aproximadamente de 1 229 576 habitantes.

A partir de los primeros decenios del siglo xx, los infantes tuvieron mayor visibilidad en los espacios urbanos del D. F. Así, se construyeron nuevos parques a lo largo de la ciudad, se remodelaron otros, se levantaron

tiendas departamentales en las que se vendían juguetes, se abrieron salas de cine en las colonias más alejadas del centro y se inauguraron nuevos teatros y carpas, que como las de teatro guiñol recorrieron los sitios más alejados de la capital. Por lo tanto, a partir de ese momento, los niños tuvieron acceso a nuevos lugares de diversión y, con su imaginación, construyeron los propios.

Por otra parte, los problemas de urbanización en la ciudad de México ocuparon la atención de médicos y políticos, puesto que la capital era de suma importancia para demostrar el triunfo de las políticas posrevolucionarias. En términos prácticos, se buscaba que la urbe funcionara mejor y que fuera ejemplo de la modernización que se estaba alcanzando en todo el país. Es el caso de los automóviles, que en 1928 transitaban unos 40 000 en toda la república mexicana y 15 000 sólo en el D. F., según daba cuenta el periódico *El Universal*.

Matilde Pereyra nació en el barrio de San Juan, Mixcoac, en 1924. Su familia estaba formada por su padre, madre y cinco hermanos. Como la mayoría de los menores de edad que crecieron en las periferias del D. F., estuvo inmersa en una dinámica distinta, puesto que muchas de las diversiones todavía se desarrollaban en el centro de la urbe, en lo que ella nombra como “México”.

La intención de recuperar su testimonio, resultado de la investigación acerca de los niños y la ciudad entre 1928 y 1941, es ubicar su experiencia como habitante de un barrio periférico durante las primeras décadas después de la revolución. Es importante rescatar la memoria de Matilde porque vivió su infancia en una época en la que el país, la ciudad y la vida de los niños se encontraba en plena transformación.

ii

Matilde Pereyra de niña, ca. 1927.
Colección particular de María Eugenia Chaoul Pereyra.



EL BARRIO DE SAN JUAN
EN PALABRAS DE MATILDE PEREYRA

89

Yo siempre fui de escuela oficial. Mis primeros años los hice en el jardín de niños que estaba frente a la iglesia de San Juan, en lo que antes había sido la casa de Octavio Paz, y se llamaba fray Pedro de Gante. Mi papá era administrador de una fábrica de tabiques. Mixcoac, mi barrio, quitando esas dos construcciones de la iglesia de San Juan que es del siglo XVI, la casa de Octavio Paz, la casa de Valentín Gómez Farías, que era lo que era el centro, había sido hecha de la fábrica de tabiques que se llamaba Noche Buena y estaba donde está hoy el toreo, la Plaza México.

Todo era hoyo porque para la fabricación de tabiques tenían que sacar el barro; entonces, esa parte estaba llena de hoyos. Mi casa, en una calle que se llamó la calle del Rosario en el número 18, estaba rodeada también de hoyos. De esa calle se llegaba a las milpas. Cuando yo estuve chica todavía esos hoyos los hicieron milpas y ahí también en esos hoyos iban a descargar material de electricidad, había mucho desperdicio de cobre.

[Las milpas] no estaban tan lejos, al final de la calle, en los hoyos que habían quedado de la fábrica y ahí se metían los chicos que habían sido ladrilleros e iban a robarse las cañas, que no son cañas de azúcar, pero sí se comían y nos las vendían o nos las regalaban.

Teníamos una infancia muy bonita porque la calle era nuestra. No había coches, la calle estaba empedrada, no había ningún peligro para nosotros. Inclusive había en la calle árboles, eran truenos. Cuando entraba uno a esa calle olía a trueno. Ahora o mucho después cuando yo olía a trueno recordaba mi calle, son unos árboles que dan unas flores muy olorosas. Inclusive en esos árboles mis hermanos jugaban y hacían su casita del árbol, no una casita del árbol como ahora se ve en las películas o se las hacen a los niños, no, eran tablas y tablas que ellos arreglaban de manera que era su casita del árbol.

Esa calle [Rosario] en tiempo de lluvias se inundaba porque también ese barrio está debajo de lo que es la

presa de Tarango, entonces cuando llovía mucho se desbordaba la presa y se inundaba la calle que ahora es Carracci. Mis hermanos se divertían mucho porque como se inundaba, toda la calle de Augusto Rodin también. Como había que atravesar de una acera a otra se divertían poniendo una viga para dejar que pasaran las personas, les daban 20 centavos, cinco centavos o dos centavos, para ellos era su pasadero.

Las niñas qué íbamos a hacer eso. No, al contrario, en esa época nos tocaba, casi siempre en mayo, ir a ofrecer flores a la iglesita de San Juan. Nos llevaban con el vestido de la primera comunión, de coronita, velito, muy arregladas a ofrecer flores. Y era muy bonita la iglesia porque le ponían una escalera que iba como un puente frente a la virgen de Guadalupe, la patrona de esa iglesia, y entonces íbamos y depositábamos nuestro ramito de flores. Era muy divertido. Y a nosotras las niñas, cómo íbamos a salir en tiempo de lluvias si mandaban por nosotros a recogerlos a la iglesia para poder atravesar las calles que estaban inundadas. Nos recogían en... cargándonos. Un primo, que era el mayor, nos llevaba a la casa cargadas una por una o, si podía, se llevaba de a dos. Así que era una diversión hasta por el transporte.

[Al centro de la ciudad] íbamos de compras porque no había un Liverpool más que en el puro centro, Palacio de Hierro en el puro centro. Todo era en el centro, las tiendas que había en Mixcoac pues a veces no satisfacían las necesidades de la mamá o de las tías. Entonces allá, en México, había mucho ruido, había mucho olor a gasolina, muchos coches. Claro que no había tantos como ahora, pero había. Por mi lugar se veía un coche allá de vez en vez, y el tren, ahí sí había mucho movimiento, pero no se puede comparar con lo que hoy se ve.

Cerca de la casa de San Juan había una carnicería, una panadería, una tienda que se llamaba de Guadalupe y que después fue de ultramarinos. Y era bonito mi barrio,

iii

Plaza Valentín Gómez Farías en la colonia San Juan, Mixcoac, ca. 1930, inv. 201640, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



por ahí pasaba un tren que se llamaba Colonia del Valle o Mixcoac, un tren de esos que ya se iba desbaratando pero que a los chicos les encantaba. Pasaba el tren y se colgaban de donde está el trole y ahí iban gritando en el tren. Un trencito que hacía más ruido que lo que caminaba, pero teníamos tren que era lo que recorría lo que hoy es Augusto Rodin, iba al centro de Mixcoac, regresaba y daba la vuelta a todo ese barrio.

[En] mi calle del Rosario vivíamos la pura familia Pereyra. Empezábamos nosotros, mi tía Esther, mi tía Amparito, mi tío Agustín, mi tía Petrita. Todas en una calle y todas estábamos en el mismo lugar, así que parecía que los papás se ponían de acuerdo para tener familia porque tenía primos de mi edad, y así íbamos. Así es que algunas veces les tocaba irnos a dejar [a la escuela] a mi tía o a mi papá o a mi mamá, y se turnaban ellos. Quién sabe cómo arreglarían el turno, pero nos llevaban a la escuela y nos iban a recoger hasta que estábamos como en cuarto o quinto año, ya de cuarto año no recuerdo bien, ya nos íbamos solos y nos regresábamos solos, porque las calles no tenían tránsito. Las calles eran para nosotros, nosotros jugábamos allí, las calles eran nuestras.

[Mixcoac] era muy importante porque, además, fue el barrio de Valentín Gómez Farías y se contaban leyendas de Gómez Farías. Me acuerdo de que nos contaban que salía un carro de lumbre que entraba a la iglesia porque lo castigaba y tanta cosa con Valentín Gómez Farías, que fue el primer liberal que trataba de separar a la Iglesia del gobierno. Este... ese era mi barrio.

LA CALLE

Las niñas jugábamos en la casa. En la casa de Mixcoac, en la casa del Rosario, mi mamá había arreglado un cuarto. Mi casa estaba construida la mitad a nivel de la calle y la otra mitad estaba de medio hoyo que daba para otra casa, de manera que éramos de hoyos. Y ahí mamá tenía un gallinero, pero cuando vio que teníamos que jugar y no salir a la calle, ahí nos hizo una casita de muñecas, pero no una casita de muñecas como ahora se ven, no, improvisada, pero ahí teníamos cocinita, ahí jugábamos a la comidita, ahí jugábamos a la escuelita, ahí jugábamos a que éramos

iv

Charles B. Waite, *Iglesia en Mixcoac* [Iglesia de San Juan Evangelista], ca. 1905. Archivo General de la Nación, fondo Propiedad Artística y Literaria, caja 28, sobre 4734.

v

Espacio que dejó la antigua ladrillera Noche Buena, actualmente el Parque Hundido. Registro de obras públicas, San Juan Mixcoac, ca. 1931. Colección particular.



vi

Autobús de pasajeros de los años treinta Tacubaya-Mixcoac-San Ángel, ca. 1977. Archivo General de la Nación, Fondo Hermanos Mayo, Concentrados, sobre 496/1-A.

vii

Calles y casas de la colonia Mixcoac en la ciudad de México, ca. 1925, inv. 123270, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



Se oía que venía el tren, entonces lo esperábamos y empezábamos a ver que daba la vuelta y a ver quién llegaba a la esquina de la casa y echábamos carrera.

93

las señoritas y nos poníamos de las primas mayores las pieles y los sombreros y lo que ellas nos podían regalar. Eso en la casita que había improvisado mi mamá y como mi mamá era como muy apapachadora, ahí iban a dar todas las primas.

Tenía muchas primas. Mis primas Beatriz, Meche, Lupe, y todas iban a la casa, a la casita. Salíamos a la calle, sí, pero de tacones, de sombrero y de todo lo que habíamos juntado, a taconear y a regresar. Taconear era muy difícil porque había empedrado, tenía banqueta. Las niñas íbamos a lucir lo que habíamos recogido de las primas.

La calle del Rosario estaba empedrada y con poquitos árboles, pero tenía árboles de trueno. También desembocaba a un callejón que se llamaba callejón del Rosario que al final tenía otro callejón que daba a la calle de Augusto Rodin, era pues una pequeña colonita, nos llevábamos también con los vecinos. Pero las niñas nomás nos llevábamos con las primas, los hermanos sí jugaban con todo el vecindario y con todos los muchachitos de la calle.

Todo me gustaba, hasta corretearme con el tren. Sí, íbamos a la escuela, salíamos nosotros y se oía desde que venía donde terminaba la calle de Augusto Rodin, que no sé cómo se llamaba en aquella época, se oía que venía el tren, entonces lo esperábamos y empezábamos a ver que daba la vuelta y a ver quién llegaba a la esquina de la casa y echábamos carrera y por fin ganábamos nosotros o a veces nos ganaba el tren.

La [fiesta] de la iglesia era el 12 de diciembre. Era famosa porque no solamente era con el barrio y con Mixcoac, venían gentes de afuera a los fuegos artificiales porque mi tío, que fue presidente municipal, fue cuetero, de los que hacían los castillos y eso. Entonces a la virgen, que era la patrona de nuestro barrio, le daba los fuegos artificiales más hermosos y hacía verdadera fiesta de pirotecnia. Y venían gentes de fuera a verlos, así que era una fiesta grande.

Los perros no eran tan cuidados, los perros eran callejeros, empezando por el de mi casa. Se levantaba la

casa y el perro salía y regresaba hasta que le daban de comer y hasta el otro día volvía a salir. Casi era de la calle, pero era de la casa. Después se murió y tuvimos otro que se llamó Firablas, pero también de la calle. Yo digo que no eran de la casa, no eran caseros, [cuando] se abría la casa para ir a la escuela, el primero que salía era el perro. Los perros andaban afuera, regresaban a comer y se volvían a salir a la calle.

JUEGOS Y PARQUES

Estaba el monumento a Álvaro Obregón, ahí también íbamos a jugar. Nos íbamos caminando de donde nosotros vivíamos en Carracci. Nos íbamos caminando por Insurgentes hasta llegar al monumento, salíamos dizque a correr para hacer ejercicio, entonces sí salíamos niñas, niños, todos. Salíamos corriendo a las cinco de la mañana, todavía a oscuras, corre y corre. Nos dejaban ir, no les daba miedo que nos fueran a robar o que nos fuera a pasar nada, llegábamos a Álvaro Obregón y en las alfardas del monumento nos echábamos de resbaladilla. Cuando llegábamos al suelo se apagaban las luces y veíamos o nos hacíamos creer, que nosotros habíamos apagado las luces del monumento, pero era otro de nuestros juegos ir al monumento a correr.

Todos salíamos a jugar en la tarde acabando de comer, como a la cinco. Terminaba la siesta de los papás y nos salíamos a sentar a la ventana de la casa de mi calle de donde vivíamos y ahí se sentaban mi papá, mi mamá, mis tías que ya eran, pues los papás, a echarnos la reata, a jugar a los quemados, a jugar y pasaba un dulcero de esos que traen canasta, como de esos que todavía traen canasta de Xochimilco con dulces mexicanos. Pasaban y nos compraban nuestro dulce. Esperábamos que llegara a pasar, algunas veces no llegaba el malvado dulcero, y ni modo, pero también pasaban unas mujeres con azucari-

Cuando era niña llevaban a Mixcoac un teatro que se llamaba el teatro de Guillermina Ortiz, era una carpa, pero no de lona, una carpa de madera.

94

llos y nos cantaban tu canción “Azucarillo, para niño...”, y te cantaban un versito con tu nombre. El azucarillo era un conito relleno de azúcar.

También pasaban otros que vendían pirulís. Esos sí todavía hay, pero esos no cantaban. La que cantaba era esa mujer, yo creo que veracruzana o algo así, con su guitarra y sus azucarillos, y nos compraban nuestro azucarillo. La pasábamos muy bien las tardes con los papás, jugando a veces ellos con nosotros a las quemadas, o a echarnos la reata, o a poner las alturas a la reata. Era la calle no pasaba coche, pero ya como a las seis, cuando empezaba a oscurecer, cada uno a su casa.

También se hacían las posadas con los puros niños de la familia. En el patio de la casa se ponía una viga, de la casa de una de mis tías a la de nosotros, y ahí se colgaba la piñata. Eso sí, se tenía que cantar la letanía y se tenía que rezar cuando menos dos tramos del rosario y cantábamos: “Este niño no quiso cantar, colación no le hemos de dar”. Al final de la tronada de piñata uno acababa llorando, que otro acababa rasgado... Nos daban todavía la colación en bolsas de estraza, de papel, con la jícama, la lima, la naranja y una bolsita de colación. Esas eran nuestras posadas, pero cantabas y rezabas, cuando menos, nada de que “no ya bailen” y cosas por el estilo. Ni mis primos grandes ni nadie bailaba, todo era piñata y rezar y cantar la posada.

Nos quedaba el parque cerca y jugábamos mucho, ahí sí íbamos las niñas. De los hoyos que quedaban, quedó lo que hoy es el jardín. Se llamaba el parque Noche Buena porque fue en el hoyo en el que estaba la fábrica de tabique Noche Buena, que es en donde ahora está el reloj. Íbamos a jugar cuando llovía porque lo habían hecho de manera que tuviera canales para que corriera el agua. Y ahí iban mis hermanos y sus amigos, se llevaban con unos muchachos que les decíamos los yucatecos, y llevaban la batea

donde ponía la ropa su mamá y dizque iban a remar. [Al parque] le habían hecho canales encementados y todo, y había cerritos y dentro de esos cerritos plantaron árboles. En mis tiempos eran varitas, ahora es un bosquecito.

Ahí sí íbamos nosotras. Íbamos a verlos remar, a verlos jugar a los policías y ladrones. Por cierto, que los policías jugaron un día a que debíamos tener un tesoro al que íbamos a robar, entonces qué hicimos: nos pusimos zapatos y los escondimos. Pero no los supimos esconder, así que yo creo que los jardineros vieron y los zapatos se perdieron, y todas regresamos sin zapatos a la casa. ¡La regañiza y castigada que nos dieron...! porque esa sí era travesura. Íbamos nosotras. Éramos mi hermana, mi prima Biti, mi prima Lupe, éramos cuatro mujeres, y mis hermanos con los primos y con los yucatecos. Y perdimos todos los zapatos. Yo creo que los jardineros nos vieron esconderlos y se los llevaron. Ahora lo pienso, pero no se nos pudo olvidar a tanto niño dónde habían escondido los zapatos, llegamos todos descalzos. ¡Fue una castigada, pero de las buenas...!

También estaba el parque Murillo, que está cerca, frente al palacio municipal, donde hoy está la Universidad Panamericana. Decían en mi casa que antes había sido una fábrica de tela, ahí bajaba el río Mixcoac y ahí se hacían telas de algodón. Después se abandonó y fueron vecindades.

El parque Murillo tenía columpios, paralelas, argollas, bancas. Y a veces ahí se hacían eventos de box. Había ring, entonces uno de mis primos pagó 50 centavos porque se quería dar con otro, y ahí vamos a verlo pelear... Claro que a las niñas nos fue muy mal, pero fuimos. Mi primo salió con la bata de baño de su papá para ser el boxeador, y ahí peleó con el que le pusieron. Perdió, pero se ganó sus centavos. Y ahí nosotras, aplaude y aplaude.

“Cuando la calle era nuestra”

viii

Fábrica de ladrillos La Guadalupeana, en la calle de Holbein, en Mixcoac, inv. 338, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



95

CINE, TEATRO, DIVERSIONES

Hubo dos cines en mi época de niña. Uno que se llamaba el cine Jardín, que estaba atrás de la [escuela] Olavarría, en la calle que después fue Tiziano, no sé cómo se llamaría en aquella época, pero ahí estaba. En realidad, era un cine jardín, estaba el cine, sus butacas, pero todo alrededor y la entrada eran un jardín. Era bonito. Después se hizo el cine Revolución, pero yo estaba más grande, ya íbamos al cine en Tacubaya, que era el Hipódromo. Había otro cine ahí cerca que se llamaba El Primavera, cada semana cambiaba de programa. Vimos películas muy bonitas. Íbamos casi cada ocho días, había matiné. No era caro. Ya cuando fuimos en las tardes, fue a Tacubaya, al Hipódromo, con nuestros primos grandes.

Cuando tenía catorce años casi siempre íbamos al cine, [también] algunas veces al teatro. Sola, no; nos íbamos la palomilla de las primas de la edad. Fuimos algunas veces al teatro Iris. Ya más vieja conocí allí a Plácido Domingo joven, porque ahí presentaban zarzuelas sus padres, zarzuelas muy bonitas. A Mixcoac llevaban un teatro que se llamaba el teatro de Guillermina Ortiz, era

una carpa, pero no de lona, una carpa de madera, bien hecho el cuarto, la estancia con su foro, sus buenas bocinas y sus sillas. Hacían representaciones de Aída, era de grandes vuelos e iban las familias de Mixcoac.

LOS CAMBIOS

Todo fue pasando tan naturalmente que no le sorprendió a uno. Los cambios no eran bruscos, sino que eran lentos. Cambió cuando ya fuimos mayores. Sí nos llamaba la atención que, por ejemplo, en casa de mi tío había teléfono, pero en la mía no. Entonces toda la familia, que vivíamos en la misma cuadra, se comunicaba con ese teléfono. Así es que era la casa del teléfono.

[A la ciudad] me la imaginaba grande y cuando estuvimos aprendiendo geografía se me hacía como [cuando] estudiábamos el Dominio de Canadá, porque entonces no se llamaba Canadá, Canadá, se llamaba el Domino del Canadá. Eso nos enseñaban en geografía. Yo decía éste es el Dominio de Mixcoac.

GUADALUPE VILLA G.

Instituto Mora

96

Mujer delincuente en la ventanilla de una prisión, ca. 1950, inv. 220594, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

Se la llevó “La Julia”



“Mujer delincuente en la ventanilla de una prisión”, señala la ficha de la Fototeca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). No obstante, la imagen parece representar el traslado de la inculpada a la comandancia de policía en un transporte de dicha corporación. Ella, la indígena enrebozada, de mirada triste y resignada ve desde su asiento, a través de la pequeña ventana, cómo queda atrás su libertad. ¿Por qué la llevan presa? Saberlo es prácticamente imposible. El delito es un hecho de causas múltiples, resultado de fuerzas antisociales, y la pena un mal necesario cuya finalidad es conservar el orden social. ¿Sería vendedora a la que le decomisaron su mercancía por vender, sin permiso, en la vía pública? ¿O quizá se la llevan por ser mujer, indígena y pobre? ¿Tendría hijos? Y de ser así ¿habría cometido algún robo de alimentos para ellos? ¿Habrán quedado en el desamparo? ¿La acusarían de algún delito imprudencial? Podemos imaginar que tal vez tuvo un súbito trastorno y perdió transitoriamente el control absoluto de sus facultades mentales. Ignoramos si su delito fue intencional o si sólo participó en una riña o se convirtió en homicida usando puñal, cuchillo o el muy socorrido estilete de hoja estrecha y aguda llamada “verduguillo”. Bien pudo ser que actuara en defensa de su persona, de su honor o de sus escasos bienes. Podría ser

que enfrentara acusación de robo, de abuso de confianza, o ultrajes a la moral pública o a las buenas costumbres. ¿Qué pena le espera? De acuerdo a las sanciones penales del Código de 1931 en su aplicación se tomarían en cuenta la edad, la educación, las costumbres, la conducta precedente, los motivos que la impulsaron o determinaron a delinquir y sus condiciones económicas. Todo ello y de acuerdo al delito cometido podría conllevar amonestación, multa y reparación del daño (sanción pecuniaria), confinamiento, relegación (colonias penales) o prisión. En época de paz, tras la conclusión de la lucha armada, durante el periodo de reconstrucción nacional, mucho se debatió la cuestión del bien común y la convivencia armónica de la sociedad, de ahí el estudio y replanteamiento de normas y reglas que establecieron sanciones de índole diversa para ser respetadas por todas las personas por igual. La mujer que se llevó “La Julia”, como se le llamaba popularmente al vehículo que transportaba a infractores y delincuentes, ¿tendría, finalmente, un juicio justo? Con todo y todo, quiero pensar en que su defensor de oficio logró exonerarla porque su caso no se ajustaba a las suposiciones aquí atribuidas, y ya libre recorrió de manera inversa el camino de la prisión hacia el reencuentro y goce de su libertad.